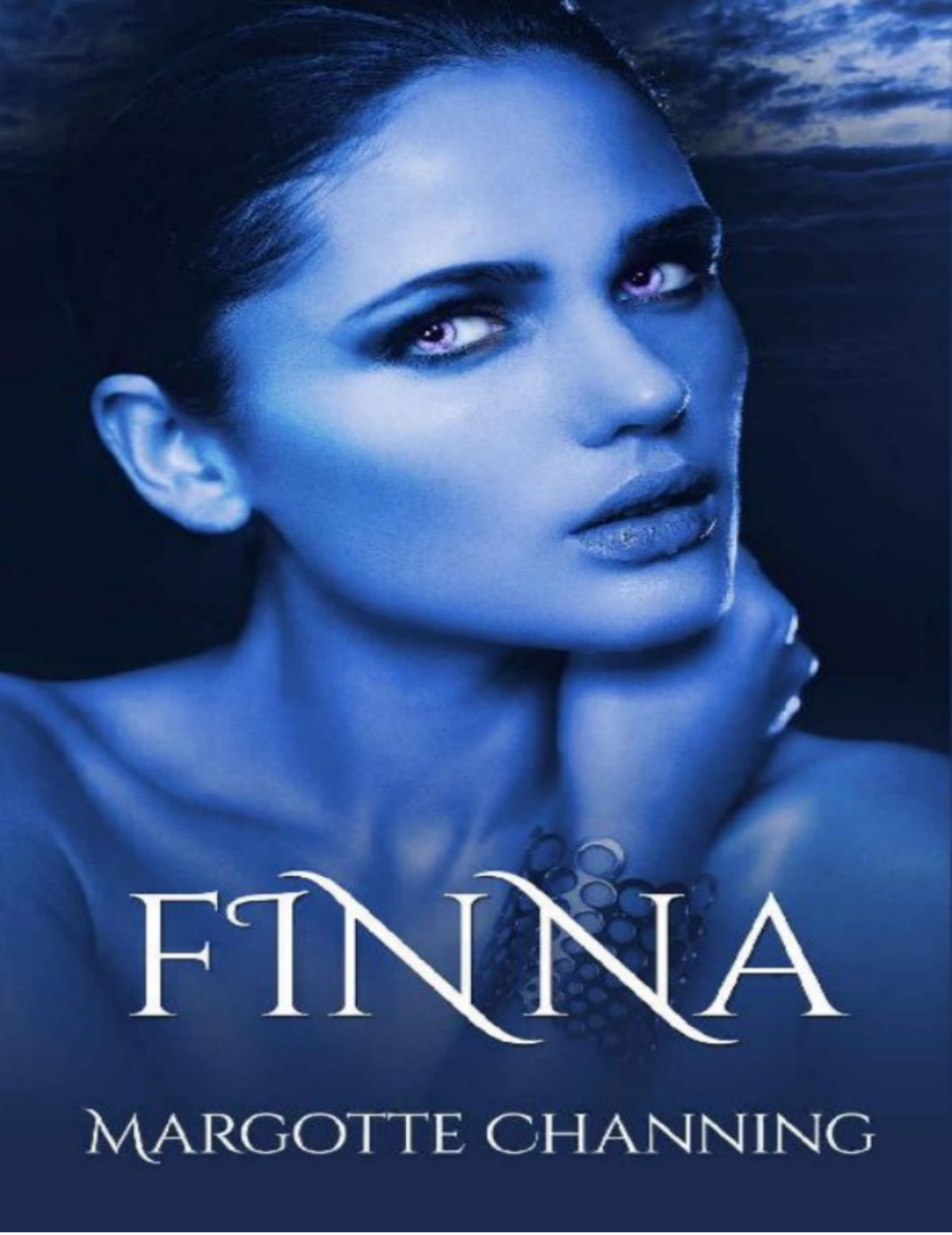
FINNA
MARGOTTE CHANNING

FINNA

Una historia de Amor, Romance y Pasión de Vikingos

Margotte Channing

Copyright © 2020 by Margotte Channing

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir ninguna parte de este libro de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, a excepción del uso de citas breves en una reseña del libro.

Índice

Profecía del Berserker
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Agradecimientos
Acerca del Autor
Otras Obras de Margotte Channing

Profecía del Berserker

FRAGMENTO DE LA SAGA NÓRDICA BARJTBÖRG

… Y ALGUNOS HOMBRES pertenecientes al valiente pueblo vikingo nacerán con un berserker* en su interior, y su alma solo estará completa cuando acepten a su andsfrende en ella.

… Y si se niegan a cumplir con su destino, se reencarnarán en la tierra por tres veces y sus tres vidas estarán llenas de atroces sufrimientos, como castigo por no aceptar a la mujer que les ha sido destinada.

… Y si continúan negándose a aceptar los designios de Odín, serán enviados a la isla mágica de Selaön donde servirán como molugs* durante al menos 500 años.

Y NUNCA ENCONTRARÁN LA PAZ.

*BERSERKER: espíritu muy agresivo con el que nacen algunos guerreros vikingos que termina dominando sus mentes y volviéndolos locos, hasta provocar que ataque a los que lo rodean llegando a matarlos en muchos casos. La leyenda dice que ese espíritu solo se calmará si el hombre que lo lleva en su interior encuentra a su compañera, lo que ellos llaman su andsfrende.

*MOLUGS: extraños seres que habitan en los Bosques Oscuros de la isla mágica de Selaön y que son mitad árboles y mitad hombres. No tienen recuerdos de sus vidas anteriores y su destino es servir 500 años como protectores de uno de los cuatro palacios de la isla.

Capítulo 1

UNO

ERA CASI imposible encontrar a nadie ese día paseando por Stavanger, ya que todos habían acudido al concierto. Pero no eran los únicos; se había corrido la voz y desde hacía días, cientos de personas habían acudido a la ciudad para estar presentes en un acontecimiento que nunca más vivirían ninguno de ellos: la celebración del final de las obras de una catedral.

Todos estaban deseando ver las famosas y perfectas piedras grises con las que estaban construidas las anchísimas columnas que sostenían los arcos laterales y el suelo de la nave principal, que los tallistas habían tardado años en esculpir. Así como las vidrieras de colores o los famosos capiteles que trataban cada uno un tema religioso diferente.

Por si eso fuera poco, maese Gerhard, el capataz de la obra, había conseguido como broche a ese día que, cuando los religiosos terminaran de consagrar la catedral, el misterioso Lars Belleck tocara una de sus obras con una de las arpas fabricadas por él mismo. Algo así no se veía todos los días, ya que el gran músico no solía dejarse ver en público, al contrario, se rumoreaba que vivía solo, en algún lugar lejano, como un asceta.

Por eso todos esperaban ver a un anciano menudo, delgado y con aspecto espiritual, y un rumor de sorpresa recorrió la catedral cuando un gigante de anchos hombros, se aproximó al lugar de honor que habían preparado para tan ilustre personaje. Gerhard se acercó para saludarlo y poco le faltó para inclinarse ante Lars como si estuviera ante la realeza, luego, lo acompañó hasta el sillón que habían colocado ante su arpa y lo dejó allí.

Cuando un haz de luz de sol se abrió paso a través de las vidrieras de colores y lo iluminó, las personas sentadas en las primeras filas pudieron ver el perfil de su rostro, casi perfecto, enmarcado por un abundante pelo castaño y unos expresivos ojos azules, pero cuando el músico se giró para coger el arpa, exteriorizaron un gemido de horror al observar la gran cicatriz de una quemadura que encogía la mitad de

su rostro, aunque él no se dio por enterado, al contrario, se sentó y, acercando el arpa a su cuerpo, dejó que parte de su peso reposara sobre su pierna izquierda y acariciando el instrumento como si se tratara de un ser querido, comenzó a tocar con los ojos casi cerrados, como hacía siempre, como si estuviera solo. Y las notas se elevaron sobre él viajando hasta el extremo más alejado de la nave de la catedral, obrando su magia.

Lars había pensado mucho en cuál sería la mejor melodía para una ocasión como esa, pero no fue capaz de encontrar ninguna y, finalmente, decidió componer algo breve para la ocasión, seguro de que mucha gente no estaría acostumbrada a escuchar música de ese tipo y no quería que nadie se aburriera. Las notas habían aparecido en su cabeza una mañana que estaba sentado en la playa mirando el mar y deseando que su destino y el de sus amigos berserkers fuera diferente, aunque esos pensamientos nunca se los confiaba a nadie, ni siquiera a su amigo Wulf.

Mientras tocaba, mantenía los ojos entrecerrados y su cabeza se ladeaba ligeramente, como si intentara escuchar mejor los conmovedores lamentos del arpa, a la vez que sus dedos acariciaban las cuerdas con una delicadeza, que fascinaba a todos los asistentes. Cuando rasgueó las últimas notas, abrió los ojos del todo y respiró profundamente, como si despertase de un sueño, luego, apartó el arpa colocándola en el soporte de madera y se levantó, sorprendido por el silencio que lo rodeaba. Entonces, todo el público comenzó a aplaudir enfervorecido, dejándolo atónito y Gerhard se acercó a él, seguido del resto de personajes importantes de la ciudad con la intención de felicitarlo, muy emocionados. Aunque no lo deseaba, accedió a su petición y tocó otra pieza, en esta ocasión fue una canción popular que todos conocían y que acompañaron cantando, pero cuando terminó se negó a hacerlo más. No le gustaba tocar para desconocidos, no estaba acostumbrado a ello y, ante su insistencia, le recordó a Gerhard en voz baja que aquello había sido un favor. El pelirrojo se ruborizó y asintió, dándole la razón.

—Por supuesto, tienes razón, pero es que no me imaginaba cómo sería escucharte. Mi hija tenía razón. —Lars se estremeció al escuchar su nombre, a pesar de que solo había podido estar unos minutos con ella. El principal motivo por el que estaba deseando salir de allí era que necesitaba volver a verla y nadie se lo iba a impedir.

WULF, gracias a su enorme estatura, algo mayor aún que la de Lars, estaba mirándolo por encima de la multitud que rodeaba a su amigo, orgulloso al ver la cantidad de personas que intentaban hablar con él para felicitarlo. Lo distrajo la mano de su mujer, Raine, que lo había cogido del brazo y le estaba diciendo algo que era imposible de

escuchar debido a la algarabía que los rodeaba, por eso se inclinó lo suficiente para juntar sus cabezas.

Raine entornó sus preciosos ojos dorados, fijos en los oscuros de su marido a la vez que levantaba la voz lo suficiente para que la escuchara, hasta casi gritar:

—¡Que saques a Finna de aquí! —Wulf miró hacia la muchacha pelirroja y asintió, de acuerdo con ella. Su dificultad para caminar haría casi imposible que saliera a la calle sin sufrir ningún daño.

—Claro, no te muevas de aquí. Enseguida volveré a buscarte.

Aunque Asdis, la mujer que cuidaba de Finna desde hacía años, y Gerhard, su padre, intentaban llevarla hacia la salida, los dos estaban siendo zarandeados por una pequeña multitud que intentaba acercarse a Lars a la fuerza, haciéndoles imposible avanzar, pero Wulf no tendría ese problema debido a su tamaño.

Cuando la gente lo veía, solía apartarse de su camino por prevención y lo mismo ocurrió en esta ocasión, motivo por el que llegó hasta ellos sin problemas y, asentándose sobre sus piernas con fuerza, se dirigió a la frágil muchacha:

—Finna, si no te importa, voy a cogerte en brazos. —Parecía algo asustada, pero sonrió confiada al decirle que sí—. Muy bien, solo tienes que rodearme el cuello con los brazos. Agárrate fuerte. —Ella obedeció y la cargó sin dificultad, sorprendido por lo poco que pesaba y se dirigió a la salida.

La muchedumbre, al verlo, comenzó a abrir un pequeño camino ante él, que Wulf aprovechó. Asdis y Gerhard aprovecharon para seguirlo, aliviados al verse fuera de la catedral. Cuando se alejó lo suficiente de la entrada, ya en la calle, volvió a dejar a Finna en el suelo.

—Alguna ventaja debía de tener por ser tan grande. —Finna sonrió mostrando unos encantadores hoyuelos.

—Gracias, Wulf. —Él le devolvió la sonrisa volviéndose enseguida hacia la catedral dispuesto a entrar de nuevo, pero Lars salía en ese momento llevando a Raine en volandas, seguido por decenas de personas que deseaban hablar con él. Wulf hizo una mueca al ver la expresión de su amigo.

—Lars está en dificultades. Tenemos que salir rápido de aquí o con tanta gente a su alrededor, se volverá aún más loco de lo que está —bromeó, aunque era una broma solo a medias.

Gerhard se apresuró a ofrecerles su hospitalidad, encantado de hacerlo y Wulf se sorprendió al observar el parecido entre él y Finna: los dos eran bajitos, tenían el mismo cabello rojo y los ojos tan azules como el cielo y, sin embargo, la hija era una belleza y el padre todo lo contrario.

—Estaríamos muy honrados si vinierais a nuestra casa a comer.

Luego, podríamos ir a dar un paseo hasta el río, es un lugar muy bonito que hay por aquí…

Lars, que ya había dejado a Raine junto a su amigo y se había acercado a Finna que lo miraba arrobada, contestó por todos:

—Estaremos encantados. —Dándose cuenta de su grosería, se volvió hacia sus amigos, aunque Wulf leyó en su mirada que no debía negarse si quería seguir con vida—. ¿Os parece bien? —bromeando, Wulf contestó con toda la ironía que pudo:

—Por supuesto, vamos. —Pero en voz baja susurró en el oído de su mujer—: No tengo ganas de que me arranque un brazo por llevarle la contraria.

Raine soltó una risita y los tres Wulf, Lars y ella misma, montaron en sus caballos y el resto lo hizo en un carro que guiaba Gerhard, sentado delante, junto a Asdis. Detrás iba Finna, mirando en dirección a Lars, que la vigilaba como un halcón, malhumorado porque todavía no había podido hablar con ella. Raine, dándose cuenta de que necesitaban algo de intimidad, se adelantó seguida por Wulf y ambos comenzaron una conversación con Gerhard sobre el trabajo que todavía quedaba por hacer en la catedral, intentando distraerlo y haciendo que sus caballos marcharan al mismo ritmo que el carro.

Lars aprovechó el momento y acercó su caballo a la parte trasera del carro. Desde que la había conocido el día anterior, no pudieron estar solos ni un instante y no pegó ojo en toda la noche, maldiciéndose a sí mismo por no haber sido capaz de burlar la vigilancia del padre, al menos unos minutos.

Cuando Wulf se la había presentado, se sintió como si algo que hubiera estado helado dentro de él, volviera a la vida. Un extraño presentimiento lo mantuvo aturdido hasta que el grupo se separó y él se marchó con sus amigos a la posada, e hizo que no durmiera en toda la noche pensando en qué narices le había ocurrido. Pero estaba decidido a aprovechar el tiempo y averiguar si la esperanza que latía en su pecho por primera vez era algo real. Ahora empezaba a creer lo que le habían dicho los amigos berserkers que se habían casado recientemente. Que reconocería a su andsfrende en cuanto la viera.

—Finna. —La muchacha levantó sus preciosos ojos azules hacia él.

Estaba ruborizada, seguramente sería la primera vez que hablaba con un hombre a solas, no había más que ver lo protegida que estaba por su padre. El bastón sobre el que se apoyaba al andar estaba a su lado y sus piernas colgaban por el borde de la carreta, moviéndose al compás de su traqueteo.

—¿Sí?

Su voz lo estremeció, algo que ya le había ocurrido al escucharla por primera vez. Había dicho su nombre solo para poder volver a oírla, pero no tenía pensado sobre qué hablar a continuación. Por eso

soltó lo primero que se le pasó por la cabeza:

—¿Te ha gustado el concierto? —La expresión de admiración en el rostro de ella, lo desconcertó.

Nadie lo había mirado nunca así. Al contrario, generalmente lo hacían con miedo o repugnancia por la quemadura de su rostro. Solo se había sentido aceptado de verdad, tal como era, en la isla, y ahora en esta extraña ciudad lo habían recibido como un dios, algo que lo había sorprendido y extrañado a partes iguales.

—¿Cómo puedes dudarlo? Tu música es maravillosa, a veces intento tocar alguna de las baladas que has creado con mi arpa, cuando me siento junto a la chimenea, intentando olvidar… —Se mordió el labio inferior obligándose a callar lo que no le contaba a nadie, que el dolor que sentía diariamente en los huesos era cada vez más insoportable y que había días en los que no se podía levantar de la cama. En esas ocasiones solo se distraía con la música de su arpa.

Él la miró fijamente pareciendo adivinar lo que había callado y Finna sintió un extraño calor expandirse por su interior.

—¿Qué es lo que intentas olvidar? —Lars había conseguido colocarse lo más cerca posible, por lo que nadie más podía escuchar lo que estaban susurrando. Pero ella se negó a contestar y meneó la cabeza, apartando la mirada. El vikingo observó, preocupado, las ojeras moradas que la muchacha tenía bajo los ojos y su cara de cansancio. Wulf ya le había contado las condiciones en las que vivía junto a su padre y a Asdis, la mujer que los ayudaba. Ahora todo eso cambiaría, él se encargaría de ello. Pero tenía que aprovechar el poco tiempo del que disponían—. Finna —susurró de nuevo—. Mírame. —Ella obedeció, ladeando la cabeza y una suave brisa movió los mechones de su largo cabello pelirrojo, peinado con un par de trenzas, y uno de los sedosos mechones acarició el brazo de él. Lars, rápido como una centella, cogió el extremo y lo frotó entre sus dedos—. ¿Me tienes miedo? —De nuevo, ella negó con la cabeza, aunque tragó saliva, nerviosa.

—Soy… soy muy tímida y debido a mi… enfermedad, no suelo hablar con mucha gente, pero nunca te tendría miedo. —Seguía mirándolo con admiración.

—No debes temerme… —Antes de que pudiera explicarle por qué, el carro y los caballos se detuvieron y tuvo que interrumpir la conversación. Ella también tenía una mueca de pesar en el rostro, cuando susurró:

—Hemos llegado. Esta es nuestra casa.

Siguiendo la mano de Finna, echó un rápido vistazo a la minúscula cabaña de madera. Estaban en las afueras de la ciudad y desde esa distancia se notaba que la exigua construcción había conocido años mejores. La madera con la que había sido levantada estaba bastante

desvencijada y Lars entrecerró los ojos al observarla mientras bajaba del caballo, seguro de que no era la mejor protección para un lugar tan frío como Stavanger.

Tampoco había árboles cerca que resguardara a sus ocupantes del sol en verano, ni disponían de tierra suficiente para plantar un huerto, algo que solían hacer todas las familias que podían. Además, estaban bastante alejados del río por lo que Finna o alguien de su familia tendrían que andar bastante para conseguir agua, o pagar para que algún extraño se la trajera.

Sacudiendo la cabeza, disgustado, se prometió que haría lo necesario para mejorar la situación de la familia de Finna y, volviéndose hacia ella, la ayudó a bajar y la acompañó hasta la casa, prestándole su brazo para que se apoyara, a pesar de que lo que realmente deseaba era llevarla él mismo para que no tuviera que andar. Sufría al ver su dificultad para andar y la llevó hasta su silla lo más rápidamente que pudo. El suspiro de felicidad que escuchó de sus labios cuando se sentó, lo complació.

—¿Puedo traerte algo? ¿Tomas algo cuando te duele tanto? —Ella se quedó sorprendida, porque su padre y Asdis nunca le preguntaban por el dolor, seguramente intentando que se olvidara de él. Al ser algo que no tenía solución, todos habían decidido tácitamente no hablar sobre ello.

—No, nada. —Lars se tensó al recordar los largos años que había pasado sufriendo terribles dolores como consecuencia de su quemadura, hasta que conoció a Ölisse. La mujer de Aren era una excepcional sanadora y, desde el primer día que lo trató, consiguió que el acostarse por las noches dejara de ser una tortura. Apretó los labios disgustado porque Finna no pudiera beneficiarse de la sabiduría de Ölisse.

Miró a su alrededor, pero nadie los miraba, estaban ocupados moviendo una pequeña mesa que estaba pegada contra la pared hacia el centro de la habitación, con la intención de que todos pudieran sentarse a la mesa a la vez. Mientras lo hacían, él acercó un taburete para sentarse junto a ella. Enseguida se dio cuenta de que había algo que Finna quería decirle, pero que no se atrevía a hacerlo.

—¿Qué estás pensando? —Lo miró, avergonzada.

—En la música que has tocado en la catedral.

—¿Sí? —Aunque nunca hablaba con nadie acerca de su música, si ella quería, lo haría. Deseaba agradarla más que nada.

—Yo… toco un poco el arpa y me gustaría que me enseñaras cómo tocarla, si no te importa. —Volvió a morderse el labio inferior. Ya se había dado cuenta de que era algo que hacía cuando estaba nerviosa.

—Claro, pero en este viaje no me he traído el arpa porque venía a tocar las de la catedral. —Los ojos de Finna se llenaron de alegría

deseando contarle algo:

—Cuando Wulf las trajo a casa con mi padre porque no podían dejarlas esa noche en la catedral, pude verlas de cerca y tocar un poco la madera. ¡Fue maravilloso! Son muy hermosas. —Él carraspeó, nervioso.

—Gracias. —Finna se sorprendió al ver que parecía avergonzado y cambió de tema.

—Yo tengo una de mano. Está ahí —señaló hacia un arcón pequeño que había en un rincón. Comenzó a levantarse para ir a por ella, pero la detuvo poniendo la mano en su brazo.

—No te muevas, ya voy yo.

Con dos pasos se acercó al arcón y lo abrió. En su interior solo vio ropa limpia y doblada, y ella se anticipó a su pregunta:

—Está abajo del todo, envuelta en una tela oscura. Puedes revolver sin problemas —sugirió divertida, al verlo rebuscar entre su ropa.

Cogió con cuidado el paquete al que se refería y separó la tela. Cuando vio el arpa, sintió no haber traído una de las que había terminado recientemente y que lo esperaban en la isla. Se la llevó, dejándola con cuidado sobre su regazo y Finna, sonriendo al ver su expresión, la acarició con adoración.

—Ya sé que no es de muy buena calidad, pero a mí me ha acompañado desde que era pequeña. Era de mi madre y aprendí sola a tocarla. No lo hago muy bien, pero, cuando toco y canto, soy feliz. —Lars se sentó de nuevo en el taburete deseando escuchar cómo lo hacía. Desgraciadamente, Wulf se acercó para decirles que la mesa ya estaba preparada para comer.

Lars la acompañó a la mesa y, sin preguntar a nadie, se sentó a su lado.

A Gerhard, el padre de Finna, igual que a los demás no le había pasado desapercibido el interés que mostraba aquel enorme vikingo por su hija y, a pesar de que le estaba muy agradecido por haber construido las arpas y haber venido desde tan lejos para tocar en la catedral, no iba a consentir que nadie jugara con su hija. Finna no podía tener una vida normal debido a su dolencia y no quería que se hiciera ilusiones que solo le supondrían un gran sufrimiento. Apartó su mirada del famoso músico y volvió su atención a Raine que le estaba preguntando algo…

Wulf, mientras, hablaba con Asdis para que Lars tuviera algo de intimidad con Finna, con quien estaba hablando en voz muy baja. Los dos parecían igual de absortos el uno con el otro y Wulf se sentía infinitamente feliz al pensar que Lars, que era un hermano para él, había encontrado a su compañera en Finna, la hija de Gerhard. Nunca lo había visto tan fascinado con nadie como con ella desde el momento en que la había conocido. Distraído, mientras Asdis se

levantaba a por el pan, sonrió pensando en un futuro cercano en el que Lars llegara a ser tan feliz como lo era él junto a Raine. Fue ella la que le dio un discreto codazo y susurró en su oído:

—¿Hay algo en tu guiso que te hace sonreír? —La miró de reojo manteniendo la sonrisa y, al ver su mirada, ella se ruborizó. A pesar de su pose de guerrera dura, seguía siendo muy inocente y él cada día que pasaba la quería más. Por debajo de la mesa cogió su mano y la apretó, luego contestó su pregunta:

—Lo que me hace sonreír eres tú, andsfrende.

Se miraron durante un par de segundos prometiéndose que luego se dirían lo que no podían en ese momento, cuando les distrajo una voz:

—¡Brindemos por Lars Belleck!, gracias a él, se hablará de nuestra catedral por todo el país. —Viendo lo avergonzado que parecía el aludido, Wulf decidió empeorar la situación y levantó la copa para efectuar su propio brindis.

—Creo que te has quedado corto, maese Gerhard. Si no me equivoco, se hablará de tu catedral incluso al otro lado del océano, gracias a él —bajó el tono de voz como si les fuera a contar un secreto muy importante—. No sé si sabéis que le piden arpas de todas las partes del mundo.

Lars lo fulminó con la mirada y Wulf bebió un sorbo de hidromiel aguantando la risa por lo que se atragantó, y mientras Raine le daba unas palmadas en la espalda esperando que se le pasara, le susurró por lo bajo:

—Te lo mereces. Lars ya está bastante nervioso como para que tú lo empeores.

—Calla —contestó entre tos y tos—. Él me ha hecho jugarretas mucho peores.

—Es posible, pero ahora necesita que lo ayudemos.

Wulf asintió de acuerdo con ella, y aprovechó para aceptar el ofrecimiento que Gerhard les había hecho un rato antes para ir hasta el río a bañarse. Era un día muy soleado y dentro de la cabaña, además de que casi no cabían, hacía bastante calor, así que todos lo agradecerían. Gerhard, al principio, aceptó, pero apuntó que su hija tenía que descansar y que, como era lógico, él se quedaría con ella, pero los animaba a todos a que se fueran y que ellos los esperarían en la casa, aparentemente feliz con la solución. Y, a pesar de la mirada angustiada de Finna, no cedió hasta que ella intervino:

—Por favor, padre, yo también quiero ir.

—Hijita, ni siquiera sabes nadar y, aunque vayamos hasta el río en el carro, no podrías bajar la cuesta tan empinada que hay antes de llegar a la orilla.

—Si ella quiere, yo la bajaré —el tono rotundo de Lars, ofendido porque el propio padre de Finna le negara algo que ella quería hacer,

enmudeció a todos. Segundos después, Raine, con una brillante sonrisa para intentar restar tensión a la situación, dijo en voz alta:

—Entonces, todo solucionado, ¿no? Propongo que dejemos la cabaña recogida antes de marcharnos y que luego nos pongamos en marcha, para aprovechar al máximo el día.

Finna sonrió a Lars, ilusionada, pero él le correspondió con una mirada sombría aún molesto con la actitud de Gerhard con su hija, aunque intentó relajar el gesto de su cara para no asustarla.

Capítulo 2

Dos

Lars aprovechó cuando Wulf y él fueron a dar de beber a los caballos antes de salir:

—Necesito un favor —su amigo suspiró imaginando, porque él querría lo mismo en su lugar, lo que le iba a pedir—, que consigas que nos dejen a solas un rato. Seguramente cuando vayáis a bañaros sería un buen momento.

—De acuerdo, si Gerhard se resiste a dejaros, lo convenceré. No te preocupes.

Lars lo observó escamado, no era normal tanta docilidad en Wulf.

—Estás muy callado. ¿No vas a hacer ninguna broma de las tuyas? ¿O decirme que esto es un error, o algo semejante? —Wulf terminó de llenar un cubo de agua del barril que había en el patio delantero de la cabaña y lo dejó junto a su caballo, que comenzó a beber. Después, le contestó:

—No, porque creo que Finna es una gran chica y serás muy afortunado si consigues que te acepte —Lars asintió, más tranquilo. Estaba totalmente de acuerdo.

—Es mi andsfrende.

—Lo sé.

—Y quiero llevarla a casa de Aren para que Ölisse la vea. —Wulf pareció sorprendido—. ¿Qué creías, que no me iba a preocupar por lo enferma que está? Cada vez que veo cuanto le cuesta andar, se me encoge el corazón. Aunque la conozca desde ayer… —No sabía cómo explicar lo que sentía debido a lo reciente que era todo, pero Wulf movió la cabeza y le puso la mano en el hombro, calmándolo.

—Hermano, no es necesario que digas nada, recuerda que yo he pasado por lo mismo —suspiró, mirándolo muy serio—. Me has malinterpretado, no me sorprende que quieras que se cure, serías un monstruo si no lo desearas…, es más, yo tendría que haber pensado en Ölisse cuando conocí a Finna hace semanas. —Echó un vistazo hacia la puerta de la cabaña—. De todas maneras, no sé cómo nos las vamos a ingeniar para que puedas llevarla a semejante viaje. Su padre es muy

protector. Y, además, tenemos que solucionar lo de la isla. —Lars hizo una mueca, preocupada, porque llevaba horas pensando en ello.

Él mismo había animado a Wulf para que se fuera a vivir a la granja de Raine, asegurándole que él se quedaría a cargo de la isla donde estaban el resto de berserkers, un puesto que hasta que conoció a Raine había estado a cargo de Wulf . Y ahora, Lars, estaba pensando en abandonarlo.

—Tengo que volver al menos para dejar a uno de los hermanos a cargo de todo hasta mi vuelta. Luego, ya veremos.

—Cuando Finna se cure, podríais vivir allí, si queréis.

Lars tenía dinero. Seguramente era el berserker más acaudalado que Wulf conocía; la fabricación de arpas a las que llevaba dedicando su tiempo libre desde hacía muchos años lo había hecho rico, aunque hasta ahora no había utilizado casi nada de ese dinero en sí mismo. Sin embargo, no tenía problemas en darle parte de ese dinero a cualquier conocido que lo necesitara. Era el hombre más generoso que Wulf había conocido.

Raine los llamó desde la puerta de la cabaña preguntándoles si querían salir de día o de noche y los dos soltaron una risita antes de volver.

CUANDO LLEGARON, Lars volvió a bajar el primero de su caballo para ayudar a Finna y esta vez la cogió en brazos.

—Agárrate a mi cuello. —Ella lo hizo, ruborizándose.

Una sonrisa involuntaria se extendió por el rostro de Lars, al distinguir las numerosas pecas doradas que había sobre la nariz y las mejillas de Finna, que ahora se podían ver por la brillante luz del sol primaveral. Wulf y Raine se habían quedado parados junto a los caballos, observando la escena. Afortunadamente Gerhard y Asdis todavía se estaban bajando del carro.

—Se te alegra el corazón viéndolos juntos, ¿verdad?

Wulf asintió, mudo, al comentario de su mujer recordando las largas noches que había pasado junto a Lars, intentando evitar que acabara con su propia vida porque no quería convivir más con el dolor. Y, cuando él conoció a Raine, se había prometido hacer lo que fuera necesario para que él encontrara la misma felicidad. Se lo merecía. Resuelto, hizo un gesto a Raine y caminaron juntos hacia Gerhard para hablar con él. Minutos después, lo habían convencido de que podía dejar a Finna en manos de Lars sin problema y los cuatro desaparecieron de la vista, después de bajar la suave colina que los conduciría hasta el tramo de río donde se podían bañar sin peligro.

Lars había dejado a Finna bajo un viejo arce que la protegería del sol.

—¿Podrías traerme mi arpa?, está en el carro… —Él lo hizo y

después de dejarla en su regazo, se sentó frente a ella, observándola. Finna se removió inquieta.

—¿Estás cómoda? —Había colocado una manta en la tierra para que se sentara encima, pero pensó que quizás necesitaba algo más porque el suelo era demasiado duro, aunque ella sujetó su brazo delicadamente antes de que se moviera.

—Sí, gracias, estoy bien, es solo que… —Lars miró la delicada mano que reposaba confiadamente en su brazo, sorprendido porque ese simple gesto había conseguido ponerle los pelos de punta, luego, la cubrió con la suya, mucho más grande, con una suave caricia y se contempló en sus ojos.

—¿Qué? —susurró.

Finna se decidió a hablar sintiéndose extrañamente apreciada, como si su mano cubriendo la suya fuera el símbolo de algo más.

—Es muy extraño. Desde la primera vez que toqué un arpa hecha por ti… —ya le había explicado que una chica del pueblo tenía una, que le había dejado en varias ocasiones— sentí algo especial. Y cuando te vi ayer fue como si nos conociéramos de siempre. —Se mordió el labio inferior—. ¿Me entiendes? —él asintió, deslumbrado.

—Sí.

—He notado que te has enfadado antes con mi padre y no debes hacerlo. Él me quiere mucho y solo está preocupado por mí. —Incluso que lo regañara, le hacía sentir bien.

—Si es lo que tú deseas, intentaré ser paciente, pero me costará hacerlo.

—Solo debes tener la misma paciencia con él que la que tienes cuando tratas la madera para hacer una de tus maravillosas arpas —su voz suave calmó su enfado.

—No es lo mismo.

—¿No? —La sonrisa de ella provocó que se irguiera y, dejándose llevar por un impulso, se arrodilló ante ella, rozando con sus piernas las suyas.

Finna, azorada, pegó su espalda al tronco del árbol alejándose de él.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño. Antes me cortaría el cuello. —Sus ojos le dijeron que era verdad.

—Nunca me han besado antes. —Él se quedó esperando y, después de unos segundos que se le hicieron eternos, ella aceptó con una ligera inclinación de la cabeza; entonces, él se agachó hasta que sus caras estuvieron juntas y tocó sus labios con los suyos, rozándolos suavemente, mientras temblaba por dentro del esfuerzo que estaba haciendo para contenerse y no asustarla.

La boca de ella era tierna y dulce y Lars disfrutó de la suavidad de su piel acariciando el borde de su mandíbula. Al probar su sabor, su hambre se multiplicó y no pudo resistirse a incrementar la presión de

sus labios, intentando conseguir un poco más de ella. Finna, indecisa, agitó las manos tímidamente sobre su pecho como si no supiera qué hacer con ellas hasta que él tomó sus muñecas y, despacio, las colocó alrededor de su cuello notando la sorpresa de la muchacha por el respeto con el que la tocaba. Su lengua siguió buceando en la profundidad de su boca experimentando un placer desconocido. Nunca olvidaría aquella tarde y esperaba que ella sintiera lo mismo.

La respuesta de Finna terminó con el poco autocontrol que le quedaba; permanecía apoyada en el robusto tronco del arce cuya sombra habían buscado un rato antes, y una de sus manos ascendió por el cuerpo de Lars, tentándolo inocentemente, hasta acunar su mejilla herida contra su palma como si de esa manera intentara consolarlo por su pasado. Su contacto lo excitó más allá de la cordura y, a pesar de que sentía dolorosamente su fragilidad, su cuerpo estaba cada vez más duro por el deseo. Pese a todo, logró apartar su boca de la de ella, respirando violentamente mientras luchaba por dominarse. Levantándose, se pasó la mano por el pelo, abrumado por la necesidad de huir con ella lejos de todos.

Finna, sin saber qué había hecho mal, se estiró la falda y una repentina brisa que hizo susurrar las verdes hojas del árbol centenario, provocó que se estremeciera. Intentando disculparse, susurró:

—Ya te dije que nunca me habían besado. —Lars la miró incrédulo, arqueando una ceja.

—¿Crees que me he apartado de ti porque no sabes besar? —Ella apartó la mirada, compungida, y ese simple gesto consiguió que él volviera a caer arrodillado frente a ella.

En cuanto lo conoció, ella supo que era distinto a todos los demás y ahora volvió a sorprenderla al tomar su mano derecha y besarla fervorosamente, luego, se la colocó sobre el corazón

—Finna, mírame. —Levantó su barbilla suavemente para que lo hiciera—. Me he apartado de ti en contra de mis deseos, porque no podía controlarme más, ¿entiendes? —Ella negó con la cabeza y él agachó la cabeza riéndose en voz baja de sí mismo, hasta que la levantó para explicárselo—. Mi cuerpo necesita al tuyo. Eres mi andsfrende, la compañera que me ha sido destinada. Todos los berserkers tenemos una y tú eres la mía. ¿Comprendes lo que te digo?

—Creo que sí. —Le chocó comprobar que, al contrario de lo que esperaba, parecía ilusionada.

—Y ¿qué opinas sobre eso? —Cuando la había conocido, pudo notar que su corazón latía erráticamente, pero ahora parecía seguir el ritmo del suyo; aunque Lars no hubiera creído, hasta ese momento, que tal cosa fuera posible.

—Que me gustaría mucho ser tu… compañera. —Lo miraba como si él fuera un dios o algo parecido y, solo por eso, tuvo que volver a

besarla. Luego se sentó junto a ella y la abrazó durante largo rato, disfrutando al sentir los latidos de su corazón. Precisamente al estar tan cerca de ella, con su cuerpo pegado al suyo, notó aún más lo frágil que era y lo que bullía en su mente desde hacía varias horas, se escapó de su boca involuntariamente:

—Finna, dime, ¿alguna vez te ha llevado tu padre a que te viera un sanador? —Ella hizo una mueca y apartó el rostro con la mirada perdida en los campos que tenían enfrente y que estaban repletos de flores rojas y espigas doradas, aunque no parecía disfrutar del paisaje, al contrario.

—Sí, a demasiados. Ningún sanador o curandero ha conseguido que mejore y hace tiempo que le dije a mi padre que no quería ver a ninguno más. Estoy muy cansada, Lars, y no quiero seguir sufriendo para nada.

Lars frunció el ceño al escucharla. Iba a ser más difícil convencerla de lo que pensaba. Al ver su expresión, Finna decidió ser sincera:

—Lars, convivo con el dolor desde siempre. Mi madre murió en el parto y yo nací muy débil. Mi padre siempre dice que, durante los primeros meses, todos los días, temió que me muriera. No pude andar hasta los dos años y él recuerda que tenía que obligarme a dar cada paso y que lo hacía llorando, pero no quería que fuera una inválida. Nunca he encontrado nada que me aliviara ese dolor, pero, en parte, he tenido suerte porque tampoco había esperado llegar a cumplir diecisiete años. Todas las mujeres de mi edad ya están casadas y tienen hijos, algo que estoy segura de que yo no podré hacer —parpadeó con los ojos llenos de lágrimas— pero, al menos, lo que me quede de vida, quiero vivirla en paz, sin beber más pócimas asquerosas para purificarme o que nadie me extienda un aceite maloliente sobre la piel diciéndome que con eso me van a curar. —Se limpió una lágrima que caía por la mejilla y lo miró, avergonzada—. Lo siento, Lars. No sé por qué te cuento esto. Nunca se lo había dicho a nadie.

—Entonces, considero un honor que me hayas elegido a mí.

A pesar del respeto que sentía por ella, su experiencia le decía que estaba equivocada, pero también sabía que sería inútil intentar convencerla en ese momento. Aunque haría lo que fuera porque se curara, incluso si tenía que hacerlo contra su voluntad.

Cuando los demás volvieron, Finna ya tocaba aceptablemente bien la melodía básica de la obra que él había tocado en la catedral, a pesar de lo terriblemente mala que era el arpa donde lo hacía. Lars se prometió que en cuanto pudiera volver a la isla, le traería una de las que ya estaban terminadas o mejor, haría una nueva para ella, ya que las otras podían ser demasiado pesadas. Mientras su música lo envolvía, observó lo delicadas que eran sus manos y empezó a pensar

qué tipo de madera sería la más adecuada para su arpa. Tenía que ser más ligera para que el instrumento pesara lo menos posible. Sentado a su lado, escuchándola, y deseando que su vida fuera siempre así, escuchó las voces de los otros ascendiendo por la cuesta del río.

—Ya vienen. —Finna dejó el arpa en el regazo y lo miró, segura de que nunca más estarían a solas. Se había encontrado tan bien a su lado que la embargó la tristeza recordando que, en pocas horas, él se marcharía y ella volvería a su vida anterior, rutinaria y sin ningún aliciente. Sin él. Lars leyó sus pensamientos en su rostro como en un libro abierto y, tras echar una ojeada a la cima y ver que todavía no se veía a su padre ni a ninguno de los demás, le robó un último beso y, a cambio, le hizo una promesa:

—Esto solo es el principio para nosotros. Confía en mí, Finna.

Ella se quedó boquiabierta al escucharlo, pero enseguida se vieron rodeados por los demás y no pudo preguntarle a qué se refería. Gerhard se acercó a ella rápidamente, a pesar de que en su rostro y en el de Asdis se notaba que habían pasado un buen rato y Finna sintió, no por primera vez, al verlos juntos, no poder dejarlos a solas más veces. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que estaban enamorados, aunque ninguno de los dos lo había reconocido ante ella. Desgraciadamente, en su casa solo había una habitación que compartían los tres; pegadas a una de las paredes, junto a la chimenea dormían Asdis y ella, y enfrente lo hacía su padre, algo que cada vez era más difícil para Finna porque sabía que, mientras las cosas siguieran así, nunca podrían estar juntos.

Los invitados también se quedaron a cenar. Lars y Wulf fueron a la posada de Urk, un antiguo soldado del ejército del rey como ellos, a comprar comida, ya que no querían dejar a Gerhard y su familia sin nada en la despensa, además, y, a pesar de que Lars no quería separarse de Finna ni un momento, necesitaba hablar con Wulf a solas.

—¿Y bien? —En cuanto que sus caballos desaparecieron tras la primera curva, la pregunta de su amigo lo sacó de su ensimismamiento.

—Y bien… ¿qué?

—¡No me hagas preguntártelo otra vez! ¿Qué ha pasado? —Lars sonrió mirando las orejas de su caballo.

—Nunca hubiera creído que fueras tan curioso.

—¡Venga ya, Lars!, la chica estaba preocupada cuando hemos vuelto, desde luego no parecía feliz… —Lars recordó el momento.

—Es cierto. Al escucharos llegar se ha apenado. Me parece que pensaba que todo había acabado, pero le he asegurado que no era así. Al contrario.

—¡Ah! —Wulf se quedó pensativo mirando al frente, valorando la

situación—. Gerhard va a ser un hueso duro de roer. No te va a dejar llevártela a casa de Aren, así como así. Aquello está muy lejos.

—Lo sé, luego hablaré con él para decírselo.

—Me gustaría ver ese momento. —Wulf estaba disfrutando—. Tendrás que controlarte, amigo. No puedes pegarle un mamporro porque no esté de acuerdo contigo, ten en cuenta que es su padre —Lars suspiró como si Wulf le estuviera hablando en serio, y su amigo soltó una carcajada al escuchar su contestación.

—Ya lo sé.

—¿Quieres que yo…?

No terminó de formular su ofrecimiento porque acababan de llegar a la posada y Urk, al verlos, había salido corriendo hacia ellos mientras ataban los caballos en la puerta.

—¡Menos mal que habéis venido! ¡No sabía dónde ir a buscaros!

Wulf puso la mano en el hombro del anciano, y preguntó:

—Tranquilo, amigo, ¿qué ha pasado?

—Ha estado aquí un amigo vuestro, un tal Knut.

—¿Seguro que era Knut? —El posadero parecía muy nervioso, claro que, si acababa de estar allí Knut, no le extrañaba.

Knut rara vez hablaba con nadie, excepto con ellos y nunca, pero nunca, salía de la isla más que para ir a pescar en alta mar o al bosque que Ragnar les había cedido para cazar, y que estaba en la costa que había frente al islote donde vivían. Era el más reservado de todos los berserkers de la isla, incluso solía decir que le gustaba cazar y pescar porque así no tenía que estar con gente.

—Sí, ese es el nombre que me ha dicho. Un tiarrón enorme, de tez morena y pelo muy negro. Más moreno que tú —señaló a Wulf.

—Sí, es él, ¿qué quería?

—Que un tal Leif ha tenido un ataque —afortunadamente Urk era de confianza— y han conseguido encerrarlo, pero que necesitan que vaya Lars.

Lars, por su carácter, era el que mejor se llevaba con Knut. Wulf lo miró y Lars asintió, conociendo su responsabilidad.

—Me iré en cuanto les llevemos la comida; aprovecharé para despedirme y hablaré con Finna, no puedo marcharme sin hacerlo.

La expresión del rostro de los dos había cambiado drásticamente, porque los dos sabían lo que supondría que Leif no se recuperara. Podía terminar perdiendo la cabeza del todo y, por la seguridad de los demás y, sobre todo, por la de los inocentes, tendrían que matarlo.

Y eso era algo para lo que ninguno de los dos estaba preparado.

Capítulo 3

TRES

CONSIGUIÓ unos minutos a solas con Finna, pero despedirse de ella fue mucho más difícil de lo que había pensado. Había imaginado que sería doloroso, pero no sabía cuánto.

Ella ya había oído que se tenía que marchar y, aunque sonreía valientemente, Lars conocía sus pensamientos; los había leído en su rostro cuando Wulf había dicho al llegar que había surgido algo que los obligaba a marchar urgentemente. Y se sintió culpable al ver su decepción antes de que intentara ocultársela con una sonrisa.

Lars se había acercado en ese momento a Gerhard y, respetuosamente, le había pedido hablar a solas con él unos minutos. El padre de Finna lo miró, sorprendido, pero aceptó y salieron de la casa dejando dentro a los demás.

Se acercaron hasta el lugar donde estaban atados los caballos y Lars se detuvo y se volvió hacia él. Gerhard esperaba pacientemente que le dijera qué quería sin sospechar nada, al menos aparentemente.

—Maese Gerhard…

—¡Por los dioses! —Levantó las manos en señal de paz, sonriente, aunque nervioso por el tratamiento y por no saber qué ocurría—. ¡Llámame, Gerhard, como todos! Lars, ¿qué ocurre? ¿Necesitas que haga algo por ti?

—En cierta manera, así es… verá, señor, es sobre Finna. —El hombre se puso rígido en cuanto nombró a su hija y la sonrisa desapareció de su rostro—. Conozco a una sanadora que puede ayudarla, es la mujer de un amigo… vive lejos, pero me gustaría llevarla hasta allí, cuando vuelva.

—No —a pesar de que no levantó la voz, su tono transmitía un profundo rechazo—. Mi hija no quiere ver más sanadores, ni falsos religiosos… solo desea vivir lo que le quede en paz. Y, después de pensarlo mucho, estoy de acuerdo con ella. Toda esa gente solo le ha traído más sufrimiento.

—Sí, lo sé. Me lo ha contado.

—¡Ah!, ¿sí? —Se sorprendió porque nunca hablaba de eso con

nadie—. Eso ahora no importa. Como su padre, sé mejor que nadie lo que necesita.

Lars reconoció la testarudez en el rostro de Gerhard y supo que solo conseguiría discutir con él si insistía, y ese no era el momento de hacerlo. Wulf salió para recordarle que tenían que marcharse ya. Lars le hizo una última petición:

—¿Puedo despedirme de ella a solas? Solo serán unos minutos.

Gerhard lo miró fijamente y debió ver algo en su rostro que le hizo confiar en él, porque le dijo que sí. Lars volvió a la cabaña lo más rápido que pudo y esperó a que todos salieran para quedarse a solas con ella.

Finna sonreía, aunque su sonrisa estaba cargada de tristeza. En cuanto los demás salieron, Lars se acercó a ella cayendo de rodillas e, inclinando la cabeza sobre sus manos, las cogió y las besó con veneración.

—Te prometo que volveré lo antes posible. —Ella se estremeció al escuchar su voz que era más ronca y profunda que antes, como si procediera de su misma alma y cuando levantó la cabeza y la miró, sus ojos fulguraban incandescentes, como si estuvieran llenos de estrellas. No podía dejar de mirarlos.

—Sabía que tendrías que marcharte, pero no que sería tan rápido. Ojalá te hubieras podido quedar más… —Él frunció el ceño al darse cuenta de que ella no le había creído.

—Finna, te he dado mi palabra de que volveré. ¿No me crees? —ella asintió con un suspiro.

—Sí, te creo. —Él sentía su dolor.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Indecisa, alargó la mano derecha para acunar su mejilla herida—. Dame un último beso, Lars. —Él obedeció con el corazón encogido, sintiendo la despedida en sus palabras. La besó con pasión. Luego, murmuró en su oído:

—Volveré a por ti porque no tengo más remedio. Te has quedado con mi pobre corazón, así que, cuídalo.

Los labios de Finna temblaron, pero consiguió no echarse a llorar. Luego, llamaron a la puerta y Gerhard entró buscando la mirada de su hija, pero ella solo podía mirar a Lars. Seguían mirándose en silencio, como si estuvieran conversando sin palabras. Él se había levantado al escuchar la puerta, pero se quedó inmóvil junto a ella unos segundos más, hasta que se marchó.

Wulf decidió acompañarlo a la isla y antes de salir del pueblo dejaron a Raine en la posada de Urk. Pero eso fue después de que la pareja discutiera porque ella quería ir con ellos, pero Wulf no estaba de acuerdo. Prefería que lo esperara allí.

Habían dejado la granja del padre de Rain, donde vivían, al

cuidado de Ivarr y Sif, sus amigos y vecinos, y por ese lado sabían que no tenían de qué preocuparse. Wulf tampoco temía que ella se quedara sola porque, además de que Urk la ayudaría en lo que necesitara, su mujer era muy capaz de cuidarse, es más, ¡que los dioses protegieran a los que intentaran robarla o hacerle daño! Gracias a las enseñanzas de su padre, el famoso Valar, era una luchadora formidable.

Galoparon casi todo el camino, excepto algunos ratos en los que bajaron el ritmo para no agotar a los caballos, por lo que llegaron a la costa en solo dos horas y media, media hora menos de lo que se tardaba habitualmente. Estaba anocheciendo y, sin perder un minuto, dejaron los caballos en los establos y subieron a la barca de la isla. Diez minutos después, eran recibidos por Knut que parecía estar muy nervioso y estaba esperándolos en la playa.

—¡Por Odín!, ¡creía que iba a volverme loco! —Mientras Wulf aseguraba la barca para que el mar no se la llevara, Lars se acercó a él, muy preocupado. Ni siquiera lo saludó antes de preguntar:

—Dinos qué ha ocurrido. —Knut respiró hondo intentando tranquilizarse.

—Los gemelos llevaban un par de días raros, discutían por todo y, después, estuvieron varias horas sin hablarse. Ninguno sabíamos qué les pasaba y ellos no hablaban con nadie. Hace dos noches oímos unos gritos terribles procedentes de su habitación; Leif se había transformado, entre los cuatro casi no podíamos con él, pero, después de una dura pelea, conseguimos bajarlo a las mazmorras. Ha sido horrible, Lars, tenías que haberlo visto.

—¿Está mejor? —Knut lo negó con gesto grave.

—Desgraciadamente no, y tampoco quiere ver a su hermano.

—¿Qué dices? —Lars no se lo podía creer, eran los hermanos más unidos que había conocido nunca. Discutían de vez en cuando, pero el enfado les duraba unos minutos, como mucho.

—No sé qué le pasa, pero ha dicho que solo hablará contigo. —Lo cogió del brazo sin mirar a Wulf, aunque era consciente de que estaba muy cerca, escuchando—. Creo que quiere pedirte que termines con su vida.

—¿Yo? —Knut asintió.

—Me temo que sí, quiere evitarle ese trago a su hermano. Al menos no se ha vuelto loco del todo.

Lars hizo una mueca de dolor y se volvió hacia el mar, observando las olas y el cielo lleno de estrellas. Con las manos en las caderas, respiró hondo varias veces, luego se giró y comenzó a caminar en silencio hacia la casa de piedra. Wulf y Knut lo siguieron después de intercambiar una lúgubre mirada.

Finn, el gemelo que todavía estaba cuerdo, estaba sentado en el

suelo a la entrada de las mazmorras, con las piernas encogidas y la frente apoyada en las rodillas, tapándose la cabeza con los brazos. Cuando entraron, levantó la cara y los tres pudieron ver que había estado llorando. Tenía los ojos hinchados y rojos. Lars miró a Wulf que entendió y se acercó al gemelo, acompañado por Knut, para llevárselo de allí y que Lars pudiera hablar tranquilamente con Leif.

Con paso tranquilo se acercó a la última celda de las tres que habían construido entre todos y cuyo fin era encerrar a cualquiera de ellos si tenían un ataque, algo que cada vez estaba siendo más frecuente. El último antes de Leif había sido Orvar, que precisamente había atacado a los gemelos, sus compañeros de habitación y con los que nunca había tenido ningún problema. Algo incomprensible si no fuera porque durante esos ataques los berserkers perdían la cabeza.

Leif estaba sentado exactamente en la misma posición que su hermano, en el suelo y con la cabeza oculta por sus brazos, aunque la levantó en cuanto Lars estuvo frente a la celda. Tenía la cara desencajada y sus ojos seguían estando incandescentes como les ocurría cuando estaban en pleno ataque de furia o muy excitados, pero Lars pudo ver en su mirada una chispa de cordura. Además, le reconoció.

—¡Al fin, Lars! —Estaba agotado, no había dormido desde que había sufrido el ataque por miedo a lo que podría hacer si se despertaba de nuevo sin voluntad, y ya no podía contener durante más tiempo a la bestia.

—¿Te lo han contado? —Lars se sentó en la silla que había frente a la celda, dispuesto a quedarse toda la noche con él, si era necesario. Le extrañaba que siguiera en su estado después de tantas horas. Leif debía de tener una enorme fuerza de voluntad para seguir cuerdo durante tanto tiempo.

—Sí, aunque no he hablado con Finn. —La angustia que pudo ver en los ojos de Leif le dijo que lo más importante para él era proteger a su gemelo—. ¿Qué os ha pasado? Knut me ha contado que no hacíais más que discutir estos días.

—No quiero hablar sobre eso.

—Pues me temo que no tienes más remedio.

—Oye, ¿qué más da por qué ha ocurrido? El hecho es que me ha pasado. Me he transformado, y nos juramentamos entre nosotros que cualquiera podría pedir a otro de los hermanos que acabara con nuestro sufrimiento.

—Ya, y ¿puedo preguntarte por qué me has elegido a mí?

—Como no estaba Wulf, creí que serías el más capaz para hacerlo. Y por supuesto, me niego a que Finn tenga que pasar por algo así.

—Lo entiendo, pero antes de que hablemos sobre eso, me gustaría que me explicaras qué…

De repente, Leif se levantó de un salto y se abalanzó contra las rejas golpeándolas con fuerza e intentando arrancarlas con sus manos, bufando como un toro por el esfuerzo. Lars no se movió porque él mismo había ayudado a construirlas y conocía su aguante. No podría moverlas, aunque era un espectáculo intimidante para cualquiera que lo viera. Afortunadamente, solo él estaba presente.

—¡Maldito seas! ¡No quiero hablar más, solo necesito que esto acabe! ¿Es que no lo entiendes?

Lars se levantó y anduvo los pocos pasos que lo separaban de él acercándose tanto que, si hubiera querido, Leif hubiera podido cogerlo del cuello sorteando las rejas de la celda.

—Cálmate, si gritas tanto Finn te oirá y bajará para ver qué te pasa. ¿Quieres aumentar su sufrimiento? —Sabía que era un golpe bajo, pero el amor que sentía por su hermano era la única arma que tenía.

—No, no… yo… no. —Rendido, se dio la vuelta y tambaleándose se acercó al camastro y se dejó caer sobre él, tapándose la cara con las manos.

A Lars se le había ocurrido algo y pensó que no perdían nada por intentarlo.

—Leif, ahora vuelvo. Pero intenta tranquilizarte, estaré contigo el tiempo que necesites y haré lo que sea necesario.

Cuando cerró la puerta de las mazmorras y ya no podía oírlo, subió corriendo las escaleras y se dirigió a la cocina rezando porque Jan estuviera allí.

Hubo suerte. El pelirrojo estaba cocinando, como siempre, aunque a diferencia de otras ocasiones en su rostro había aparecido una mueca amarga. Solía ser el más risueño del grupo, junto con los gemelos.

—¡Lars, qué alegría! —se saludaron cogiéndose el antebrazo con la mano derecha y Lars le preguntó, enseguida, lo que se le había ocurrido.

—Jan, ¿recuerdas los polvos que Ölisse dejó aquí para que le diéramos a Orvar? ¿Podrías buscarlos? —Jan miró a su alrededor.

—Claro, pero hace meses de eso… no sé…, espera un momento, quizás donde guardo las especias… —Sacó las bolsas donde las guardaba, dentro de una pequeña caja de madera, pero no apareció el frasco que buscaba Lars—. No me acuerdo dónde lo guardé. —Se quedó mirando el fuego que había en el rincón de la cocina, donde burbujeaba una aromática sopa en una gran olla de hierro, pensativo. Lars intentó ayudarle dándole más datos.

—Eran unos polvos que había que mezclar con agua, ella dijo que a Orvar le vendrían muy bien para recuperarse del ataque. He pensado que podríamos dárselo a Leif.

—Claro, pero es que… ¡espera!, seguramente lo pondría donde guardo las infusiones, es lo más normal. —Se acercó a la pared que

había tras él y abrió un arcón que Lars había tallado tiempo atrás—. ¡Aquí está! Es esto, ¿no? —Lars examinó el polvo verdoso, moviendo al trasluz el frasco de cristal donde estaba guardado.

—Sí, esto es. Cuando nos explicó la cantidad que debíamos darle a Orvar, nos dijo que era muy importante que solo le pusiéramos un pellizco cada vez, para que no le hiciera daño. Si conseguimos que se lo tome, descansará. Está agotado, pero se niega a dormir. Creo que teme volverse loco si lo hace, pero así es imposible que se recupere —Jan asintió con gesto sombrío.

—Tiene razón al pensarlo. Desgraciadamente, ya lo hemos visto antes.

Lars llenó un vaso y le echó los polvos dentro moviéndolos con una cuchara, hasta que se disolvieron dando un extraño color al agua. Bajó a la celda y se lo entregó a Leif, que se lo bebió sin preguntar. Lo malo para Lars fue saber que fue tan dócil porque creía que era veneno, que era la única solución a su problema.

Leif se sentó en el camastro y, mucho más calmado, dijo:

—Dile a Finn que lo quiero y que sé que él tendrá más suerte. Que no desespere.

—Se lo dirás tú mismo mañana. —Leif lo miró agrandando los ojos con estupor, incrédulo.

—¿Qué había en esa pócima que me has dado?

—Solo algo para dormir. Todavía no ha llegado tu hora, Leif. Confía en mí.

—Maldito —murmuró, mirando a Lars con resentimiento.

Pero estaba tan exhausto que en pocos minutos se había quedado dormido. Además, seguro que también influía el hecho de que no había comido nada en un par de días, según le había asegurado Jan. Lars esperó hasta estar seguro de que dormía antes de subir con los demás. Tenía toda la noche para pensar en cómo convencer al testarudo de Leif de que había esperanza para él, como para todos.

Capítulo 4

CUATRO

GERHARD INSISTIÓ hasta que estuvo seguro de que ella no cedería, dijera lo que dijera, y, solo entonces, dejó que se acostara sin cenar. Asdis, igual de preocupada que él, comió en silencio algo muy extraño en ella. Quería a Finna como si fuera su propia hija, aunque no las unía ningún lazo de sangre. Gerhard sabía que su pequeña no estaba dormida, motivo por el que no podían hablar delante de ella.

—Luego hay que ir a por agua, hoy te acompañaré. No me gusta que vayas sola de noche. —El barril del agua estaba a pocos metros de la puerta de la cabaña, pero Asdis asintió, imaginándose lo que ocurría.

Gerhard quería hablar y a ella le parecía bien. También estaba muy preocupada por la niña. Terminaron de cenar y después de recoger salieron con los cubos.

Finna no se movió, seguía acostada de cara a la pared con los ojos cerrados.

En cuanto salieron de la cabaña, se alejaron un par de pasos de la puerta para poder hablar en murmullos. Desde allí no podía oírlos.

—Estoy confuso, Asdis, si hubiera sabido cómo se iba a poner la niña cuando Lars se fuera, no hubiera dejado que lo conociera.

Asdis pareció ofendida.

—¿Qué dices? No puedes hablar así, Gerhard. Sabes que haría lo que fuera por Finna, pero nunca la había visto tan feliz como durante estas pocas horas que ha pasado con él. —Gerhard se sublevó.

—¡Puede ser, pero mira cómo está ahora! ¡No quiero verla así!

—Ya lo sé, pero me parece que ella prefiere haber vivido esas horas, aunque ahora se sienta triste por su marcha. Además, estoy segura de que ese hombre volverá a por ella. —Gerhard se quedó mirándola fijamente, muy nervioso.

—¿Qué quieres decir?

—Que en cuanto se han conocido, los dos se han vuelto locos el uno por el otro. Todos los que lo hemos presenciado nos hemos dado cuenta, ¿tú no? En cuanto a Lars, me ha parecido que está decidido a

hacer lo que sea por ella. Después de comer he oído cómo le decía a Wulf que le gustaría llevarla a ver a una sanadora que conocían. Quizás sea una buena idea, Gerhard. No podemos dejar pasar una oportunidad así.

—Se acaban de conocer. Esto es una locura. —Se pasó la mano por el pelo rojo revolviéndoselo.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Me estás diciendo, a mí, que no entiendes lo que les ha pasado? —Gerhard observó el dolor en su mirada y recordó lo que ocurrió el día en que ellos se conocieron; minutos después de comenzar a hablar, los dos sabían lo que serían el uno para el otro. Pero permaneció tozudamente callado y, cogiendo los cubos, se acercó al barril donde comenzó a llenarlos de agua.

LARS SE HABÍA SENTADO JUNTO a Finn, al que Wulf había obligado a presentarse en el comedor; estaba desmigando inconscientemente un trozo de pan, hasta que escuchó su voz.

—Se ha quedado dormido, no creo que se despierte hasta mañana —el gemelo suspiró, relajándose visiblemente y levantó su angustiada mirada azul, para encontrarse con la suya.

—Gracias, Lars. No habíamos conseguido que descansara hasta ahora. Estaba como loco y, solo con verme, se ponía peor. No sé qué le pasa. —Movió la cabeza aún incrédulo porque, lo que todos temían, le hubiera pasado a su hermano.

—Quizás tenga miedo de hacerte daño o no quiere que sufras viéndolo así. ¿Por qué habéis estado discutiendo tanto últimamente? —Finn se encogió de hombros, apesadumbrado.

—Desde hace días notaba cómo crecía la oscuridad en él y le pedía que me dejara ayudarlo, pero él se negaba a hablar sobre ello y terminábamos discutiendo.

—Intentaba protegerte —Finn asintió.

—Lo sé, pero esa no es la manera. No se da cuenta de que, si consigue lo que quiere, yo… —Se pasó la mano por la melena rubia y miró a su alrededor, luego fijó su mirada atormentada en Lars—. No quiero vivir en un mundo en el que no esté Leif, ¿entiendes?

—Sí —a pesar de su afirmación, Finn insistió:

—Wulf y tú os consideráis hermanos, ¿te imaginas si le pasara algo? —Lars no contestó, Finn solo necesitaban que lo escucharan—. Pues imagínate eso que tú sientes multiplicado por cien. Quizás sea porque somos gemelos, pero muchas veces sentimos lo que piensa el otro, ¿entiendes? Por eso noté enseguida que la locura amenazaba su mente.

—Es curioso que, siendo iguales, a ti no te haya pasado.

—¿Quién dice que no? —Lars lo miró sorprendido, provocando una mueca en Finn.

—Sí. Fue hace unos meses, durante la noche, como les pasa a casi todos. Sentí una rabia terrible que me recorría por dentro y ganas de destruir todo y a todos los que me rodeaban. Salí a la playa y estuve caminando, incluso corriendo varias horas, esperando que el ejercicio me calmara. —Se encogió de hombros como si lo que había logrado fuera algo normal—. Tuve suerte y se me pasó, pero desde entonces sé que ni a Leif ni a mí nos queda mucho tiempo. Puede que no haya esperanza para ninguno de nosotros.

—Yo opinaba lo mismo que tú, lo sabes, pero estaba equivocado. Finn —Lars esperó a que lo mirara otra vez—, fíjate en Ragnar, Wulf y Aren, los tres se han salvado.

—Ya lo sé, pero eso no quiere decir que…

—Y yo también —lo interrumpió, dejándolo impresionado. Su expresión incrédula provocó una sonrisa en Lars—. Sí, la he conocido en Stavanger. Y si yo puedo encontrarla… cualquiera puede.

Los demás hombres se sentaron a su alrededor y ellos dejaron de hablar, pero Lars notó que Finn estaba pensando en sus palabras.

Al día siguiente estaba en su cabaña decidiendo cuál, entre todas sus arpas, le llevaría a Finna de regalo, cuando entró Wulf.

—Finn sigue sin querer ver a su hermano. Dice que no tienen nada de qué hablar. —Lars dejó el arpa pequeña que estaba estudiando sobre la mesa y lo miró.

—¿Cómo está? —Su amigo se sentó a su lado. Estaba preocupado.

—Creo que está bastante bien, pero se niega a salir de la celda. He insistido, pero no quiere.

Lars se levantó, decidido.

—Iré a hablar con él, creo que puedo convencerlo. —Wulf señaló las arpas.

—¿Vas a llevarle una a Finna? —Sonrió al confirmarlo Lars con un murmullo—. Se volverá loca de contenta.

—Sí, creo que la más pequeña le gustará, pero, más adelante le fabricaré una a su medida.

Wulf sentía mucho lo de Leif, pero estaba muy contento por Lars y le dio una palmada en el hombro que provocó una leve sonrisa en su amigo y, juntos, se dirigieron a la casa. Por el camino vieron que Knut salía con la barca a pescar.

—Knut parece estar muy preocupado.

—Sí, ya sabes cómo es. Aunque nunca lo reconocería, se preocupa por todos. —En ese momento, Wulf tuvo una idea—: Oye, puede que sea el adecuado para sustituirte, si finalmente decides llevar a Finna a que la vea Ölisse.

Lars, que estaba llegando a la casa, volvió la vista hacia la barca que se estaba internando mar adentro. Knut no dejaría de remar hasta

localizar el lugar donde solía conseguir los peces más grandes y sabrosos. Además, dos veces a la semana desembarcaba en la costa para cazar en un bosque que discurría paralelo al mar, y que era propiedad de Ragnar. Knut era el responsable de que en la isla se comiera tan bien, bueno, él y Jan, el cocinero, que conseguía transformar las piezas que Knut le llevaba en auténticos manjares.

Lars se dio cuenta, después de pensarlo unos segundos, de que Wulf tenía razón.

—Estoy de acuerdo.

Después, entraron en la casa.

COMO WULF LE HABÍA DICHO, Leif estaba mejor, pero se negaba a salir de la celda. Además, estaba enfadado con Lars.

—¡Hombre! ¡Ya has aparecido! ¿Dónde estabas?

Lars lo miró con una ceja arqueada y se acercó a las rejas de la celda hasta que rozaron su cuerpo, igual que el día anterior.

—¿Qué te pasa, Leif? ¿Has visto alguna araña? —Era conocido por todos, el terror que el gemelo tenía por esos insectos, tanto, que se quedaba paralizado en cuanto veía una. Su comentario burlón, provocó que Leif se enfadara aún más.

—Eres muy gracioso; si quieres, déjame salir y te demostraré exactamente cuánto.

Pero Lars tenía otros planes.

—Luego te abriré y podrás intentar pegarme cuanto quieras. —La carcajada del otro le dijo que volvía a ser él mismo.

—¿Intentar? —Luego, murmuró—: Iluso…

Lars, indiferente a su tono burlón, se sentó en un taburete de madera y, apoyando los antebrazos en los muslos, ordenó sus ideas mirando hacia el suelo. A pesar de lo difícil que le resultaba, intentaría transmitirle sus verdaderos sentimientos. Era la única manera de ayudarlo.

—Cuando el año pasado vinieron Ölisse y Aren por lo que le pasó a Orvar, yo había decidido quitarme la vida. —Del rostro de Leif había desaparecido la mueca burlona—. Llevaba años sin poder dormir por las noches. Por el dolor. Por esto. —Señaló la cicatriz de su mejilla, pero Leif no la miró, siguió mirándolo a los ojos.

—No lo sabía.

—Solo se lo conté a Wulf, pero le prohibí que os lo dijera. Ya estabais bastante desanimados, después de que Orvar atacara a los gemelos. Decidí esperar a que se fueran Aren y Ölisse antes de hacer nada, pero cuando consiguió curarlo… —Movió la cabeza, incrédulo —. Todos estábamos seguros de que moriría, pero lo salvó y aún no sé cómo lo hizo. Entonces, Wulf me convenció para hablar con ella sobre mis jaquecas. —Sonrió, por lo tozudo que había sido y cuánto había

tenido que discutir su amigo con él, hasta que consiguió convencerlo —. Enseguida supo qué remedio darme y, desde entonces, puedo dormir por las noches.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Hace unos meses sentí que la oscuridad se extendía en la mente de Wulf, como le ha pasado a tu hermano contigo. Creo que algo así solo es posible si existe un vínculo especial. —Leif agachó la mirada —. No es algo de lo que tengas que avergonzarte Leif, tú no tienes la culpa. Por eso le convencí para que fuera en mi lugar a Stavanger, a entregar las dos arpas de la catedral. Entonces conoció a Raine, su mujer.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?

—Siempre has sido demasiado impaciente. —Lars sonrió—. También conoció a maese Gerhard, el director de las obras de la catedral, que lo convenció para que yo fuera a tocar el día de la apertura al público. Y por eso yo he conocido a mi andsfrende, Finna.

—¿Has conocido a tu andsfrende? —Leif se puso de pie, aferrándose a los barrotes y Lars amplió su sonrisa, mirándolo fijamente.

—Sí, amigo mío. Por eso sé que, para ti, como para todos nosotros, hay esperanza.

—Puede que sea demasiado tarde para mí.

—No lo creo, has superado el ataque, Leif. Estás en la jaula por simple empecinamiento. Tu hermano tiene razón cuando dice que eres demasiado testarudo.

—Es posible. —Se miró las manos que seguían aferradas a los barrotes—. Creo que estoy preparado para salir, pero antes me gustaría hablar con Finn.

—Voy a por él.

Leif se sentó en su camastro con un suspiro que a Lars le sonó a música celestial y subió las escaleras de dos en dos en busca del otro gemelo. Sabía que, cuando aclararan las cosas, Leif volvería a hacer su vida normal.

Después, él y Wulf salieron a dar un paseo.

—Lo has hecho bien, hermano. —Wulf apoyó la mano en su hombro, pero Lars siguió mirando el horizonte. Estaba usando toda su fuerza de voluntad para no coger una de las barcas y volver corriendo junto a Finna. Aunque todavía no podía marcharse, el corazón le decía que algo no iba bien, pero antes de hacerlo tenía que hablar con Knut y convencerlo para que se quedara en su puesto.

Wulf y Raine acababan de unirse como pareja y estaban trabajando muy duro para sacar adelante la granja que Valar había dejado a su hija. Era injusto pedirle a su amigo que se quedara semanas o quizás meses en la isla, al mando del resto. Knut era la solución perfecta, tal

y como decía Wulf, pero todavía no había vuelto de pescar.

Lars aprovechó el tiempo que Knut estuvo pescando para preparar lo que se iba a llevar: su ropa, el dinero que había ahorrado y las tres arpas que estaban terminadas. De esa manera, dejaría la cabaña libre para Knut, si aceptaba ser el nuevo jefe de la isla. Wulf se mantuvo en silencio durante unos minutos hasta que no lo resistió más:

—No lo pienses más, Knut lo hará bien. Estoy seguro. —Lars hizo una mueca burlona y lo miró de reojo.

—También decías eso de mí cuando me cediste el mando, después de conocer a Raine.

—Y tuve razón, ¿o no? Pero ahora tienes que ocuparte de Finna. —La ilusión que vio en la mirada de Lars, lo hizo parpadear.

—Cierto.

Los dos giraron la cabeza al escuchar el ruido de unos remos golpeando el agua, poco antes de poder ver la barca. Se levantaron y ayudaron a estabilizarla en la playa; luego, Wulf ató el cabo que le largó Knut a uno de los troncos que había enterrados en la arena. Lars le pidió que lo dejara hablar con él y Wulf aceptó con un murmullo, alejándose unos pasos. Knut era algo más bajo que ellos y más estilizado, tenía el pelo muy negro igual que Wulf, aunque su piel era algo más oscura. En el ejército lo llamaban el gitano. Ahora miraba, escamado, cómo Lars se acercaba a él.

—Quiero hablar contigo. —Él sacó de la barca los peces que había capturado y se quedó de pie, esperando. Wulf decidió hacer algo útil y levantó una mano, pidiéndoselos:

—Dámelos, los llevaré a la cocina para que Jan los limpie lo antes posible.

Hacía mucho que habían descubierto que, si limpiaban pronto la caza y la pesca, duraba mucho más.

—Claro. —La mirada de Knut no se separó de Lars, aunque alargó la mano con los peces colgados de las cuerdas y se los entregó a Wulf, que se dirigió con ellos a la casa—. ¿Leif, está… peor?

—¡No! —Lars lo negó enseguida—. No, tranquilo. Ha estado hablando con Finn y creo que lo peor ha pasado ya.

—¡Ah! —Cogió sus aparejos para pescar, pero se quedó de pie junto a la barca, aunque Lars notaba su impaciencia—. ¿Entonces? ¿Qué pasa?

No servía de nada darle más vueltas.

—Tengo que salir de viaje y alguien se tiene que quedar a cargo de la casa. —Tardó un poco en entender qué le estaba pidiendo y, cuando lo hizo, se volvió y comenzó a recorrer el mismo camino que había hecho Wulf un momento antes.

—¡Estás loco! ¡De eso nada!

Lars lo sujetó por el brazo sin permitirle que diera un paso más.

—Knut, tengo que marcharme, es muy importante; pero no puedo hacerlo hasta que no me digas que sí.

—Pues hazte a la idea de que no te puedes ir. Necesitas a alguien responsable, como tú o como Wulf. Yo no soy así.

—Al contrario, exceptuando a Wulf, creo que eres el que más te preocupas por los demás. Desde el principio y, sin que nadie te lo dijera, te has encargado de conseguir la comida para todos.

—Jan también ha puesto una huerta.

—Sí, y también cocina, y sería capaz de hacer más cosas… pero no me refiero a eso. Tú solo has tomado la decisión, cuando ha pasado lo de Leif, de ir a buscarnos a Stavanger. Supiste lo que tenías que hacer y, además, volviste enseguida a la isla por si tenías que echar una mano. Eres un buen hombre, Knut. Sé que te gusta que todos pensemos que estás medio loco y que prefieres la soledad a estar con nosotros, pero los que te conocemos desde hace tiempo, sabemos cómo eres en realidad.

—Lo haré solo si me das un buen motivo para marcharte otra vez, precisamente ahora.

—La he encontrado, Knut. En Stavanger. He encontrado a mi andsfrende.

—¡Joder! —maldijo durante varios minutos con las manos en las caderas mirando hacia el suelo, hasta que, inesperadamente, alargó su antebrazo para que Lars lo estrechara, sellando así su promesa. Y Lars lo hizo—. Enhorabuena, hermano. Supongo que lo bueno de todo esto es que, si con la cara que tienes, tú lo has conseguido, los demás podemos hacerlo.

Lars estaba demasiado contento como para liarse a golpes con él, de modo que se limitó a darle un buen palmetazo en la espalda que casi lo tiró al suelo y caminaron juntos hacia la casa para contárselo a los demás.

Capítulo 5

CINCO

WULF DECIDIÓ QUEDARSE un par de días más en la isla para ayudar en lo que pudiera a Knut, y así Lars pudo marcharse esa misma mañana. Wulf lo acercó a la costa y lo ayudó a descargar sus cosas: el arcón con su ropa y el dinero, las arpas, sus armas y las herramientas. Todo lo llevaron a los establos que Ragnar, el jarl de la zona, tenía allí para ellos, igual que les había cedido el uso de la isla. Lo metieron todo en un carro grande y Lars sacó una bolsa de monedas de su arcón para dársela a Wulf. Este lo miró con cara de ofendido y Lars se rio por lo bajo.

—Tranquilo, es para Ragnar. Cuéntale por qué me voy y dile que siento llevarme el carro y sus dos mejores caballos sin pedirle permiso, pero con ese dinero podrá reponerlo todo. —Wulf hizo una mueca.

—No le va a gustar nada. Se va a sentir tan ofendido como yo por el dinero y más aún si no pasas a despedirte… si supiera por qué te vas, estoy seguro de que le gustaría regalarte el carro.

—Ya hace demasiado por nosotros, Wulf. Y recuerda que el anterior carro nos lo cargamos cuando llevamos las piedras para las últimas cabañas y no se lo pagamos. En cuanto a lo de despedirme de él, hazlo tú por mí y dile que nos volveremos a ver, estoy seguro. Pero no puedo esperar ni un minuto más. Tengo un mal presentimiento. —Bajo la atenta mirada de su amigo, se colocó en cuclillas junto al carro y escondió detrás de una de las ruedas delanteras un envoltorio de tela con la mayor parte del dinero, atándolo para que no se moviera durante el viaje. El resto del dinero lo repartió entre el arcón y su faltriquera. Después, aseguró con cuerdas sus pertenencias y se bajó de un salto al suelo para despedirse. Se acercó a Wulf, y, sorprendiéndolo, le dio un fuerte abrazo.

—Te echaré de menos. —Iba a subir de nuevo al carro, pero Wulf lo sujetó por el brazo.

—¡Oye!, ¿qué está pasando? Deberías estar feliz y llevas desde anoche con una cara de funeral…

—No lo sé, pero algo no va bien.

Wulf se puso serio y dio un paso atrás.

—Vete. —Lars subió al asiento y, después de acomodarse, restalló las riendas para que los caballos se pusieran en marcha.

Entonces, su mente se liberó de todo lo que había alrededor y se centró solo en ella, en Finna. Cuando llegó a la isla comenzó a sentir que le pasaba algo, pero, desde la noche anterior la sensación se había hecho mucho más fuerte. Era como si su conexión con ella se estuviera debilitando, y temía que fuera porque estaba enferma. En cuanto pudo, dejó correr a los caballos y no paró hasta llegar a Stavanger, limitándose a reducir la marcha lo suficiente para poder recorrer las callejuelas de la ciudad. Cuando llegó ante su casa, bajó del carro y ató los caballos, después anduvo los pocos pasos hasta su puerta y llamó, impaciente.

Asdis le abrió enseguida, lo miró con ojos llorosos y él supo que su intuición no lo había engañado. La mujer se hizo a un lado para que entrara.

—Está en la cama.

Él se dirigió al rincón donde estaba Finna tumbada, mirándolo con los ojos abiertos de par en par. En dos zancadas estuvo junto a ella y se sentó a su lado. Ella parecía incrédula.

—¿De verdad eres tú? —Cuando acarició su mejilla herida, sonrió, como si al tocar su cicatriz se hubiera asegurado de que era él.

Lars, mientras, había cogido su mano y la besaba apasionadamente.

—Ya estoy aquí, ¿qué te pasa? —Estaba demasiado pálida.

—Nada, solo estaba cansada. —Pero Asdis aprovechó para decirle la verdad.

—No ha comido nada desde que te has ido.

—¡Asdis! —su susurro regañando a su amiga, no sirvió de nada porque la rubia se acercó hasta Lars, decidida a seguir hablando:

—Gerhard ha salido hoy porque tenía que ir a la catedral sin falta, pero no se ha movido de su lado. Temíamos que… —Se mordió el labio sabiendo que no debía continuar.

—¿Hay algo de comida? —Asdis lo miró confundida y él aclaró:

—Yo haré que coma —le aseguró.

—Queda guiso, se lo calentaré ahora mismo. —La mujer se acercó a por un plato.

—No tengo hambre —el murmullo de Finna hizo que él la mirara fijamente y ella detectó algo de reproche, por primera vez, en sus ojos.

—Andsfrende, ¿qué sería de mí si a ti te pasara algo?, ¿has llegado a pensarlo? Nadie puede vivir sin la mitad de su alma. Y yo tampoco.

—No digas eso —ella sabía que había sido egoísta, pero estaba cansada de luchar—, es solo que a veces estoy muy cansada.

—Lo sé, mi amor, pero estoy seguro de que mejorarás.

Asdis se acercó con un cuenco de madera repleto de carne con

patatas.

—Dámelo. —Quería dárselo él mismo.

Quería cuidarla, para estar seguro de que se recuperaría. A pesar de que veía en su cara que no quería hacerlo, comenzó a comer sin quejarse. Estaba seguro de que le había afectado lo que él le había dicho, pero cuando llevaba la mitad del cuenco, le puso la mano en el brazo.

—Por favor, no puedo más. Me duele la tripa.

Él la miró dudando, le parecía que había comido muy poco, pero era mejor que nada.

—Está bien, pero más tarde tendrás que comer algo más. Si nos vamos a ir de viaje, tienes que estar fuerte.

Ella lo miró aún más con los ojos agrandados.

—¿De verdad me vas a llevar?

—Claro. —Sonrió—. ¿No te lo dije? Iremos a ver a mi amigo Aren y a su mujer Ölisse. Tienen una niña llamada Goi.

—La sanadora —murmuró.

—Sí, eso es. Ya sé que no quieres ver ninguno más, pero confía en mí en esto, por favor. ¿Lo harás? —Ella dudaba, pero no podía resistirse a él.

—Está bien. —Lars se inclinó y se lo agradeció con un rápido beso en los labios, sin importarle que Asdis estuviera delante.

—Gracias, sé lo difícil que es para ti. Ahora quiero que descanses. Tengo que salir, pero volveré dentro de un rato.

—¿Dónde vas?

—A ver a Raine, voy a decirle que Wulf se retrasará un par de días más. Tiene que hacer algunas cosas en la isla.

Mintió porque, aunque había quedado con Wulf en que avisaría a Raine de su retraso para que no se preocupara, su intención, sobre todo, era hablar con Gerhard.

Urk y Raine estaban desayunando juntos cuando Lars entró en el salón. El anciano posadero se había encariñado mucho con ella desde que Wulf se la había presentado y ahora estaba haciéndola reír con alguna de sus interminables anécdotas, pero, cuando Raine levantó la mirada y vio a Lars, se sobresaltó asustada al ver que venía solo. Él se adelantó para explicárselo:

—Se va a quedar un par de días más en la isla, luego vendrá a buscarte.

—¿Ha ocurrido algo? —Se sentó junto a ellos ante la insistencia de Urk, que fue a buscarle algo para desayunar.

—No, pero como yo tenía que volver enseguida a por Finna, Wulf se ha quedado a ayudar a Knut, que es el jefe desde ahora, durante dos días.

—Entiendo. ¿Le ocurre algo a Finna? —El gesto de Lars se

ensombreció, al recordar cómo la había encontrado.

—Está muy mal, yo me imaginaba algo, pero está mucho peor de lo que esperaba. Dice Asdis que no ha comido nada desde que me fui —apretó los dientes, furioso—, y seguro que su padre sigue insistiendo en que no me la lleve, pues… —Se detuvo al sentir la mano de Raine en su brazo.

—Cálmate. Recuerda que es su padre y que Finna siempre ha estado muy delicada, es normal que esté preocupado porque un desconocido se la lleve lejos y no vuelva a verla. —Se quedó callado, entendiéndolo. Pero eso no lo detendría.

—Sé que Ölisse puede curarla. A mí también me habían examinado muchos otros que decían ser sanadores antes de que ella lo hiciera y ninguno había conseguido nada.

—Estoy segura de que tienes razón y que Ölisse conseguirá que mejore, Wulf me ha contado lo que hizo contigo…, solo te digo que tengas en cuenta que Finna adora a su padre.

—Lo sé. —Urk había vuelto y, antes de sentarse, le había dejado un plato con el desayuno delante, pero no tenía hambre.

—Come, necesitarás fuerzas para lo que se te avecina —ordenó Raine. Él sonrió recordando cómo se reía de Wulf cuando le decía que su mujer era muy mandona, y cogió la cuchara obedeciendo.

GERHARD TENÍA UN DÍA HORRIBLE. Acababa de discutir con el maestro de los talladores; el motivo era el nuevo retraso en las pequeñas figuras alegóricas que debían estar colocadas en la fachada de la catedral desde hacía semanas. Solía tener buen carácter, pero el rápido debilitamiento de su hija, unido a los continuos retrasos en los trabajos de la catedral, habían conseguido que se desesperara y, cuando vio a Lars, se marchó a su despacho seguro de que no podría controlarse, esperando que el vikingo entendiera la indirecta. Pero Lars lo siguió.

—Gerhard… —El padre de Finna se volvió hacia él, rojo como la grana, casi no podía hablar por la rabia que sentía.

—¿Cómo te atreves a presentarte ante mí?

—¿Qué dices? —Lars estaba más sorprendido que en toda su vida. Lo conocía poco, pero las pocas horas que había estado junto a él, habría jurado que Gerhard era un hombre muy pacífico.

—¡Has provocado que mi hija se deje morir! ¡Y todo por tu culpa!

El genio de Lars despertó y se irguió en toda su estatura mirando al pequeño pelirrojo con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo te atreves? ¡Es mi compañera, digas tú lo que digas y mi reclamo sobre ella está por encima de cualquiera, incluyéndote a ti! —Respiró hondo intentando calmarse, recordando el consejo de Raine—. Te dije que quería llevármela para que la curaran. No puede seguir

así, apagándose poco a poco…

—¡No consentiré que te la lleves! ¡Jamás! ¿Me oyes!

La mirada de Lars se endureció y dio una zancada hacia él, decidido a hacerle entrar en razón, pero se contuvo a tiempo, aunque algo en su voz le dijo a Gerhard que no debía volver a gritarle.

—Finna se irá conmigo en cuanto pueda viajar. Solamente ella podría convencerme para que me marchara solo, si me dijera que no quiere acompañarme. —El rostro desesperado de Gerhard le recordó el de ella y, por primera vez en su vida, dio la espalda a una pelea y se marchó.

Gerhard salió a la nave central respirando agitadamente, poco después que él, seguro de que había ido a buscar a Finna; atormentado, le pidió a uno de los aprendices que lo acercara a casa en su carro y, poco después, entraba en la cabaña. Pero solo estaba ella. Miró a su alrededor, más enfadado de lo que había estado en toda su vida, y se acercó a Finna.

—¿Dónde está Asdis? ¿Por qué te ha dejado sola? —Su hija nunca lo había visto así de furioso y se incorporó un poco en la cama para observarlo fijamente.

—Ha ido a comprar. Casi no quedaba comida y le he dicho que se fuera, que estoy mejor —Gerhard murmuró algo, pero no le entendió —. ¿Qué dices, padre? —Se asustó al pensar lo que ocurriría cuando Lars volviera, estando los dos enfadados.

—El extranjero ha venido a verme y tuvo el descaro de decirme que te vas a ir con él, pero ya le he dicho que te lo prohíbo. —Finna agrandó los ojos, incrédula—. No te dejaré. Estás demasiado débil para algo así…

—No lo decides tú, padre —a pesar de que no levantó la voz, la determinación en el tono de su hija le puso los pelos de punta—. Se trata de mi vida.

—Pero, hija. —Se sentó en la silla junto a ella, intentando convencerla. Estaba muy asustado, seguro de que la perdería—. Fíjate en cómo te has puesto cuando él se ha marchado. Imagínate que te pasa algo así estando en algún camino perdido, sin nadie que te cuide…

—Padre, ¿quieres que viva feliz un año, o dos siendo una desgraciada? —Gerhard enmudeció, pero enseguida intentó pensar en otra manera de convencerla.

—Quizás si conocieras a los hombres del pueblo… te puedo llevar a las reuniones y a las fiestas.

—Padre, no te engañes. Todos me conocen y ninguno ha querido acercarse a mí. Los del pueblo piensan que moriré joven y nadie quiere a alguien así como esposa. Y es normal —su voz se había

suavizado al verlo llorar—. Pero Lars sí me quiere y tiene esperanzas de que me cure y, aunque yo no las tenga, haré lo que me pida para intentarlo, porque quiero pasar todo el tiempo que pueda a su lado. —Alargó su mano y la puso sobre la de su padre—. Te suplico que no te opongas a mi marcha. Si vuelvo, espero hacerlo más fuerte y, si no lo hago, es mi decisión, pero te aseguro que moriré más feliz que si me quedo. Tú y yo sabemos que mi destino, si sigo aquí, es morir joven y no quiero hacerlo sin haber vivido antes.

Gerhard se secó las mejillas y agachó la cabeza, aceptando la derrota con un murmullo.

—Está bien, hija. Tienes mi bendición.

Capítulo 6

SEIS

LARS TARDÓ MÁS de una hora en aparecer. Había conducido hasta las afueras, en pleno campo, donde no se veía a nadie; allí se había bajado de un salto del carro para andar y no paró de hacerlo hasta que se calmó. Entonces, pensó de nuevo en lo que le había dicho a Gerhard y supo que había hecho lo correcto.

Haría lo que fuera por Finna, porque no sufriera, pero lo más importante para él era su vida y estaba más convencido que nunca de que, si se quedaba allí, moriría en poco tiempo. Cuando volvió a estar tranquilo, subió de nuevo al carro y condujo de vuelta a la cabaña, seguro de que Gerhard estaría esperándolo preparado para pelear. Finna nunca sabría lo que le había costado no discutir con su padre un rato antes.

En cuanto llegó a su casa, volvió a dejar a los caballos junto al cubo de agua para que bebieran y se dirigió a la puerta, pero, antes de que le diera tiempo a llamar, Gerhard le había abierto y, sorprendiéndolo, le habló tranquilamente como si lo de antes no hubiera ocurrido:

—Hola, Lars. Pasa, por favor.

Traspasó el umbral y su mirada se encontró con la de Finna, que sonreía tímidamente sentada en la cama. Se había incorporado, aunque todavía seguía muy pálida. Asdis estaba sentada a su lado, pero se levantó haciéndole una señal para que él lo hiciera en su lugar. Gerhard, que estaba a su lado, le pidió algo con voz queda:

—Me gustaría hablar contigo un momento, afuera. —Lars lo siguió después de asentir.

En cuanto salieron, Gerhard comenzó a explicarse:

—La madre de Finna murió en el parto y creí que ella también se moriría, pero, sorprendentemente, sobrevivió; aunque su salud siempre ha sido muy delicada. Llevo años ahorrando para comprar una casa grande con un poco de terreno donde podamos tener una huerta y algunos animales para que, cuando yo no esté, ella tenga algo de lo que pueda vivir.

Lars se forzó a seguir callado, a pesar de que entendía su

preocupación como padre.

—Cuando me surgió el trabajo de la catedral, supe que era la oportunidad para que ese sueño se hiciera realidad. Calculo que dentro de dos años se terminarán los trabajos de la fachada y, con el dinero que habré ahorrado hasta entonces, podré comprar una de las granjas que hay en las afueras. Por eso no puedo acompañaros porque, aunque haya alguna posibilidad de que mi hija viva lo suficiente para envejecer, y rezo porque tengas razón y sea así —lo miró con los ojos llenos de lágrimas—, tengo que quedarme a trabajar para asegurar su futuro. —Se limpió las lágrimas con las manos, rendido—. Ella quiere marcharse contigo y he aceptado que lo haga, con mis mejores deseos. —Lars le puso la mano en el hombro.

—Te juro que la cuidaré y la protegeré con mi vida. —Gerhard continuó limpiándose, algo avergonzado, para que su hija no viera que había llorado.

Lars se mordió la lengua para no decirle que él podía comprarle esa granja a la familia y que lo haría encantado, pero temía que Gerhard lo considerara una humillación. Sin saber cómo debía actuar, decidió hablarlo con Finna en cuanto pudiera y que ella le dijera qué quería que hiciera. Porque todo lo que él poseía, ahora también era suyo.

Entraron en silencio. Gerhard se acercó a su hija y acarició una de sus trenzas suavemente; luego, susurró:

—Asdis y yo vamos a ir a dar una vuelta, volveremos dentro de un rato.

—Gracias, padre.

LARS SE SENTÓ en el mismo sitio que había utilizado al llegar y cogió la mano que ella le alargaba, la besó, y preguntó haciendo una mueca:

—Creía que tu padre me recibiría con una espada si me atrevía a volver, ¿qué ha pasado? —Ella se encogió de hombros y su mirada, algo traviesa, contrastaba con sus oscuras ojeras.

—Hemos estado hablando bastante rato.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti.

—Y ¿qué habéis decidido?

—Le he dicho que quiero irme contigo y él, al final, ha accedido.

—¡Así que has sido tú! ¿Y cómo lo has convencido? —a pesar de la dureza de sus palabras, siguió sonriendo.

—Porque los días o semanas que me queden, son míos y quiero compartirlos contigo. Creo que, conocerte, ha sido mi milagro y no quiero desaprovecharlo.

—¡No digas eso! —Con el ceño fruncido, puso dos dedos sobre sus labios. No quería escucharla hablando de esa manera—. Ölisse te curará, estoy seguro.

—Te creo. Confío en ti, Lars, pero si no lo consiguiera, de todas maneras, voy a disfrutar todo lo que pueda del tiempo que estemos juntos. —Él abrió la boca para discutir, pero desistió de hacerlo al ver su cara de cansancio.

—Está bien. Saldremos dentro de un par de días y durante este tiempo tienes que comer bien y descansar todo lo que puedas. ¿De acuerdo? —Ella hizo un mohín contrariada, pero aceptó.

—Sí. Pero tú te quedarás aquí, conmigo, ¿no?

—Me gustaría, pero eso sería demasiado para tu padre. Dormiré en la posada y aprovecharé el día para preparar el viaje, quiero asegurarme de que llevamos todo lo que necesitamos. —Se inclinó para darle un beso y ella se abrazó a su cuello emocionada.

—De acuerdo.

—Pero te acompañaré en las comidas para estar seguro de que cumples tu palabra.

Ella soltó una risita, feliz, y su padre, cuando volvió poco después, pudo ver su expresión radiante. Eso lo convenció de que había tomado la mejor decisión.

El día que salieron, Finna dijo que se sentía lo bastante fuerte para ir sentada a su lado en el carro, al menos durante un rato, y Lars dejó que lo hiciera. Había preparado, con la ayuda de Gerhard, un espacio en la parte trasera para que pudiera tumbarse cuando quisiera. Habían subido su cama al carro y la ataron fuertemente a los travesaños de madera, para que no se moviera.

En el mercado de Stavanger había comprado una cobija fabricada con pieles de animales cosidas entre sí, como las que se utilizaban en el ejército para montar las tiendas cuando acampaban, que la resguardaría del frío y de la lluvia. Solamente hacía falta asegurarla al tronco que Lars clavó en posición vertical detrás de la cama. Después de ver cómo había quedado el rincón, una vez terminado, Lars se dio cuenta de que los dos podrían descansar allí cómodamente, aunque tendrían que estar pegados el uno al otro; claro que eso a él no le supondría ningún sacrificio.

Despedirse de su familia había sido duro para ella y se mantuvo callada unos kilómetros, hasta que comenzó a mirar a su alrededor con curiosidad, preguntándole los nombres de los árboles, las flores y los pájaros que veía.

—Finna —después de contestarla una de las veces—, no me sé los nombres de todo lo que me preguntas. —Ella siguió sonriendo, feliz.

—No importa. —Inspiró el aire puro—. ¿La casa de tu amigo está muy lejos?

—Bastante. —Ella se agarró a su brazo tímidamente y Lars se tensó.

Había podido controlarse en su presencia porque estaba enferma y

esperaba poder seguir haciéndolo. No era ningún animal, a pesar de que el espíritu que tenía en su interior a veces lo convirtiera en una bestia.

—Mejor, así tendremos más tiempo para conocernos.

Todavía no le había dicho nada acerca del arpa. Era una sorpresa que pensaba darle esa noche cuando acamparan, pero dos horas después de comenzar el viaje, ella empezó a bostezar, con aspecto de estar cansada, aunque se negaba a irse a la parte de atrás, obsesionada con seguir sentada a su lado. Pero Lars, a pesar de sus ruegos, detuvo el carro y se apeó de un salto; la cogió en brazos y la llevó a la parte de atrás.

—Te estás quedando dormida. —Su reproche sonó casi como una caricia, al ver cuánto le costaba mantener los ojos abiertos.

—Puedo seguir sentada, me despejaré enseguida —a pesar de sus palabras, la acostó, arropándola hasta la barbilla para que no cogiera frío y le apartó un mechón pelirrojo de la cara colocándolo detrás de la oreja. Finna se sentía mimada—. Gracias, Lars. —Bostezó repentinamente, demostrando que él tenía razón—. Puede que tenga algo de sueño. Dormiré un poco y luego me sentaré otra vez contigo.

—Claro. —Si de él dependiera no se levantaría de la cama en todo el viaje, pero ya había descubierto lo testaruda que era. Mejor era no llevarle la contraria—. Descansa, todavía quedan algunas horas hasta que se haga de noche.

—Sí. —Cerró los ojos y se quedó dormida casi enseguida. Él besó su mejilla, conmovido, y volvió a su asiento. Tenían mucho camino que recorrer.

CUANDO ABRIÓ LOS OJOS LENTAMENTE, a su nariz llegó un olor desconocido y apetitoso; levantó la cabeza y vio a Lars frente a ella. Se había colocado de forma que pudiera verlo al despertar y estaba asando algún tipo de animal en el fuego. Parecía concentrado en lo que hacía, pero enseguida la miró.

—Ya estás despierta —lo dijo como si fuera una proeza. Ella se sentó en la cama y miró las estrellas, sorprendida.

—No tenías que haber dejado que durmiera tanto. —Lars subió de un salto al carro y se acercó a ella, colocándose en cuclillas, después, acunó su cara entre sus grandes manos.

—¿Por qué no? Necesitabas dormir, y aún lo necesitas. —Observó detenidamente su rostro antes de depositar un beso, corto y apasionado, en su boca, soltándola después—. Al menos tienes mejor cara. Espero que estés hambrienta, porque he asado un conejo y unas verduras. —Le dijo que había comprado carne y pescado, en salazón y ahumado, para el viaje, además de verduras y frutas, aunque esas durarían poco tiempo. Se había esforzado tanto, que decidió callarse

de que no tenía hambre. Estaba segura de que Lars no sería como su padre, no se conformaría si le decía que no iba a cenar esa noche. Él retiró las pieles que le había echado por encima para que no cogiera frío y la levantó en brazos.

—Puedo bajar sola —protestó, aunque no estaba segura de que fuera cierto. La mirada de él fue algo pícara.

—¡Ah!, pero me gusta tenerte en brazos. —Y ella se ruborizó sin saber qué contestar, abrazada a su cuello.

La sentó sobre el tocón de un árbol y pinchó el conejo, que era el que emitía ese olor tan delicioso, para ver si estaba hecho. Por primera vez en mucho tiempo, a Finna le sonaron las tripas.

—Esto ya está. —Sacó el asado y lo cortó en trozos, dejándolos sobre un cuenco grande de madera donde antes había dejado las verduras asadas—. Hay agua, si quieres.

—Sí, tengo sed. —Le alcanzó el pellejo y ella bebió un trago largo. Cuando terminó, él le presentó el cuenco con la cena.

—Coge el trozo que más te guste. —La miraba fijamente como si la desafiara a decir que no quería, pero ella cogió una pata con los dedos y comenzó a soplar la carne porque quemaba.

No comió mucho, pero Lars pensó que dos tajadas de conejo eran un gran paso después de estar varios días sin comer nada. A pesar de que él comió suficiente, sobró algo para el día siguiente. Lo guardó y limpió todo lo que habían manchado.

—Déjame que te ayude.

Sin dejar de añadir ramas al fuego, esperando que aguantara toda la noche, él le contestó:

—No. Hasta que estés mejor, no vas a hacer nada. —No la miró al contestar—. Ahora vuelvo, voy a llevar a los caballos al riachuelo para que beban.

Finna aprovechó para contemplar lo que había a su alrededor. Para instalar el campamento, Lars había elegido un pequeño claro, rodeado de árboles, que los protegían del frío y del viento continuo que soplaba esa noche; en el centro estaba la hoguera que había utilizado para cocinar.

Lars volvió enseguida. No le gustaba dejarla sola.

—¿Vamos a dormir junto a la hoguera? —Él ató los caballos a un árbol cercano, aunque les dejó bastante cuerda por si querían moverse.

—No, sobre el carro. Será más seguro.

A Finna se le aceleró el corazón al imaginarse abrazada a él, mientras dormían. Quizás esa noche ocurriría lo que llevaba deseando desde que lo conoció. No se imaginaba que Lars estaba decidido a esperar a que estuviera mejor antes de hacerlo.

—Es la hora de la sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —Al ver su cara, él soltó una carcajada inesperadamente jovial y subió al carro para buscar algo entre sus cosas. Bajó con un paquete envuelto en una tela y se lo entregó.

—Esto es para ti. —Ella puso cara de extrañeza y acarició la tela intentando adivinar qué podría ser. Lars se sentó frente a ella y esperó, con una sonrisa muda—. Ábrelo —susurró al ver que no lo hacía, deseando ver su reacción.

Y ella obedeció.

El chillido de alegría de Finna se oyó en todo el bosque, asustando a las pobres criaturas que lo escucharon y provocando la risa encantada de Lars.

—¡Un arpa! ¿De verdad es para mí?

—Claro que sí. Esta ya la tenía hecha, pero, de momento, te servirá. Es ligera y pequeña, adecuada para tus manos. Y suena muy bien. En cuanto tenga tiempo, fabricaré una pensando en ti.

Ella tocó varias cuerdas, pero luego, se la ofreció.

—Toca un poco para mí, por favor.

—No. Quiero escucharte a ti. —Ella se negó con una sonrisa.

—Tú tocas mejor. —Volvió a alargar el delicado instrumento.

—No. —Levantó la mano para empujarlo hacia ella, pero ella era igual de testaruda.

—Toca tú, y yo cantaré, ¿te parece? —Dándose cuenta de que no la convencería, aceptó.

—Está bien. Veo que tendré que ceder muchas veces contigo —bromeó, porque no le importaba con tal de ver esa sonrisa que le estaba dedicando.

—Pero tiene que ser algo que yo también conozca…

—Veamos.

Se decidieron por una melodía popular que los dos podían seguir y él comenzó a tocar los primeros acordes. Ella, embelesada, lo escuchaba sin recordar que había prometido acompañarlo, hasta que él se detuvo con un gesto de reproche.

—No estás cantando.

—Lo siento, pero ¡tocas tan bien! —suspiró—. Empieza otra vez, por favor. Te prometo que ahora cantaré. —Él hizo un gesto como si supiera que le estaba tomando el pelo, pero obedeció pensando que era curioso que una chiquilla como ella lo manejara tan fácilmente; y todavía lo era más que él fuera feliz, sabiéndolo.

Cuando Finna comenzó a cantar, Lars se estremeció sintiendo que su voz lo acariciaba. Sin dejar de tocar la miró a los ojos y ella lo imitó, cantando al compás de la melodía. Cuando terminaron, él dejó el instrumento sobre las hojas caídas de los árboles sintiéndose como si estuviera en trance y observó, asombrado, que ella se levantaba con esfuerzo y se acercaba a él, despacio. Parecía decidida, aunque un

ligero temblor recorría su cuerpo y se había puesto muy roja. Al llegar junto a Lars, musitó:

—Llévame a la cama. —Se levantó, mudo por la impresión y, cogiéndola en brazos, la llevó al lecho. La acostó y él lo hizo a su lado, quieto, aunque los esfuerzos que estaba haciendo por controlarse lo estaban destrozando.

Finna pegó su cuerpo todo lo que pudo al de él y lo besó, provocándolo, sintiendo su intento de control. Su boca acarició su mejilla quemada, mientras que su mano se deslizaba por su musculoso cuerpo, bajando hasta su cintura y más abajo. Algo avergonzada, pero decidida, acarició la dura y prominente erección y, aunque no sabía qué más hacer, intentó meter la mano dentro de sus pantalones; entonces, Lars, asombrado, la sujetó por la muñeca.

—¡Dios mío! ¡Espera, Finna!, no sigas, por favor… todavía estás muy débil y no quiero hacerte daño. —Pero ella no quería obedecer.

Prefería morir a no descubrir nunca lo que se sentía siendo amada por Lars. Lo quería todo, para ella se había terminado vivir a medias. Él intentó apartarse un poco, pero Finna se acercó de nuevo y, acariciando su nuca, lo forzó a bajar la cabeza, besándolo como él le había enseñado. Cuando su lengua entró en contacto con la de él, gruñó de placer y ya no pudo resistirse más.

La boca de Lars ardía al contacto con la de ella y su mano bajó por su espalda, acariciándola apasionadamente. Su olor y su sabor enardecieron a Finna, cuyo esbelto cuerpo estaba tenso, deseando más. Lars lamió golosamente su labio superior y luego tiró de él con sus dientes inflamando aún más el deseo de la muchacha. Los ojos del berserker se habían vuelto incandescentes, como había ocurrido en otra ocasión que ella ya había visto antes, y sabía lo que eso significaba: que estaban a punto de cruzar el límite.

—Bésame, Finna. —Ella obedeció, consiguiendo que un gemido temblara en la garganta del vikingo. Besarlo era cada vez más delicioso y sabía que ese solo era el principio… Lars seguía buceando en su sabor como si quisiera beber de su alma directamente, a la vez que apretaba las nalgas femeninas contra él, de manera que ella sintió su duro miembro empujando contra su parte más sensible. El calor que recorrió su cuerpo consiguió que se atreviera a pedirle lo que los dos deseaban desde que se conocieron.

—Lars, quiero ser tuya. Pertenecerte del todo y ya nada nos lo impide.

Él alzó la cabeza y la miró fijamente, deseando con todas sus fuerzas que ella estuviera bien para poder seguir, pero en su interior sabía que debía esperar un poco más, aunque eso lo matara por dentro. Lo que sí podía hacer era darle placer, no quería que conociera la amargura del deseo insatisfecho.

Respirando pesadamente, le quitó el vestido y se situó en cuclillas a su lado, luego, muy despacio, acarició su pálido y frágil cuerpo, admirando su belleza.

—Sabía que serías así. Perfecta. —Finna tragó con fuerza, sintiéndose algo insegura.

—Deberías desnudarte tú también, ¿no? No es que sepa demasiado sobre esto, pero…

—Me mataría antes que hacerte daño. No tengas miedo, solo quiero darte placer —ella asintió, nerviosa, confiando en él.

Lars comenzó a murmurar roncas palabras en un idioma que ella no conocía, mientras la acariciaba lentamente, bajando hacia su pubis; le quitó las bragas y presionó suavemente sus muslos para que los abriera más, entonces se tumbó entre ellos con la cabeza a la altura de su vagina y con los ojos fijos en ella. Parecía un hombre hechizado y su mirada era de adoración. Sus ojos refulgían como si hubieran encendido un fuego dentro de ellos y su respiración cada vez era más agitada. El olor de sus partes más íntimas lo estaba volviendo loco.

—Eres tan hermosa… —Tentativamente le pasó el dedo por la vagina y ella sintió que se desmayaría. Al escuchar su gemido de placer, él sonrió feliz.

Finna sofocó un grito cuando sintió el roce de su boca y la erótica caricia de su lengua. Lars la lamía lentamente, saboreándola, y emitió un sonido primitivo de placer al probar su esencia más íntima. Encontró el pequeño nudo donde se acumulaba su deleite y, golpeándolo repetidamente con la punta de la lengua, consiguió que Finna sollozara de dicha al precipitarse a través de su cuerpo un placer desconocido que parecía no tener fin.

Incluso después de que las últimas palpitaciones hubieran finalizado y Finna temblara de agotamiento, Lars parecía renuente a soltarla. Seguía degustando su adictiva esencia.

—Lars. —Alargó su mano, suplicándole sin palabras. Él se incorporó y acunó su cabeza, compartiendo su sabor con un beso.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Quiero ser tuya del todo —pidió con ojos somnolientos. Sus dedos rozaron la gruesa y tensa erección, pero él sujetó sus manos para detenerla.

—La próxima vez será así, ahora, deja que te abrace mientras duermes, andsfrende. Así, aun en tus sueños, sabrás que estoy contigo.

Ella, adormilada, acarició su mejilla amorosamente y cerró los ojos con una sonrisa. Se durmió en el momento, mientras que Lars la observaba con los ojos llenos de estrellas.

Capítulo 7

SIETE

LOS SIGUIENTES DOS días transcurrieron muy parecidos al primero, con Finna durmiendo plácidamente en su cama, arrullada por el movimiento del carro. Lars paraba cada tres o cuatro horas para que anduviese un poco y que no se saltara ninguna comida. Luego, volvía a ponerse en marcha después de hacer que se acostara. A pesar de que, en un par de ocasiones se había sentado con él al frente de la carreta, enseguida le entraba sueño y Lars prefería que se acostara, por su seguridad. Por las noches, él volvía a ocuparse de ella como había hecho la primera vez, con la misma pasión y generosidad y, siguió negándose a consumar su unión. Hasta la tercera noche.

Finna se encontraba muy descansada y, después de la parada para comer, había ido toda la tarde sentada junto a él, intentando que le hablara sobre su vida.

—¿Y tus padres?, ¿los recuerdas? —Él hizo una mueca.

—Apenas. Por supuesto, mi padre era un berserker, como yo —miraba al camino, pensativo—, y el único recuerdo que tengo de mi madre es el de una mujer rubia y pequeña, riendo. Casi todos los recuerdos que tengo siendo niño son de los años que pasé en la granja de un hermano de mi madre.

Lo habían acogido, pero sus tíos tenían muchos hijos y ni siquiera podían mantenerlos a todos; por eso, en cuanto pudo se escapó, pero ya se lo había contado el día anterior.

—¿Con qué edad te escapaste?

—Puede que tuviera diez o así. No lo sé, en realidad nunca he sabido qué edad tengo, exactamente. —Ella se escandalizó al escucharlo, pero pensándolo un poco, lo entendió, si no había cerca de ti nadie que llevara la cuenta, ¿cómo ibas a saber tu edad? Cuando fueras suficientemente mayor como para llevarla tú mismo, no sabrías por qué año tenías que empezar. Y aún no le había contado cómo se había hecho la cicatriz, aunque ella sabía por Gerhard que había sido durante la guerra, cuando estaban atacando un castillo y el ejército enemigo derramó aceite hirviendo desde las almenas. Lars había

protegido a Wulf con su cuerpo y lo habían alcanzado en el rostro.

—Lo siento.

—¿Por qué? —Parecía sorprendido cuando la miró durante unos segundos, antes de volver la vista al camino de tierra rodeado de campos de cebada, que estaban atravesando—. A pesar de todo, he sobrevivido. Y te he encontrado. Soy afortunado, ¿no lo crees así?

—Desde luego —sonrió, a pesar de que tenía unas ganas terribles de llorar—, y no me has contado que, mientras estabas en el ejército, aprendiste, tú solo, a tocar el arpa y, además, a fabricarlas. Tienes mucho talento, Lars. —Él no contestó, pero ella vio cómo un rubor feroz cubría sus mejillas.

Se agarró a su brazo y apoyó la cabeza en su hombro mientras los dos se sumían en sus pensamientos, acompañados por el ruido de los grillos y de los trinos de los pájaros que los sobrevolaban de vez en cuando.

Estaba decidida, aunque le asustaba hacerlo. Sabía que él moriría antes de hacerle daño, pero no podía sentirse así. A diferencia de los otros días, insistió en ayudarlo a montar el campamento y se encargó del fuego, algo que hacía muchas veces en su casa porque no se necesitaba demasiado esfuerzo físico, y también comenzó a preparar el pescado en salazón que iban a cenar. Lars le había dicho que todavía les quedaban verduras para comer, pero no las había encontrado y tenía que esperar a que volviera del río donde había llevado a los caballos para que bebieran, lo que hacía por la mañana y por la noche. Nunca acampaban junto al río, pero sí viajaban paralelos a su curso, porque Lars decía que, sobre todo de noche, los animales salvajes solían acercarse al agua a beber, amparados por la oscuridad y prefería no arriesgarse a que alguno los atacara.

Estaba sacando los platos de la bolsa de piel donde los guardaba Lars, cuando escuchó unas pisadas sobre las hojas caídas de los árboles y se dio la vuelta con una sonrisa, segura de que era él, pero la sonrisa se borró de su rostro cuando vio un enorme oso que se acercaba despacio a ella, seguramente atraído por el olor de la comida. Se le cayó la bolsa de piel al suelo y el animal la miró, más curioso que agresivo, y siguió caminando hacia ella a cuatro patas.

Finna comenzó a temblar y pensó en llamar a Lars, pero se contuvo por miedo a que el oso se volviera agresivo. Cuando llegó a su lado, el animal se sentó y se quedó mirándola, fijamente y con la lengua fuera, como si esperara algo y Finna supo que las piernas no la sostendrían mucho más. El oso estaba absorto, con sus pequeños ojos pardos fijos en ella. En ese momento, Lars volvió con los caballos y se quedó rígido ante la escena que había frente a él: un oso sentado tranquilamente frente a Finna, observándola. Dejó los caballos atados donde estaba y susurró, acercándose lentamente:

—No te muevas —el gemido angustiado de ella provocó que el oso irguiera las orejas, extrañado por el ruido, seguidamente el animal abrió la boca y bostezó—, y no hagas ruido. No tengas miedo, mi amor. Creo que no quiere hacerte daño, pero es mejor no provocarlo. —La expresión de cariño distrajo a Finna, aunque las piernas seguían temblándole.

Lars bordeó el fuego, acercándose, hasta que estuvo a su lado y cogió su mano apretándola con fuerza. Poco a poco, comenzó a tirar de ella para que se colocara detrás de él.

—Despacio, Finna.

El oso seguía sentado y tranquilo y Finna empezaba a pensar que Lars tenía razón y no quería hacerles daño, cuando se escuchó un rugido horripilante que procedía de lo más profundo del bosque y que consiguió que se le pusieran los pelos de punta. El oso, al escucharlo, dio un brinco y salió corriendo hacia el sonido, internándose en el bosque rápidamente. Finna se hubiera desplomado si no hubiera sido por Lars, que la levantó en brazos y se sentó en un tocón con ella sobre el regazo, acariciando su espalda lentamente. Finna temblaba aterrorizada.

—Tranquila, pequeña, no podía hacerte nada, era un osezno. Su madre, sin embargo, nos habría atacado si nos hubiera encontrado junto a su bebé.

—¿Bebé?, ¡era mucho más grande que yo! —Él sonrió.

—Eso no es muy difícil. —Sus ojos parecían divertidos.

—¡No me hace gracia, Lars! —Seguía temblando y él comenzó a frotar sus brazos.

—¿Quieres que coja una manta del carro? —Ella le rodeó el cuello con los brazos, dándose cuenta de que esa era su oportunidad.

La mantuvo abrazada durante largo rato en silencio, acariciando su cabello y su espalda lentamente, consolándola. Finna tenía los ojos cerrados y se le escapó un suspiro tembloroso al sentir que la tensión que agarrotaba sus músculos se esfumaba poco a poco. Estuvo sentada en su regazo mucho rato, escuchando los latidos de su corazón junto a su oído.

—Creía que me mataría. Estaba muy asustada.

—Era muy joven. A esa edad todavía no tienen el instinto de atacar. Nunca dejaría que te pasara nada, Finna. Debes confiar en mí.

—Lo hago, pero no estabas —él murmuró una frase tranquilizadora acercándola más a él, pero se distrajo cuando ella levantó una mano y, como le gustaba hacer, la posó sobre su mejilla herida.

—¿Por qué siempre me tocas la cicatriz? ¿No te resulta desagradable? —Ella se ofendió por la pregunta.

—¿Cómo puedes creer algo así? —Apretó suavemente la palma sobre su mejilla—. Esto es la prueba de lo grande que es tu corazón y

de tu valor; del cariño que sientes por Wulf y de lo que eres capaz de hacer por alguien a quien quieres. La toco, porque no puedo evitarlo. —Acarició la marca con suavidad—. Porque me gustaría haber estado contigo cuando te ocurrió y haberte consolado. Y esto último es una tontería, pero cuando la acaricio, siento que me llevo un poco del recuerdo de aquel dolor.

—Y lo haces —susurró Lars, emocionado, antes de besarla.

Finna bajó su mano derecha hasta su cuello, acariciándolo, animada por su gemido de placer. Los ojos ígneos de Lars la miraban con adoración mientras deslizaba la mano por su pecho hasta moldear uno de sus senos; lo apretó con suavidad provocando que en el vientre de ella se concentrara una cálida sensación. Quería que la besara por todas partes. Se removió inquieta, y sus labios se entreabrieron en un jadeo silencioso.

Lars deslizó los labios por su mejilla hasta su garganta, saboreándola con besos lentos y hambrientos, alternándolos con provocativos mordiscos y lengüetazos.

—¿No vendrán más osos? —Lars sabía que no estaba preocupada por los osos, sino por lo que iba a ocurrir.

—Finna, necesito poseerte, pero si me dices que tengo que esperar, lo haré. Tú eres lo primero.

Ella lo miró mordiéndose el labio inferior, excitada y acobardada a la vez.

—Yo también quiero que lo hagas. Yo… te… te deseo —tartamudeó, sintiendo que se ahogaba al decir la última frase. Lars sonrió con ternura, aunque no contestó.

La luz de la mañana estaba comenzando a aparecer por el horizonte. El bosque despertaba con los cantos de los pájaros y Finna, sin saber por qué, pensó brevemente en su padre, esperando que no estuviese sufriendo por ella. Un helado estremecimiento la atravesó al pensar que era posible que no volviera a verlo, aunque se encontraba un poco mejor.

—Estás pensando demasiado. —Decidido a que olvidara sus preocupaciones, volvió a atacar su boca con maestría, conquistándola con besos ardientes; a la vez le quitó la blusa por la cabeza y ella se sobresaltó, pero no se quejó ni se opuso de ninguna manera, deseando que lo hiciera. Entonces, en un alarde de fuerza, Lars se levantó con ella en brazos y la subió a la cama tumbándola en ella. Luego, él lo hizo encima, aunque soportando su propio peso para no aplastarla.

—¿Estás cómoda?

—Sí —susurró. Puso sus manos en los hombros de él, aunque tuvo que quitarlas cuando él se quitó la camisa. Lars clavó los ojos en sus pezones de color rosa pálido, tiernos y dulces como ella. El suave gruñido que salió del fondo de su pecho la hizo estremecer, aunque no

por el miedo. Inclinando la cabeza, rozó uno con la lengua y ella dio un brinco. Cuando después de dedicarle su atención, Lars alzó la cabeza, el pezón estaba rojo, tenso y los pechos pesados, esperando sus caricias.

Los ojos de Finna se cerraron cuando Lars pasó al otro pecho y se arqueó contra él, pidiéndole sin palabras que continuara. Él lo mordisqueó tirando de él con suavidad y luego lo calmó con un lametón. Sus manos callosas, por trabajar con la madera, fueron increíblemente gentiles al recorrer su cuerpo, consiguiendo que continuos estremecimientos la traspasaran. Al llegar a sus muslos, los recorrió amasándolos para internarse después en sus hermosos rizos pelirrojos. Los acarició suavemente e introdujo ligeramente su dedo índice en ella, sintiendo la humedad que demostraba que lo deseaba.

—Estás mojada —gruñó, complacido. Ella lo observaba, más ruborizada que nunca—. Mírame, andsfrende. —Cuando lo hizo, se explicó—: La humedad no debe avergonzarte, es natural, es la forma que tiene tu cuerpo de ayudarme para que pueda entrar en ti con más facilidad. Así te haré menos daño. —A su olfato, llegó el olor de la excitación femenina y su bestia interior exigió que la poseyera—. Entrégate a mí, Finna. Seamos uno, por fin.

Ella abrió los muslos al máximo y sus caderas se retorcieron cuando él acarició el lugar donde se había vuelto tan dolorosamente sensible; Lars volvió a gruñir al sentir su dulce carne oculta. Deslizó el dedo por completo en su interior y ella se puso rígida y contuvo la respiración, entonces, él lo retiró.

—¿Te he hecho daño? —Ella abrió los ojos.

—No, y me sorprende… —Había oído hablar a algunas chicas sobre lo que ocurría en la cama entre un hombre y una mujer, cuando era la primera vez para ella. Decían que era desagradable.

—Solo te dolerá cuando te penetre con mi verga, entonces dejarás de ser virgen y también sangrarás un poco.

Ella fijó su atención en el bulto que sobresalía de los pantalones de Lars.

—¿Te refieres a eso? —él asintió gravemente—. Parece muy grande. —Lars hizo una mueca comenzando a preocuparse—. ¿Puedo verla?

Él había pensado que sería mejor para ella no hacerlo, al menos al principio, pero Finna no dejaba de sorprenderlo.

—Si quieres…

—Sí, por favor. —Sonrió al escuchar la educada petición y se libró de sus pantalones y de la ropa interior; luego, se mantuvo de rodillas ante ella durante unos segundos dejando que lo mirara. Incluso acercó un dedo para tocarlo y él se sacudió, excitado.

—¿Te duele?

—No.

—Es muy grande, pero confío en ti. —A pesar de sentir algo de miedo, abrió sus brazos y sus piernas dándole la bienvenida y él volvió a tumbarse sobre ella, agradecido.

Con paciencia, Lars buscó en su centro del placer hasta encontrar el nudo de carne que palpitaba exigiendo atención y lo acarició suavemente, incansable, hasta conseguir que ella volviera a desearlo y se arqueara sobre las mantas, rindiéndose completamente. Lars la miraba embelesado sin dejar de acariciarla y ella le devolvió la mirada, ardiendo cada vez más.

La besó por todo el cuerpo, recorriendo con la lengua cada curva y pliegue de su piel, mientras que, poco a poco, el placer se fue acumulando en el vientre de Finna de manera indómita. Su corazón cada vez latía más rápido y todo su cuerpo vibraba al compás que él marcaba, hasta que llegó un momento en el que casi no podía soportar el deseo que había despertado en ella.

—Eres tan dulce, andsfrende. —Acunando su cabeza entre sus fuertes manos, la besó vorazmente—. Dedicaré mi vida a hacerte feliz, te lo juro.

Un gemido escapó de los labios de Finna cuando él bajó hasta su pubis e, inclinando la cabeza sobre el lugar que había estado atormentando con sus dedos, lamió la hendidura abriéndola suavemente con los pulgares. Ella intentó apartarse, pero no la dejó y siguió lamiéndola sin descanso. Finna miró su cabeza oculta entre sus piernas y pensó que parecía estar alimentándose de ella, y sonrió al pensarlo. Cuando su placer ascendió hasta que creyó que le reventaría el corazón, cerró las piernas en torno a su cabeza involuntariamente para evitar que la dejara; pero él no lo hizo, siguió lamiéndola hasta que se produjo la explosión que Finna esperaba instintivamente y que provocó que gritara de asombro, dejándola paralizada durante unos segundos. Algo estalló dentro de ella, liberando la tensión acumulada en su cuerpo y se dejó llevar por unos desgarradores y maravillosos estremecimientos.

Después, cuando se desvanecieron los espasmos, se sintió colmada por primera vez en su vida, cansada y en paz. Lars dejó que descansara un momento y luego volvió a acomodarse sobre ella. La deseaba salvajemente.

Finna lo rodeó con los brazos, somnolienta. Él juntó su mejilla sana con la de ella cariñosamente y la muchacha arqueó las caderas para acunarlo entre sus muslos, deseando que la hiciera suya por fin.

La penetró, suavemente al principio, pero su carne se resistía a él, entonces insistió, empujando con más fuerza hasta que consiguió entrar en ella y Finna se mordió el labio ante el escozor que sintió. Se movió bajo él intentando acomodarse; él, completamente introducido

dentro de ella, se quedó quieto y la miró fijamente, acariciando su mejilla derecha con los nudillos.

—¿Te duele mucho? Puedo parar, si quieres… —El sudor corría por su frente debido al esfuerzo que hacía por contenerse, y la mueca de su cara hizo que Finna comprendiera cuánto se preocupaba por ella, para decir algo así. Su gesto la llenó de amor.

—No, quiero que sigas. —Subió sus manos palpando sus costados, intentando deshacerse de su timidez. Cuando Lars salió y volvió a entrar en ella, se estremeció, pero no dijo nada, ocultando su cara en el cuello de él cada vez que la penetraba. Poco a poco, el dolor desapareció dando paso a una dichosa sensación de plenitud, provocada por sentirse totalmente unida a él. Lo acogió con su cuerpo, envolviéndolo con sus piernas, enterrando la cabeza en el hueco de su hombro, y amando su fuerza. Le acarició la espalda y besó su cuello dulcemente. Él gimió por sus caricias y aceleró sus embestidas, cerrando los ojos con fuerza y musitando su nombre como una plegaria. Por fin, la penetró una última vez, y se detuvo estremeciéndose violentamente, como si se estuviera muriendo.

—Mía —gimió, enterrando la cara en su cuello—, por fin eres mía —repitió y ella acogió su nuca, agasajándola con la mano y sonrió con el corazón lleno de dicha.

Capítulo 8

OCHO

PASÓ un rato antes de que se movieran porque ninguno de los dos quería separarse. Ella sonreía, medio dormida, al sentir los besos de Lars recorriendo su cara, luego, empezó a mordisquear el lóbulo de su oreja.

—Mi andsfrende. Me has robado el corazón —murmuró y ella se decidió a confesar lo que ocultaba en su corazón.

—Y yo soñaba contigo antes de conocerte. —Estaba algo pálida. Se levantó un viento frío que enfrió sus cuerpos rápidamente y Lars se movió.

—No es bueno para ti estar tanto tiempo desnuda. Déjame que te ayude a vestirte. —La ayudó a sentarse y ella se lo permitió, sin fuerzas para oponerse. De repente, estaba muy cansada, aunque insistió en que se encontraba bien; cuando la arropó, se quedó dormida en el momento. Él se tumbó compartiendo sus mantas, detrás de ella, y la abrazó. Preocupado, puso la mano sobre su corazón, pero latía regularmente. Feliz y asustado a la vez, cerró los ojos y se durmió.

Al día siguiente, Finna volvía a estar bien, aunque se sentía molesta en algunos músculos internos, pero era un dolor placentero. Se pusieron en marcha después de desayunar y de que los dos se lavaran al río, mientras dejaban beber a los caballos.

Le sorprendió gratamente lo bromista que estaba Lars esa mañana, un aspecto de su personalidad que no había visto hasta ese momento. Había vuelto a meterse en el agua, a pesar de que ya se había lavado y comenzó a acercarse a ella, pero cuando Finna observó cómo la miraba, levantó una mano para que no siguiera haciéndolo:

—¡No, espera! ¡No sé nadar!, si nos movemos unos metros más allá, donde no hago pie, puedo ahogarme. —Él se detuvo con el ceño fruncido.

—Eso es muy peligroso, lo primero que haré en cuanto estés mejor será enseñarte a nadar. Mientras tanto, te acompañaré cada vez que te bañes en el río. Déjame que te ayude. —Le quitó el jabón de la mano y

comenzó a pasárselo por los brazos.

Era el primer día que Finna se metía en el agua, animada porque se sentía más fuerte. Los días anteriores, Lars le había traído agua que después habían calentado y la había usado para lavarse.

—Me gustaría mucho que me enseñaras a nadar. Siempre he querido hacerlo, pero… —Se encogió de hombros para no hablar de su debilidad. Estaba decidida a cambiar de vida—. ¿Quién te enseñó a ti? —Lars se detuvo un momento, mientras le aclaraba los brazos, pensándolo.

—Lo cierto es que no lo recuerdo, seguramente sería mi padre.

—Me dijiste que era un berserker. Como tú.

—Sí.

—¿Cómo era?

—Pues bastante amable. Cuando estuve en el ejército y conocí a mis compañeros, pensé que su carácter era extraño para un berserker. Ya sabrás lo que dicen de nosotros —Finna asintió, sin dejar de mirarlo. Se rumoreaba que los berserkers eran muy agresivos porque, en muchas ocasiones, no podían controlar su genio—, hasta que me di cuenta de que era así porque se había unido a mi madre. Ella era su andsfrende. Aunque hasta hace poco, creí que eran un caso único.

—Entonces, ¿estaban enamorados? ¿Como nosotros?

—Sí.

—¿Qué ocurrió cuando tu madre murió?

—Él vivió unos años más, pero yo todavía era un niño cuando murió.

—¡Qué triste! —Lars no contestó, concentrado en bañarla. Preguntó si quería que le lavara el pelo y ella aceptó, sintiendo que deseaba hacerlo.

Como todos, Finna había oído cosas horribles acerca de los berserkers, pero siendo una niña había tratado bastante a uno de ellos muy famoso, Valar, el padre de Raine y gran amigo de Gerhard, que fue siempre muy cariñoso con ella. Meses atrás había conocido al marido de Raine, Wulf y, ahora, a Lars. Por eso, a pesar de la mala fama que tenían, ella no tenía miedo. Lars se consideraba afortunado por haberla conocido, pero era al revés, la afortunada era ella y haría lo que fuera para que su felicidad durara todo el tiempo posible.

Al día siguiente empezó a llover al amanecer y no dejó de hacerlo ni siquiera por la noche. Lars estaba preparando un rincón para que ella no se mojara, y Finna le pidió que se resguardara a su lado hasta que dejara de llover, pero él se negó.

—Es mejor que sigamos, además, ya queda poco para llegar, solo unas horas. Iremos despacio, pero no quiero que nos quedemos varados en un sitio como este durante varios días. Además, la lluvia no tiene pinta de parar. —Estaba atando con cuerda la cubierta a los

travesaños del carro, asegurándose de que no se moviera, luego, se volvió hacia ella—. Métete dentro, a ver qué tal estás. —Ella obedeció, sorprendida por lo a gusto que se estaba debajo de las pieles, que también estaban sujetas al asiento delantero del carro. Lars la cubrió hasta la barbilla con una piel de oso y luego se echó hacia atrás, observándola—. ¿Estás cómoda? —ella asintió y, solo entonces, él se puso una chaqueta con capucha y, despidiéndose con un beso, ordenó —: No te muevas de aquí. Duérmete, si quieres.

—No cierres la piel del todo, deja una apertura para que pueda ver algo. —No tenía sueño de momento.

—Está bien.

Estuvo mirando a través de la rendija el paisaje pasado por agua, pero finalmente, amodorrada por el calor de las pieles y el suave sonido de la lluvia, se durmió.

No se despertó hasta que el carro se detuvo; se sentó bostezando y vio que frente a ella había una casa grande de piedra. Iba a levantarse cuando escuchó un grito de Lars:

—No te levantes, hay mucho barro. Ahora voy.

Esperó a que la bajara del carro y la llevara hasta la casa. En la puerta, la dejó en el suelo, junto a una mujer y una niña de unos diez años que habían salido de la vivienda y que los observaban sonriendo.

—¡Lars, qué sorpresa más agradable! ¡Me alegro mucho de verte! —La mujer se acercó a abrazarlo cariñosamente, siendo correspondida por un Lars muy sonriente. La niña se mantuvo apartada mirando tímidamente a Finna, que se agachó para que sus caras quedaran al mismo nivel.

—Hola, preciosa. —Siempre le habían encantado los niños. Esta era muy delgada, morena, con ojos grandes, negros y aterciopelados—. Yo me llamo Finna, ¿y tú? —La niña desvió la mirada a la mujer que había abrazado a Lars, que la cogió de la mano y contestó en lugar de la pequeña:

—Ella es mi hija, Goi, y yo me llamo Ölisse. —Al escuchar su nombre, Finna se irguió, nerviosa, observando sus compasivos ojos de color plata.

—Hola. —Alargó su mano, indecisa, para saludarla, pero Ölisse la abrazó con el mismo cariño que había derrochado con Lars, como si fuera una antigua amiga a la que esperaba desde hacía tiempo.

—Bienvenida, Finna. Estoy muy contenta de que hayáis venido. Entrad en nuestra casa, por favor. Hace un día horrible.

—¿Aren no está? —Lars lo preguntó mientras cerraba la puerta.

—No, pero volverá enseguida, tenía que ir al pueblo a por algunas cosas. Lo estamos esperando para comer, nos gusta hacer todas las comidas que podemos, juntos.

—Bien. —Se volvió hacia Finna—: ¿Quieres sentarte?, yo iré

mientras a guardar los caballos. ¿Te importa, Ölisse? —La mujer pareció avergonzada.

—¡No, claro! ¡Perdóname por no habértelo dicho antes!, por supuesto, llévalos a los establos. Luego, cuando venga Aren te ayudará a descargar, si quieres.

—Eso no es problema, solo quiero que estén cómodos. Secarlos un poco y que coman algo.

—No hay problema, es el edificio que está a la derecha. —Lars miró por la ventana que le señalaba Ölisse.

—Sí, ¿el rojo? —Ölisse sonrió divertida.

—Sí, Aren cometió el error de preguntarme de qué color me gustaría que lo pintara.

Lars salió después de soltar una carcajada dejando a las dos mujeres con la niña y corrió hacia el carro bajo un impresionante aguacero.

Capítulo 9

NUEVE

AREN VOLVIÓ EMPAPADO, pero contento después de cerrar un buen acuerdo para la venta de tres de sus vacas al carnicero del pueblo. Estaba empezando a conocerse su granja como una de las mejores donde comprar la carne y, estaba distraído pensando que, si quería comprar veinte cabezas más y, además, seguir cultivando los campos, necesitaría más ayuda. Ahora mismo lo ayudaban dos hermanos, pero necesitaría más manos si quería aumentar el negocio. Metió su carromato lo más deprisa que pudo en el establo, pero se detuvo sorprendido al ver que un desconocido estaba quitándole los arreos a un par de caballos que no eran suyos.

—¡Oye! —Pero antes de que el visitante se diera la vuelta, supo quién era y se apeó, feliz de volver a verlo—. ¡¡Lars!! ¡¡Por Odín y todos sus hijos!! ¿Qué buen viento te ha traído hasta aquí?

Se abrazaron con fuerza y, cogidos por el antebrazo derecho, se miraron a los ojos, comunicándose sin palabras. Aren reconoció el gesto relajado en la cara de su amigo.

—Ya veo. Tú también. —Lars también se sentía muy contento de verlo. Solamente otro berserker podía entender cómo se sentía y casi no había podido hablar con Wulf—. Estás muy cambiado, pero no me sorprende. Esto nos cambia a todos. ¿Hace mucho?

—No, apenas unos días. Una semana.

—Y ¿tu compañera ha viajado contigo?

—Sí. Espero que no te moleste que hayamos venido. Mi andsfrende, Finna, está enferma desde que nació y hemos hecho el viaje con la esperanza de que Ölisse la cure.

—¡Por supuesto que no me molesta y podéis quedaros todo el tiempo que queráis! —Le puso la mano en el hombro—. Me alegro mucho de que la hayas encontrado, amigo mío. Ölisse y yo hemos hablado muchas veces sobre ti. Estábamos un poco preocupados. —Lars lo entendía.

—Ya. Perdona, pero los caballos están empapados y tu mujer me ha dicho que podía dejarlos aquí —señaló el carro de Aren.

—¡Por supuesto! Vamos a prepararlos para pasar la noche y guardemos los carros.

Entre los dos terminaron enseguida y, a continuación, Lars cogió las cosas que creía que podrían necesitar y Aren el saco con las compras que había hecho en el pueblo.

Cuando entraron, les recibió el olor de un guiso que se calentaba a fuego lento sobre el hogar. Ölisse estaba poniendo la mesa y Finna, sentada junto a la chimenea con la pequeña Goi sobre el regazo, miró a Lars con estrellas en los ojos. Después de hacer las presentaciones y de que les asignaran la única habitación que había libre, los dejaron un rato a solas para que Lars se pusiera ropa seca. Ölisse les avisó de que comerían en cuanto estuvieran listos y se fueron cerrando la puerta para que tuvieran intimidad.

Lars se volvió hacia Finna que lo miraba apoyada en el bastón, con aspecto de estar muy cansada.

—Siéntate.

—No hace falta.

—Por favor —insistió—, solo mientras me cambio —ella suspiró, pero obedeció y él notó que volvía a arrastrar mucho una pierna, lo que significaba que volvía a dolerle mucho, aunque ella no lo reconocería.

—Son encantadores y la niña es… —Dejó a medias el comentario y él no preguntó, ocupado en quitarse la camisa empapada. Buscando en su bolsa de piel, encontró otra que se puso después de secarse el pecho y los brazos con un paño de lana. Cuando se cambió y mientras se secaba el pelo con el mismo paño, se sentó a su lado. Cogió su mano y la besó; después, levantó su barbilla suavemente para que dejara de mirar el suelo, y susurró:

—¿Te gustan mucho los niños? —Finna asintió intentando sonreír, pero esta vez no lo consiguió.

—¿Qué ocurre, mi amor? ¿Por qué estar con esa niña te ha puesto tan triste?

—Es encantadora, ¡me gustaría tanto que tuviéramos hijos, Lars!, pero…

—Nada es imposible. —Viendo su semblante serio y decidido, Finna casi se convenció de que tenía razón, pero sacudió la cabeza dejando de pensar en ello porque no quería hacer esperar a sus anfitriones.

—Vamos, nos están esperando para comer.

Lars y Finna se sentaron juntos en un pequeño banco que estaba apoyado contra la pared. Acariciando la suavidad de la madera, Lars le dijo:

—Veo que has estado muy entretenido. Sé cuánto tiempo y paciencia hace falta para dejar así de suave una pieza. —Aren sonrió, orgulloso de que, precisamente Lars que era un excelente artesano, le

dijera algo así.

—Mientras estuve en la isla, me fijé en cómo trabajabas tus arpas. No soy igual de bueno que tú, ni mis objetos son tan artísticos, pero… —se encogió de hombros— me conformo con que sirvan para que mi mujer y mi hija vivan mejor.

—Por supuesto. —Estaban tan a gusto que Lars les preguntó si les gustaría que les tocara algo. Ölisse aceptó en nombre de todos.

—Cuando te escuchamos tocar en la isla disfrutamos mucho, tienes un gran talento, Lars. Y Goi bailó hasta caer agotada. —La niña rio al recordar lo bien que se lo había pasado. Lars, con una sonrisa pícara, informó:

—Finna puede cantar conmigo, lo hace muy bien. —La aludida lo miró sorprendida, porque nunca había cantado delante de nadie, excepto de su familia y, por supuesto, de él.

—¡Lars! —lo regañó, pero él no se dio por enterado.

—Es la verdad. —Dirigiéndose a la niña, le dijo—: En cuanto comamos, iré a por el arpa y tocaré todo lo que quieras.

Poco después, Lars y Finna se habían acomodado delante de público que esperaba su actuación pacientemente hasta que decidieron volver a tocar la misma cancioncilla popular que en el bosque, unos días antes.

Lars comenzó a pulsar las cuerdas del arpa que mantenía entre sus piernas, provocando una preciosa melodía que Finna acompañó con una voz dulce. Al principio estaba muy nerviosa y su voz solo era un susurro, pero poco a poco fue elevándola hasta que llenó toda la cabaña. Los que la escuchaban, incluido Lars, sintieron cómo se les ponían los pelos de punta. Ella, ajena a todo, ondulaba el cuerpo suavemente al compás de la música con los ojos cerrados y Lars fue consciente al verla de algo de lo que no se había percatado hasta ese momento: que cantar la hacía muy feliz. No había más que ver la sonrisa de dicha que había en su cara.

Cuando la canción se terminó y Finna abrió los ojos, vio cómo la miraban todos y se volvió hacia Lars, insegura. Pero, entonces, la empezaron a aplaudir, incluso él que, además, la miraba muy orgulloso.

Ölisse y Aren se levantaron para felicitarla, emocionados porque nunca habían escuchado a nadie cantar así, pero Goi se aproximó a Lars con cara de curiosidad; sus ojos no se apartaban del arpa. Lars nunca había sabido cómo tratar a los niños, pero esa niñita tan tímida era especial. Cuando estuvo en la isla con sus padres, ya había notado que la música la revitalizaba de alguna manera.

—¿Te gustaría tocarla? —ella asintió y él señaló la silla de Finna, ahora vacía—. Siéntate ahí y te la colocaré para que la puedas tocar hacerlo, así no se te caerá. —La niña obedeció y él se puso de pie

sujetando casi todo el peso del arpa, que era demasiado pesada para una niña tan pequeña.

La mirada de Goi se iluminó y acarició la madera con veneración; y comenzó a tocar con una destreza inusitada, ante el estupor de Lars.

La música desconocida para él, pero era imposible que la tocara al azar. Estaba compuesta por alguien que entendía, aunque no sabía cómo tal cosa era posible. La niña seguía tocando, emocionada, cuando Lars escuchó la voz de Ölisse a su lado, aunque también Lars y Finna la miraban asombrados.

—¿Cómo es posible que toque tan bien? —Lars movió la cabeza, incrédulo. Los demás permanecían callados para poder escuchar a Goi. Y así siguieron bastante rato hasta que se cansó y se fue a jugar, bajándose de la silla y alejándose del arpa como si no hubiera hecho nada excepcional. Ölisse la siguió con la mirada, mientras preguntaba a Lars, aunque ya conocía la respuesta—. ¿Es normal que sepa tocar así, si nunca lo ha hecho antes?

La mirada de Lars también seguía a la niña que se había sentado en el suelo para jugar con su muñeca de trapo.

—No, tocar así requiere mucha práctica. Es más, aun practicando, no todo el mundo es capaz de hacerlo y hay algo más extraño todavía, su forma de tocar es algo que no había visto antes… —Sacudió la cabeza con la mirada puesta en la niña.

Poco después se distrajo al escuchar a Aren discutir con Ölisse por una infusión; al parecer, él no quería tomársela y ella insistía.

Ölisse sin hacer caso de la mirada enfurruñada de su marido, aclaró:

—Aren se cayó del altillo del granero cuando subía unos sacos hace unos días y… —se interrumpió y se marchó, murmurando que se le había olvidado algo en el fuego, aunque parecía a punto de llorar. Aren, arrepentido, la siguió y la abrazó sin importarle que estuvieran delante sus amigos. Después de besarle en la frente y murmurarle algo al oído, volvieron y los cuatro adultos se sentaron de nuevo. Y Ölisse terminó de hablar—. Perdonad, pero a pesar de mi experiencia, me asusté mucho porque perdió el conocimiento durante varias horas. Estuvo el resto del día en la cama con un fuerte dolor de cabeza y de espalda, pero él dice que ya está mejor. —Lars lo miró preocupado.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Tres días.

—¿Y seguro que ya estás bien?

—Esto es una granja, Lars. Si puedes ponerte en pie, debes hacerlo. Aquí no hay días libres, a menos que estés muy grave.

—Mientras estemos aquí, te ayudaré en lo que necesites; espero que así te recuperes antes. —Aren y Ölisse se miraron con una sonrisa. Ambos conocían la generosidad de Lars, que se había quedado

pensando en cómo se había caído Aren.

—Imagino que subes los sacos con una escalera de madera apoyada en el cobertizo.

—Sí, como se ha hecho siempre.

—La catedral de Stavanger por fin se ha terminado. —A Aren le extrañó el cambio de tema, pero permaneció en silencio—. Estuvimos el día que abrió sus puertas, y acabo de acordarme de algo que estaban haciendo en la fachada y que me pareció muy buena idea: un solo hombre, mediante un sistema de poleas, subía las piedras talladas a alturas muy elevadas. Seguro que sabes a lo que me refiero…

—¡Sí, en el ejército las usábamos!, sobre todo cuando teníamos que asaltar una fortaleza.

—Podría construir una para que pudieras subir los sacos de esa manera. No creo que tarde más de una semana en terminarla.

—¡Eso sería estupendo! —la respuesta entusiasmada de Ölisse provocó que los dos la miraran—. ¿Y qué tal estuvo la celebración? Imagino que todo Stavanger estaría en fiestas.

—Estuvo bien. —Lars estaba pensando rápidamente cómo desviar la conversación de la inauguración, pero escuchó la suave voz de Finna:

—Lars tocó en la inauguración con un arpa fabricada por él mismo.

—¿Qué dices? ¿Es cierto? —Sus anfitriones lo miraron con una admiración indisimulada y el rubor que ascendió por el rostro de su amigo le dijo que sí. Aren rio al imaginar lo mal que lo pasaría por tener que tocar delante de tanta gente. Finna sonreía tímidamente al ver cómo todos lo observaban con admiración. Igual que ella.

Lars decidió cambiar de tema porque no estaba dispuesto a que lo avergonzaran más preguntándole por aquel día.

—¿Has construido tú la casa y los establos?

—La casa ya estaba cuando compré la granja. Solo la he arreglado para que todos estuviéramos más cómodos; tenía algunas goteras en el tejado, y las ventanas no cerraban bien. Pero los establos estaban muy mal y he tenido que dedicarles más trabajo, y el granero ni siquiera existía. Cerca de los campos también construí una cabaña para los dos hombres que me ayudan.

—¿Tienes siervos? —Lars intentó disimularlo, pero se sintió molesto. Esa práctica nunca le había gustado.

—Venían con las tierras, pero los liberé hace mucho. No me parece justo que un hombre sea dueño de otro, no debería estar permitido. —Veía, por su expresión, que su amigo pensaba como él.

—Cierto.

—Parece que ha dejado de llover. Si quieres, podemos salir a dar una vuelta y te enseñaré todo esto. —Salieron después de coger sus capas por si volvía a llover.

En el establo, Aren le asignó un caballo y cogió otro para él. Lars se fijó en algo que le dijo un rato después.

—Acabas de cojear en el establo. Imagino que, como tu mujer no estaba delante, te has olvidado de disimular la cojera.

Se habían alejado bastante de la casa, ya ni siquiera la veían; estaban parados en medio de un camino, rodeados de árboles y con las montañas al fondo. Aren giró la cabeza para mirarlo con la ceja arqueada, había colocado la mano como visera para poder ver a lo lejos a pesar del reflejo del sol.

—Ölisse tiene razón. Aún no estoy bien del todo, pero te cortaré la lengua si se lo dices. Me obligaría a quedarme en la cama varios días y ahora mismo es el peor momento del año para ponerme enfermo.

—Ya, y ¿te crees que ella no lo sabe? —Aren se encogió de hombros con una sonrisa traviesa.

—¡Pues claro que lo sabe!, pero yo sigo negándolo —resopló—. Ya sabrás cómo es esto. —Su cara de fastidio provocó una carcajada en Lars—. No te rías, ya verás cuando estés en mi situación, entonces no te hará tanta gracia.

—No lo dudo, hermano.

—¿Cómo está Finna? Ölisse me ha dicho que no creía en los sanadores.

—Es verdad, pero Ölisse la ha impresionado.

—Claro, como a todos —contestó, orgulloso—. Mira, ahí están los campos de cultivo. —Hicieron trotar a los caballos hasta que se encontraron delante del mar de espigas doradas

—¿Qué es?, ¿cebada?

—Sí, y aquello de allí es trigo —señaló otro campo algo más alejado cuyas espigas parecían algo más pequeñas.

—Curioso, no sabía que se podía plantar trigo por esta zona. ¿Se da bien?

—Es el primer año que lo intento, pero, de momento, todo va bien. Esta es una buena tierra.

—Ya lo veo. Has conseguido un hogar excelente, y tu familia es estupenda, Aren. Tienes motivos para enorgullecerte. —Pero Aren no era un hombre orgulloso y se encogió de hombros con humildad.

—He tenido suerte, pero… cuéntame cómo les va a Ragnar, Sigrid y a todos los de la isla… ¿Orvar se recuperó del todo? —Lars se puso repentinamente serio, recordando lo ocurrido recientemente.

—Sí, pero desgraciadamente, ha vuelto a ocurrir, aunque esta vez le ha pasado a Leif. Yo estaba en Stavanger cuando se transformó y tuvieron que encerrarlo en las mazmorras, igual que hicimos con Orvar.

—¡Qué dices!, ¿uno de los gemelos?, ¿y ha hecho daño a alguno de los demás?

—Afortunadamente no, pero esto demuestra que nunca se sabe quién va a ser el próximo en caer.

—Es cierto. —Aren movió la cabeza, incrédulo—. Los gemelos parecían los más felices y relajados de todos los berserkers que viven en la isla. Entonces, supongo que Wulf es el que se ha quedado al mando, mientras tú vuelves…

—No, Knut. Wulf tiene sus propios problemas con las tierras de su suegro y Knut se mostró dispuesto a hacerlo —se encogió de hombros —, pensándolo bien, siempre ha sido muy responsable. Sigue siendo el único que caza y muchos días también es el único que sale a pescar para todos.

—Sí, pero parece tan… —Aren no supo cómo decir, sin que Lars que era su amigo se sintiera insultado, lo huraño y arisco que le había parecido. Pero Lars comprendió.

—Entiendo tus dudas, pero cuando lo conoces, es un buen amigo.

—Seguro que sí.

Aren notó, por primera vez, una mirada de admiración en Lars mientras observaba los cultivos.

—Tú también puedes tener algo así, si es lo que quieres. Ahora puedes marcharte a vivir donde quieras.

Lars lo miró, sorprendido.

—No se me había ocurrido —musitó y el sorprendido fue Aren.

—¿No?, ¿y dónde habías pensado vivir con tu mujer?

—En la isla. Había decidido arreglar la cabaña para que fuera más cómoda para ella… —La mirada de Aren le llevó a preguntar—: ¿Por qué me miras así?

—A mí no me gustaría que mi mujer y mis hijos vivieran en la isla. Ese lugar está bien para confinar a los berserkers que pueden ser inestables. —Lars hizo una mueca—. Tienes que reconocer que no es un sitio seguro y menos, si pensáis tener hijos. Nadie, en su sano juicio, iría a vivir allí pudiendo ser libre. Es una cárcel. No me puedo creer que, precisamente tú, que tienes un oficio que te permitiría vivir donde quisieras, estés pensando en llevar allí a tu mujer.

—La verdad es que no se me había ocurrido hacer otra cosa.

—¿Qué dice tu mujer?

—No lo hemos hablado.

—Cuando me uní a Ölisse, la primera discusión que tuvimos fue sobre el lugar donde viviríamos, porque es casi lo más importante de vuestra nueva vida. Ella no quería marcharse del pueblo en el que vivía, pero conseguí convencerla para que lo hiciera con el compromiso de que, si no se acostumbraba, volveríamos y lo intentaríamos allí. Ahora le encanta esto.

—Es distinto, porque ya tenías la granja.

—Eso es verdad. ¿Finna tiene familia?

—Sí, su padre vive y están muy unidos. —Aren se encogió de hombros.

—Entonces tendrás que hablar con ella sobre eso, es posible que no quiera separarse de él.

—No me ha dicho nada.

—Lo que quiere decir que eres muy afortunado porque te ha tocado en suerte una compañera muy comprensiva, pero ponte en su lugar, si piensas que no sufre al pensar en abandonar a su familia y el pueblo donde ha nacido, es que estás loco.

LARS ASINTIÓ al estar de acuerdo con él. Tenía muchas cosas en qué pensar.

Capítulo 10

DIEZ

HABÍAN TERMINADO DE CENAR, el cielo se había puesto totalmente negro y la única luz que tenían, además del fuego del hogar que siempre estaba encendido, provenía de una vela.

Seguían sentados alrededor de la mesa como hacían las familias habitualmente, para pasar el rato hasta que fuera la hora de irse a dormir charlando o jugando a algo. Goi ya estaba durmiendo en su habitación, y Lars y Aren estaban hablando sobre el mecanismo que Lars quería construir, cuando Ölisse, discretamente, puso su mano sobre el brazo de Finna.

—¿Quieres que hablemos un rato a solas? —La muchacha se estremeció porque ella todavía no le había dicho nada.

—Sí. —Notaba la mirada de Lars, que se removió inquieto en la silla como si quisiera acompañarla, pero Finna lo detuvo.

—Quédate aquí, Lars. Por favor. —Sonrió valientemente para que viera que no estaba nerviosa y siguió a Ölisse, que la llevó a su dormitorio. Antes, la sanadora, había encendido otra vela para poder ver algo y también llevaba una bolsa rectangular de piel negra, muy usada. Cerró la puerta detrás de Finna y dijo:

—Antes de nada, sentémonos un momento —señaló la cama y lo hicieron, una al lado de la otra—. Me gustaría ayudarte, pero tú tienes que querer que lo haga.

Finna se miraba las manos, tímida. No estaba segura, pero no podía llevarle la contraria a Lars. Al fin y al cabo, él solo quería que se curara.

—Estoy un poco asustada. He visto a muchos curanderos y ninguno ha conseguido que mejore. Y algunos remedios eran… —Se encogió de hombros con un suspiro, sin ganas de hablar acerca del sufrimiento que había pasado en tantas ocasiones para nada.

—Finna, te aseguro que seré sincera contigo y si no puedo ayudarte, te lo diré. —Puso durante un momento la palma de la mano encima de la suya, de manera que Finna sintió cómo un agradable calor le subía por el brazo hasta que la sanadora interrumpió el

contacto—. Y otra cosa: no creo en los remedios que aumentan el dolor.

Finna todavía sentía el calor de su mano en el interior del brazo.

—Está bien, lo haré.

—De acuerdo. Lo primero, cuéntame desde cuándo sientes dolores.

—Mi padre dice que, cuando cumplí un año ya intentaba andar, pero siempre que me ponía en pie, lloraba, como si me doliese. No conseguí hacerlo hasta que cumplí los tres.

—Comprendo, ¿te importaría enseñarme las piernas?

—No, mira. —Se levantó las faldas para que pudiera verlas y Ölisse se arrodilló ante ella.

—Quítate las botas, por favor. —Cuando lo hizo, Ölisse examinó sus piernas cuidadosamente, desde las plantas de los pies hasta las rodillas—. Tus piernas son débiles, pero eso es normal. Lo primero que tienes que hacer en cuanto te encuentres mejor, es andar mucho. Todo lo que puedas.

—¿Crees que podré hacerlo algún día? —Ölisse había puesto las manos sobre sus rodillas, desde donde estaban irradiando calor a lo largo de las piernas.

—Claro que sí, noto la enfermedad, pero, afortunadamente no ha llegado a deformar los huesos. —Movió las manos hacia las pantorrillas donde las dejó durante unos segundos—. Cuando hace frío o llueve, ¿sientes más dolor?

—Sí, es cuando más me duele, aunque no me mueva. —Finna sentía las piernas muy calientes, ahora entendía lo que Lars le había explicado acerca del toque de Ölisse; decía que era un calor sanador.

—¿Te duele alguna otra parte del cuerpo, además de las piernas?

—A veces un poco los brazos, pero no tanto como las piernas —Ölisse asintió, muy seria. Ya se había hecho una idea de lo que le ocurría.

—Creo que sufres una dolencia que he visto en gente más mayor y que es muy dolorosa, pero no es grave, si te cuidas. Hay varias cosas que puedes hacer para estar mejor, te daré unas hierbas para hacer infusiones que tienes que tomar por la mañana y por la noche. Además, en tu caso son muy buenos los masajes con aceite de árnica; desgraciadamente es una planta difícil de conseguir y me queda poco aceite. Pero mañana, o pasado, podemos salir a por más.

—¿Dónde? —Ölisse se levantó sacudiéndose la falda.

—A las montañas, no están lejos de aquí. Vamos, volvamos con los demás, seguro que tienen curiosidad por saber qué ha pasado.

Finna la siguió hasta la sala común donde Lars se paseaba impaciente, a la espera del veredicto de Ölisse.

ESA MISMA NOCHE, le entregó a Lars un frasco de cristal con el poco

aceite de árnica que le quedaba; él movía el frasco observando cómo se movía el líquido amarillo-verdoso, mientras escuchaba la explicación de la curandera explicándole cómo debía dárselo a Finna.

—Tienes que coger un poco y calentarlo frotando las manos, así conseguirás que penetre mejor. Al extenderlo sobre la piel hazlo con suavidad, seguramente al principio le dolerá, pero, poco a poco, se acostumbrará y se le irá quitando el dolor. —Al ver la preocupación en su rostro, intentó tranquilizarlo—. Ya le he explicado a ella que su enfermedad no suele ser mortal, aunque sí sé que es muy dolorosa. Es muy importante, casi lo que más, que evite el frío y la humedad. —Estaban en la habitación de Ölisse y Aren, y estaban los dos presentes junto con Lars, ya que Goi se había quedado con Finna en la sala.

—Eso son buenas noticias. Finna y su padre siempre han creído que moriría joven. —Ölisse se apresuró a negarlo.

—No tiene por qué, lo que pasa es que, como a estos enfermos les duelen los huesos cuando se mueven, dejan de hacerlo y ese termina siendo el problema. En cuanto al aceite, extiéndeselo bien por los brazos y las piernas, aunque no pasa nada si el masaje se lo das por todo el cuerpo. —Entonces Ölisse miró con los ojos entrecerrados a su marido—. Espero que vayamos a recoger flores pronto, porque este frasco es todo el aceite que me quedaba —Aren murmuró una disculpa por no haberla hecho caso; Ölisse llevaba diciéndole varias semanas que tenían que ir a la montaña a recoger árnica.

—Iremos mañana, después de hacer las tareas de la granja.

—De acuerdo.

Esa misma noche, Ölisse le dio la primera infusión a Finna y Lars su primer masaje.

Cerró la puerta y se quedó mirándola en silencio hasta que vio que cogía el camisón del arcón.

—¿Qué haces? —Se detuvo mirándolo y Lars, con la voz ronca, explicó:

—Es mejor que estés desnuda. —Ella observó sus ojos y supo lo que estaba pensando y, aunque le avergonzaba un poco que pudieran escucharlos, se alegró, porque no había vuelto a tocarla desde que habían llegado. Se mordió el labio, y volvió al arcón.

—Voy a coger un paño para ponerlo debajo, no quiero manchar las sábanas de Ölisse con el aceite.

Lars asintió, aunque no le podían importar menos las dichosas sábanas. Cuando ella estiró el paño encima de la cama, la besó en la boca.

—No sé cómo he podido contenerme y no tocarte anoche.

—Ni yo —contestó ella con una risita—. Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Porque estabas demasiado cansada y lo primero es tu salud. —

Ella lo abrazó por el cuello sintiéndose muy querida y notó sus manos tirando del cordón de su blusa.

—¡Lars! —le regañó con un susurro.

—Desnúdate del todo, mi amor. No puedo más, necesito tocarte.

—Está bien.

Mientras ella lo hacía y se tumbaba bocabajo, él hizo lo mismo y se acercó a la cama, después de coger el frasco de aceite. Se echó un poco en la palma calentándolo con la otra como le había dicho Ölisse.

—Cierra los ojos. —Ella había vuelto la cabeza e iba a bromear sobre la desnudez de él, pero cerró la boca y, con una sonrisa, ocultó la cabeza entre los brazos; casi enseguida, comenzó a sentir sus manos, calientes y escurridizas.

Comenzó por el hombro derecho que masajeó hundiendo suavemente sus poderosos dedos en los músculos y continuó bajando por el brazo, hasta llegar a la mano. Al escuchar un gemido, se detuvo preocupado.

—¿Te duele? —Cuando giró la cara hacia él, entendió—. ¿Te gusta? —susurró con una sonrisa lujuriosa y ella asintió mordiéndose el labio inferior—. Entonces, vuelve a tumbarte como estabas, para que pueda seguir.

Finna, al principio, estaba tensa esperando sentir dolor, pero pasados unos minutos se relajó gracias a lo cuidadoso que estaba siendo, a pesar de su fuerza. El aceite caliente hacía que las manos de Lars resbalasen fácilmente sobre su piel, aumentando su excitación. Primero, les dedicó su atención a los brazos y luego pasó a las piernas, a las que se aplicó durante más tiempo.

No pasaron demasiados minutos antes de que Finna ronroneara bajo su cuidado, provocando una risita en él que sentía que explotaría si no se unía pronto a ella. Pero siguió trabajando sus muslos sin descanso, luego las pantorrillas hasta llegar a las plantas de los pies; esto último provocó un sonido de sorpresa en Finna, que nunca hubiera imaginado el placer que sentiría porque alguien le masajeara esa zona del cuerpo.

—¡Oh! —Lars sonrió ladinamente y repitió el movimiento; ella gimió en voz alta y él volvió a acariciar sus piernas, y a la vez presionaba en la cara interna de sus muslos para que las separara.

—Ábrelas, Finna, déjame darte placer.

Ella volvió a cerrar los ojos intentando relajarse; sentía un agradable calor, que no estaba provocado por el aceite. Las caricias de Lars eran las responsables del fuego lento que había nacido en su vientre.

—Date la vuelta, mi amor —ordenó, después de una última caricia. Finna obedeció, subyugada, dejando que él la ayudara.

Cuando estuvo bocarriba, Lars la observó mientras volvía a coger

aceite. Sus pezones rosados, erguidos y apetitosos, fueron cubiertos por sus enormes manos que acariciaron sus senos extendiendo el aceite sobre ellos.

—Eres la mujer más hermosa del mundo.

Ella anhelaba que la cubriera con su cuerpo y se arqueó hacia él en una súplica silenciosa, en la íntima penumbra de su habitación. Solo se escuchaban el ruido de sus respiraciones cada vez más agitadas. Los dedos lubricados de Lars descendieron acariciantes hasta la unión entre sus piernas y, sin dejar de observarla fijamente, se deslizaron dentro de su hendidura, provocando un sobresalto en Finna. La penetró suavemente con dos dedos y acarició delicadamente su nudo de placer, incitándola cada vez más. Ella extendió los brazos hacia él:

—Por favor, Lars. —Pero él necesitaba hacer algo antes y, con el miembro erguido y doliéndole por la excitación, se subió a la cama y se arrastró hasta colocarse entre las piernas de su mujer. Impaciente por la necesidad que sentía de darle placer, acomodó los muslos pálidos sobre sus anchos hombros.

Ella volvió a pedirle que la hiciera suya, pero Lars estaba ocupado separando sus pliegues, húmedos e inflamados; cuando lo consiguió, se inclinó, súbitamente, y sopló con fuerza una única vez sobre el clítoris; después, introdujo la lengua dentro de ella, excitándola de tal manera que tuvo que morderse la mano para no gritar.

Pocos minutos más tarde, estaba desmadejada sobre la cama, intentando contener los temblores que recorrían su cuerpo. Solo entonces, Lars se tumbó sobre ella sonriendo tiernamente. La besó y, a continuación, la penetró.

Sus movimientos eran lentos, pero vigorosos, y no se detuvo hasta conseguir que Finna volviera a llegar al éxtasis; cuando ocurrió, él también se dejó llevar, ocultando la cara en su cuello y murmurando su nombre como si fuera una letanía.

Finna cerró los ojos atesorando lo que acababa de vivir. Nunca se hubiera imaginado que ningún hombre la miraría como Lars, ni conseguiría estremecerla con solo susurrar su nombre. No temía demostrar sus sentimientos hacia ella y lo hacía continuamente, cuando la cuidaba o al amarla tan generosamente. Había visto hombres enamorados antes, pero no se comportaban como él.

Sudorosos, se abrazaron cuando él se colocó a su lado y Lars estiró la sábana para cubrir sus cuerpos.

—¿Tienes frío, mi amor? —ella lo negó con un murmullo porque sus estremecimientos estaban motivados por el placer, pero le agradó que él la acercara más a su cuerpo, mientras acariciaba lentamente su espalda.

Las palabras parecían sobrar en aquel momento, aunque Lars sabía que dentro de poco tendrían que hablar sobre su futuro. La

conversación con Aren le había abierto los ojos. Finna era lo más importante en su vida y haría lo que fuera por hacerla feliz. Era su milagro.

Se levantó antes de que amaneciera, ya que había quedado con Aren en ayudarlo para hacer lo necesario en la granja y así salir, lo antes posible, hacia a la montaña. Intentó no hacer ruido para no despertarla, porque aún podía dormir una o dos horas, pero se despertó:

—¿Ya es la hora de levantarse? —Él dio la vuelta a la cama y se inclinó sobre ella, dándole un beso en la frente e instándola a que se acostara de nuevo.

—No, aprovecha y descansa. Todavía puedes dormir un rato. Cuando terminemos, vendré a despertarte. —En la penumbra del pequeño dormitorio, vio el gesto tozudo de su rostro mientras se sentaba en la cama.

—No. Mientras te vistes, te prepararé el desayuno. No puedes ir a trabajar con el estómago vacío. —Cogió el bastón para apoyarse, como siempre. Aunque parecía que se movía con más facilidad, aún le dolían las piernas al moverse.

—No hace falta que te levantes.

—Lars, por favor, quiero sentirme útil. —Él aceptó, aunque preferiría que siguiera descansando para que aguantara lo mejor posible el viaje en carro hasta las montañas.

—De acuerdo. Gracias

—No me des las gracias. Es lo que haría cualquier esposa.

Sus palabras le sonaron casi a reprimenda, como si llevaran varios años casados, y sonrió mientras la escuchaba salir hacia la sala, después de echarse un chal encima del camisón. Tuvo la precaución de dejar la puerta entreabierta, gracias a lo que él pudo ver mejor para ponerse las botas.

Cuando terminó de vestirse y salió, le sorprendió encontrar a Finna sola. Estaba calentando leche.

—¿No hay nadie más levantado? —Estaba muy hermosa. Todavía no se había recogido el cabello que le llegaba hasta la cintura e infinidad de tonos, desde el rojo más oscuro hasta los preciosos cobrizos, brillaban en su melena, realzados por la luz del fuego.

—¿Es posible que te hayas despertado demasiado pronto? —Lars imitó su sonrisa pensando que era posible. Le parecía haber descansado las mismas horas que otras noches, pero…

—Puede ser, aunque es la primera vez que me pasa. Debe ser por lo de anoche. —Ella se ruborizó como él sabía que haría, y soltó una risita.

—Entonces, prepararé otras gachas para mí y así podremos desayunar juntos.

En casa de Aren y Ölisse mantenían el fuego de la sala encendido por la noche. Como no era algo habitual, Lars le había preguntado por qué lo hacía y su amigo respondió que quería que Ölisse y Goi no pasaran frío. Ahora, observó con interés cómo Finna se acercaba al fuego y extendía los pies hacia las llamas, temblando de gusto.

—¡Qué calorcito! —Lars se sentó junto a ella pensando que, quizás, ese fuera el momento adecuado para la conversación que había aplazado la noche anterior.

—Ölisse dijo que el frío hacía que te dolieran más las piernas. —Ella le lanzó una mirada interrogante antes de levantarse para volver a mover las gachas.

—Sí, cuanto más frío hace, más me duelen. —Estaba de espaldas a él, pero se volvió a mirarlo esperando que le dijera lo que estaba pensando. Lo había notado preocupado y pensativo desde que volvió de recorrer la granja con Aren, pero todavía no había habido un momento para preguntárselo—. ¿Pasó algo ayer con Aren?

—No. —Movió la cabeza mirándola intensamente y alargó la mano hacia ella—. Ven. —Ella puso la palma en la suya y dejó que la acercara a él hasta que consiguió sentarla en su regazo, luego la abrazó apoyando la mejilla en su cabeza y Finna esperó, arropada por sus brazos, sin saber qué decir—. Nunca dudes que eres lo más importante para mí. —Lo miró, intentando adivinar lo que pasaba por su cabeza. Había ocasiones en las que lo sabía enseguida, pero esta no era una de esas.

—No tengo dudas. Confío en ti plenamente.

—Bien. Quiero que decidamos dónde vamos a vivir. —Finna se extrañó.

—Creía que lo haríamos en tu cabaña, en la isla.

—Antes me parecía una buena idea, hasta que he sabido que tus dolores empeoran con el frío y la humedad —recalcó—, sabiendo eso, estaría loco si te llevara a vivir a un lugar en el que estarías rodeada de mar. —Finna siguió observándolo.

—No había pensado que pudiéramos vivir en otro sitio.

—Ölisse ha sido muy clara y un lugar así es lo que menos te interesa.

—Ya.

Lars asintió, muy serio.

—Por eso, creo que es hora de que empecemos a pensar en otro sitio para vivir. Que sea más cálido y seco.

—Pero… creía que tenías que volver para ayudar a tus amigos. —Se sentía culpable y Lars se arrepintió de haber llevado tan mal el asunto—. No quiero que… por mi culpa… —Él la zarandeó ligeramente.

—Shhh, calla, hablaré con mis hermanos y lo solucionaremos. Lo

único que me importa es que tú estés bien, ¿lo entiendes?

Finna tenía los ojos sospechosamente brillantes, pero, al llegar a su nariz el olor de las gachas a punto de quemarse, se levantó de un salto para retirarlas del fuego, antes de que estuvieran incomibles.

Capítulo 11

ONCE

DESAYUNARON HABLANDO en susurros para no molestar a sus anfitriones y, cuando estaban acabando, Ölisse y Aren salieron de su dormitorio. Se quedaron muy sorprendidos al ver que ya estaban despiertos.

Finna se levantó y se ofreció para hacerles el desayuno, pero Ölisse, cariñosamente, se negó.

—Buenos días, Finna. Siéntate y descansa; el viaje será algo duro porque está lejos y el último tramo lo tenemos que subir andando. —Lars se preocupó.

—No sé si es conveniente que ella vaya, puede que no pueda subir… —Se calló al ver la mirada indignada que le dirigió Finna.

—¡Por supuesto que podré! ¡Además, me apetece mucho ir! —Ölisse intentó mediar.

—Andar le hará mucho bien, Lars y, si no puede subir hasta arriba ella sola, la ayudaremos entre todos.

—La llevaré en brazos, si es necesario —Ölisse asintió como si estuviera de acuerdo, aunque estaba distraída preparando el desayuno.

Aren se sentó junto a Lars.

—He estado pensando en el mecanismo de las poleas… ¿Cuándo crees que podemos empezar a construirlo?

—No creo que sea difícil…, pero tengo que dibujarlo para hacerme una idea de cómo son las piezas.

—De acuerdo, cuando volvamos, buscaré papel y algo con lo que puedas escribir.

—Yo siempre llevo por si se me ocurre algo, en el carro tengo un tintero y pluma.

Aren aceptó la infusión que le dio Ölisse y le dio las gracias, aunque al beber un sorbo, su cara reflejó lo mal que sabía.

GOI SE LEVANTÓ un rato después, cuando todos, menos Finna, se

habían marchado. Ölisse había salido poco antes porque se habían quedado sin leche para el desayuno de la pequeña.

—Vuelvo enseguida. A estas horas seguro que Aren ya ha ordeñado a una de las vacas. —Cogió la lechera e iba a salir, cuando Finna se levantó ayudada por su bastón y se aproximó a ella.

—Te acompaño.

—No, por favor. Quédate por si mi hija se levanta. Es raro que no lo haya hecho todavía, pero últimamente no duerme muy bien.

—Claro, aprovecharé para lavarme.

—Hay agua caliente en el fuego, yo lo haré cuando vuelva.

Se volvió hacia la chimenea y cogió la olla que colgaba sobre el fuego con el trapo que siempre estaba sobre la repisa, luego, la llevó a su habitación y echó parte del agua en la jofaina y la mezcló con agua fría. Se lavó lo más deprisa que pudo y se vistió; cuando estaba terminándose la trenza, salió a la sala al escuchar un ruido.

Goi, con un camisón largo y agarrada a su muñeco de trapo, la miraba asustada. Se acercó a ella sonriendo.

—¡No pasa nada! ¡Tranquila, cariño! —Pareció calmarse al escucharla, pero Finna, de todas maneras, la cogió de la mano—. Tu mamá ha ido a por leche, pero volverá enseguida. —La sonrisa de la niña se amplió—. Sentémonos aquí mientras la esperamos, ¿quieres? —Goi se sentó a su lado, sin soltar el muñeco, al que se abrazó en cuanto estuvo sentada.

—Hoy vamos a ir a la montaña, ¿te gusta ir allí? —No hubo tiempo de que la pequeña contestara por gestos, ya que la puerta de la calle se abrió, para dejar paso a Ölisse, que venía cargada con un cubo de leche. A la niña se le iluminó el rostro y corrió para abrazarse a sus piernas.

—¡Goi, con cuidado, cariño, que vas a tirar la leche! —su tono era tan afectuoso como siempre—. Espera. —Dejó el cubo en el suelo y la abrazó con fuerza, besando su cabeza—. Vamos a hacer una cosa, voy a echarte agua en tu jofaina y, mientras te preparo el desayuno, vas a demostrarle a Finna que ya eres una chica mayor y te puedes lavar sola, ¿quieres? —Goi miró a Finna para ver si estaba lo bastante impresionada y le debió de parecer que sí, porque aceptó el reto.

Aren y Lars habían terminado las tareas y estaban hablando junto al granero.

—¿La infusión que tomas por las mañanas tiene algo que ver con tu caída? —Aren lo miró sorprendido.

—¿Has hablado con Ölisse sobre esto? —Lars levantó las manos en son de paz.

—No, qué va, ¿por qué?

—Me tomo esa infusión porque se ha puesto muy testaruda y no quiero discutir más con ella, pero es asquerosa.

—Tu mujer es la mejor sanadora que yo he visto en mi vida. Seguro que sabe lo que es mejor para ti.

La cara de fastidio de Aren le dijo que tenía razón y, como sabía que tenía las de perder, decidió cambiar de tema.

—¿Ya habéis pensado dónde os gustaría vivir?

—Hemos empezado a hablarlo, pero todavía no decidimos nada.

—Este es un buen sitio.

Lars miró a su alrededor. Había amanecido y la temperatura era buena, hacía algo de frío, pero nada comparable al lugar de donde venían. Aren tenía razón, aquel era un buen sitio para vivir.

—Sí, eso parece.

—¿Nunca has pensado en comprar una granja?

—No. Me gustaría seguir trabajando con la madera. Disfruto fabricando arpas. Y mientras me lo sigan pagando bien… —Se encogió de hombros.

—Claro, tienes razón. —Aren se quedó mirando el horizonte con los ojos entrecerrados, imaginando—. A vosotros os basta con una casa que tenga algo de terreno para los establos, una o dos vacas y algunas gallinas, lo necesario para que tu familia tenga huevos y leche todos los días. Lo demás lo puedes comprar en el mercado, a menos que queráis tener una huerta. Casi todo el mundo la tiene.

—Lo pensaré. —Sacudió la cabeza. Estaba disgustado consigo mismo por no haber pensado antes en lo que le convenía a Finna—. Creía que viviría siempre en la isla, pero…

—Ahora tienes a Finna —Lars asintió.

—Sí. Todo ha cambiado.

TARDARON dos horas en llegar a la montaña en el carro de Lars. Aren se subió al principio atrás con su familia, pero Finna insistió en que se sentara junto a Lars, pensando que les gustaría estar juntos. Ölisse y ella iban sentadas con Goi dormida entre las dos, mirando el paisaje y hablando en voz baja. La niña estaba tapada hasta la barbilla con una manta ligera para que no cogiera frío, porque unas nubes habían ocultado el sol y la temperatura había bajado un poco.

—Tu hija es encantadora. Debes de estar muy orgullosa de ella. —Ölisse estaba sorprendida porque Finna no hubiera hecho ningún comentario acerca de la mudez de Goi y, precisamente por eso, decidió ser sincera con ella.

—Lo estoy. —Su expresión era de preocupación—. Se ha quedado dormida tan pronto porque está agotada. Lleva unas semanas durmiendo mal. Tiene muchas pesadillas y la pobre tampoco puede explicarme con qué sueña exactamente. Inventé hace tiempo un sistema para que me dijera las cosas básicas, si se encuentra mal o si tiene hambre o sed, pero no sirve para cosas más complicadas… Es

muda de nacimiento, ¿te lo había dicho Lars?

—No, no me ha dicho nada. —Ölisse acarició la cabeza de Goi, con todo el amor que sentía hacia ella reflejado en su cara.

—Te confesaré algo que no suelo decir a nadie: a Goi no la parí yo, pero es hija mía. No podría quererla más, como si la hubiera tenido nueve meses dentro de mi vientre. Estoy muy preocupada por ella y, además, está lo que hizo ayer con el arpa. Fue muy raro, ¿no te parece? —Finna la observaba muy seria y, tímidamente cubrió la mano de la sanadora con la suya.

—Lo importante es que os tiene a vosotros, cualquiera puede ver que sois muy buenos padres. Estoy segura de que todo se solucionará, ya lo verás. Es una niña muy feliz, eso se ve enseguida. Sois afortunados. —Ölisse le dio un apretón y respiró hondo y Finna la imitó, notando algo en el aire que la hizo repetir la inspiración.

—Huele muy bien.

—Sí, los responsables son los árboles que ves a los lados del camino, son eucaliptos y sus hojas son muy buenas para los enfriamientos del pecho.

—¡Mmmm! —Finna estaba muy cómoda dejando que su cuerpo se bamboleara al compás del carro. Miraba a su alrededor, imaginando cómo sería aquel lugar en verano—. Vivís en un lugar maravilloso.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho. Yo vivo en Stavanger y aquello es totalmente distinto, es una ciudad grande… pero eso ya lo sabes —se disculpó porque el día anterior Lars ya les había explicado que su padre era el director de construcción de la catedral—. Allí hace mucho frío, mucho más que aquí. Y nieva a menudo durante el invierno.

—Pero vosotros podéis vivir donde queráis, al fin y al cabo, Lars puede construir arpas en cualquier lugar —Finna asintió, pero se mordió el labio preocupada. A pesar de lo que le había dicho Lars, no estaba del todo convencida de que eso fuera lo que él quisiera de verdad.

—Eso dice él.

—¿Pero? —preguntó. Estaba claro que Finna tenía dudas.

—No quiero que lo haga solo por mí. Por mi salud. Y que más adelante se pueda arrepentir. —Iba a decir algo más, pero se quedó callada.

—Puedes decirme lo que quieras, no se lo contaré a nadie.

—Es que no me hago a la idea de que podamos vivir donde queramos. —Dejó de mirar el paisaje y se volvió hacia ella—. ¡Desde que lo conocí mi vida ha cambiado tanto que…!

—Te comprendo —suspiró con fingido pesar—. Estos hombres entran en nuestras vidas como un torbellino, arrasando con todo a su paso, pero no conozco a ninguna compañera de un berserker que no

sea inmensamente feliz, a pesar de las dificultades que acarrea vivir con ellos, que las hay. Son testarudos, mandones y sobreprotectores, pero a la vez… —La sonrisa de felicidad de Ölisse inspiró el adjetivo que musitó Finna:

—Maravillosos.

—Sí. —Ölisse miró a su alrededor—. Estamos llegando. Un poco más adelante hay que dejar el carro y subiremos el resto andando.

—Está bien. —Estaba decidida a aguantar todo el camino como los demás, sin quejarse.

—¿Te encuentras bien? —Ölisse la observaba fijamente—. Desde luego, tienes mejor aspecto.

—Sí, es como si cada día estuviera más fuerte. Y los masajes son… —La sonrisa pícara de Ölisse le dijo que no hacía falta que le explicara nada. El carro se detuvo y, a la vez, Goi se despertó. Aren se acercó para ayudarlas a bajar, mientras que Lars ataba los caballos. Finna dio unos cuantos pasos sobre la hierba, apoyándose en el bastón, y se sintió cómoda y sin dolores. Lars se unió a ella con expresión de preocupación:

—¿Estás bien? —La cogió suavemente por el codo pidiéndole sin palabras que se apoyase en él, pero ella se negó, aunque se lo agradeció con la mirada.

—Sí, muy bien. Creo que podré llegar. —Lo miró suplicante y él se apartó, aunque no estaba tan seguro como ella.

—Está bien, pero, en el momento en el que te sientas cansada o débil, te llevaré yo.

Aren y Ölisse ya habían comenzado a subir, llevando a Goi entre los dos, agarrada a sus manos.

Lars acompasó sus pasos a los de Finna y el espacio entre los dos grupos se fue haciendo cada vez mayor. Caminaban despacio y en silencio, observando la belleza que los rodeaba. El campo era un estallido de color sobrecogedor, el suelo estaba cubierto de hierba de un color verde esmeralda y plagado de flores, unas grandes de un intenso color rojo y otras, más pequeñas, blancas y amarillas. También encontraron unos arbustos repletos de jugosos frutos morados, que Lars recordó de su niñez.

—¡Son moras! —Se acercó a uno de ellos y cogió unas cuantas que repartió con Finna. Cuando se las terminaron, los dos rieron al ver que sus manos y sus lenguas se habían manchado de color morado—. ¿Las habías probado alguna vez?

—No, nunca. —Lars se quedó pensativo. Él tampoco había vuelto a verlas.

—Yo pasé mi niñez en un lugar parecido a este. Es posible que estos arbustos no sobrevivan en el norte debido al frío.

—Están muy buenas.

Reanudaron el ascenso y, como los otros estaban lejos, Lars decidió aprovechar:

—Sí. Me gustaría continuar hablando sobre el lugar en el que vamos a vivir. ¿Te ha dado tiempo a pensar en eso?

—Un poco, pero no sé… —Lars se había detenido y su mirada era grave—. El problema es que no quiero que tomemos la decisión pensando solo en mí.

—Finna, estoy dispuesto a discutir sobre muchas cosas, pero sobre algo que puede perjudicar a tu salud, no. ¿No crees que Ölisse tiene razón sobre lo malo que es el frío y la humedad para ti?

—Sé que la tiene, por eso, durante el viaje, cuando nos íbamos alejando del frío, poco a poco me iba encontrando mejor.

—Pues para mí, eso es suficiente. Cuando deseché la idea de vivir en la isla pensé que podíamos hacerlo en Stavanger cerca de tu padre, pero después de conocer este lugar —se encogió de hombros—, me estoy planteando si eso es lo mejor. Tu padre podría venir cuando quisiera, incluso vivir con nosotros.

Finna se detuvo respirando agitadamente. Llevaban poco tiempo andando, pero la falta de costumbre hizo que ya estuviera agotada. Lars, sin decir nada, la cogió en brazos y ella sujetó su bastón con la mano izquierda y con la derecha le rodeó el cuello.

—Gracias, mi amor.

Con una sonrisa que le ocupaba toda la cara al escuchar cómo lo había llamado, Lars aceleró el paso hasta que, poco después, habían alcanzado a sus amigos.

Capítulo 12

DOCE

AL LLEGAR a la meseta de la montaña, vieron a Lars, Goi y Ölisse cogidos de la mano y de pie cerca de un risco desde el que observaban el valle que serpenteaba a sus pies. Lars dejó a Finna en el suelo y se acercaron a ellos, cogidos de la mano. Ella se estremeció, impresionada al ver el paisaje y él la abrazó por la cintura.

El río atravesaba los campos de cultivo que había en la llanura que, desde su posición privilegiada, parecía el lienzo de un paisaje fantástico, armoniosamente pintado. El valle estaba salpicado de construcciones coloridas pertenecientes a las granjas de la zona y más allá, al fondo, se podía ver el oscuro y misterioso mar turquesa. Un águila de cabeza blanca pasó por debajo de ellos, planeando sobre los campos buscando su comida, mientras lanzaba unos sobrecogedores y agudos chillidos.

—Nunca había subido a una montaña. Es maravilloso —susurró Finna. Parecía irrespetuoso hablar demasiado alto, como si se encontraran en un lugar sagrado. Lars estaba de acuerdo.

—Sí. ¿Se ve tu granja desde aquí, Aren? —su amigo asintió, señalando un punto por encima del río, donde pudieron vislumbrar el granero pintado de rojo. Aren, que tenía ganas de bromear, aprovechó el momento:

—Al menos, con ese color, se ve desde aquí.

—No voy a contestarte. Soy demasiado feliz ahora mismo. —A Ölisse pocas cosas le gustaban más que subir a la montaña. Después de unos minutos, se sacudió como si despertara de un sueño—. Bueno, pongámonos en marcha o nos iremos a casa con las manos vacías.

Sacó unos pequeños cuchillos del bolsillo derecho de su falda y les ofreció un par de ellos a Finna y a Lars.

—Tomad, esto es para cortar las flores. Venid, para que os explique cómo hay que hacerlo para que la planta no se estropee y que la flor vuelva a salir otra vez. Tened cuidado, porque están muy afilados.

Enseguida todos, excepto Goi, se pusieron manos a la obra.

La niña era la encargada de recoger las flores y colocarlas encima

de unos paños de algodón que Ölisse había extendido sobre la hierba, y que después bajarían al carro. Lo hacía con mucho cuidado para no estropearlas, tal y como le había enseñado su madre. Finna observó que la pequeña recogía el montón que Lars había cortado, ayudada por él, y se dio cuenta de la ternura con la que la trataba, y sonrió al imaginar que eran los padres de una niñita como ella. De vuelta a la realidad con un suspiro, volvió a agacharse para seguir cortando flores. Aguantó media hora más. Para no preocupar a nadie se dirigió discretamente hacia un árbol cercano y se sentó debajo aprovechando su sombra, esperando recuperarse en pocos minutos; pero Lars se dio cuenta y se acercó con cara de preocupación.

—¿Te encuentras mal? —Se puso en cuclillas frente a ella y cogió una de sus trenzas, acariciando el extremo suavemente.

—No, solo estoy cansada. Lo siento. —Evitó decirle que la pierna derecha le dolía bastante, seguramente debido al haber estado tanto rato de pie casi sin moverse, algo a lo que no estaba acostumbrada.

—No te preocupes, cariño, no sé cuántas más habrá que recoger, pero estoy seguro de que terminaremos pronto. —Ölisse se acercó, inquieta, y Lars aprovechó para volver al trabajo—. Quédate con ella, por favor. Yo seguiré cortando.

Ölisse observó con ojos críticos la cara ruborizada de Finna.

—¿Estás muy cansada? —Al ver su expresión, intentó tranquilizarla —. Si sientes dolor, es normal, no te preocupes. Te pasará hasta que te acostumbres a moverte más. En cuanto a las flores, acabaremos enseguida. Si cortamos muchas más, tendremos que volver a pie, porque no cabremos en el carro —bromeó.

Los dos hombres habían iniciado una pequeña competición para ver quién iba más deprisa, lo que estaba provocando la risa incontrolada de Goi. Ölisse y Finna también sonrieron.

—Son como niños, ¿no crees? Goi parece mucho más feliz cuando venimos a las montañas. Es como si estuviera conectada a ellas de alguna manera.

Finna entendía a la niña porque a ella también le encantaba aquel sitio. Aprovechó que Ölisse, que siempre estaba rodeada de Aren y Goi, estaba sola:

—¿Puedes sentarte conmigo un momento?

—Claro. —Se dejó caer junto a ella con un suspiro—. ¿Qué es lo que te preocupa? —Sus ojos bondadosos veían más de lo que parecía.

—¿Crees que, por mi enfermedad, podría tener problemas para tener hijos? —Ölisse se la quedó mirando fijamente, y Finna sintió la necesidad de darle una explicación—. Nunca me había atrevido a desearlo, pero ahora… con Lars, me gustaría intentarlo. Y sé que a él le entusiasmaría, sería un buen padre.

—Claro que sí. —Ölisse agachó la cabeza, pensando—. No tienes

por qué tener problemas para quedarte embarazada y parir, solo creo que tendrías que cuidarte mucho durante el embarazo. No es tanto que estés enferma como que eres una persona delicada, ¿entiendes?

—Sí, entonces… ¿crees que podría?

—Si te cuidas, sí. Eso creo. Pero escucha, Finna, es algo que tampoco te puedo asegurar. Hay muchas parejas que parecen estar totalmente sanos y, sin embargo, no tienen hijos durante su vida y nunca sabremos por qué.

—Lo entiendo. Muchas gracias, Ölisse. No sabes cuánto significa esto para mí.

—De nada. Cuando estés segura de que eso es lo que quieres, dímelo, e intentaré ayudarte —Finna asintió—. Será mejor que vaya a hablar con ellos porque esos dos son capaces de dejar la montaña sin flores. —Se levantó y, después de sacudirse las faldas, se marchó.

Finna se quedó sola, masajeándose la pierna dolorida inconscientemente, mirando a Lars y pensando algunas cosas que la hicieron ruborizarse.

DESPUÉS DE CENAR, entre todos separaron los pétalos de las hojas y los metieron en unos frascos de cristal llenos de un aceite especial, que Ölisse llevaba preparando desde que habían regresado. Cuando cerraron el último, les dijo:

—En un par de días, se podrá utilizar. Ya hemos terminado. —Echó un vistazo al rostro de Finna—. Si quieres, vete a acostarte. Pareces cansada.

—Sí, ya voy, pero no se lo digas a Lars. Están muy distraídos con el dibujo de la máquina que quieren construir. Ya vendrá cuando termine. —Ölisse le deseó buenas noches y, con un suspiro, comenzó a coser la manga de la camisa de Goi que se había descosido durante el viaje a las montañas.

Lars y Aren seguían trabajando, ensimismados, en el dibujo del mecanismo que iban a empezar a fabricar al día siguiente. Los dos estaban seguros de que facilitaría poder subir cualquier peso al altillo del granero, casi sin esfuerzo.

Finna se había llevado un candil y bajo su titilante luz, se desnudó y se puso el camisón. A continuación, apagó la vela y se metió en la cama con un suspiro. Estaba agotada y nerviosa. Cuando se estaba quedando dormida, escuchó el ligero chirrido de la puerta de madera al abrirse y abrió los ojos; reconoció fácilmente la figura alta y musculosa al trasluz. Lars cerró la puerta con suavidad y, cuando se dio cuenta de que estaba despierta, encendió de nuevo la vela.

—Tengo que darte el masaje. —Pero Finna tenía otra opinión y alargó la mano hacia él, intentando atraerlo hacia ella.

—Hoy no. —Él frunció el ceño—.

No quiero que empeores.

—Por un día no pasará nada. Ven. Por favor, Lars. —Él cedió a su súplica como ella sabía que haría. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que le negaba pocas cosas que estuvieran en su mano. Retiró las sábanas para mirarla, haciendo que se sintiera la más deseada de las mujeres.

—Eres preciosa.

Le quitó el camisón y lo tiró al suelo; después, él también se desnudó rápidamente, tumbándose sobre ella. Anhelante, la besó y llevó la mano a su entrepierna. La acarició sin tregua, inclemente, hasta que notó que empezaba a humedecerse, mientras seguía besando y lamiendo su cuerpo, consiguiendo que Finna abriera los muslos al máximo, ofreciéndose a él por entero.

Ella hundió los dedos en la melena salvaje de Lars, acariciándolo, animándolo sin palabras a que siguiera. Él se arrastró hasta su pubis y comenzó a lamerlo sujetando sus muslos con firmeza. Ella, mientras, solo acertaba a gemir deseando sentirlo dentro.

Cuando Lars no pudo esperar más, volvió a tumbarse entre sus muslos y la penetró profundamente, más que nunca. Comenzó a mecerse adelante y atrás, lentamente al principio, como si conociera el ritmo adecuado para ella. Los músculos internos de Finna se contraían latiendo con fuerza, pero él seguía manteniendo el mismo compás, a pesar de sus súplicas:

—¡Más deprisa, Lars! —Buscó su boca y bebió de ella con un murmullo tranquilizador sin perder el ritmo que se había impuesto, acariciando a la vez sus pechos y su cintura. De repente, aumentó la velocidad de sus embestidas y Finna, involuntariamente, desveló lo que su corazón anhelaba de verdad—. ¡Sí, hazlo, dame un hijo tuyo!

Lars se quedó rígido un momento, pero, enseguida, siguió moviendo sus caderas más rápido cada vez hasta que, después de un último empujón, se quedó mortalmente quieto.

Cuando consiguió hablar, susurró:

—¿Lo has dicho en serio? —Ella sonrió, con la cabeza apoyada en su brazo y acariciando lentamente su pecho.

—Sí. Gracias a ti, creo que todo es posible. Me gustaría intentarlo. —Levantó la cabeza observando su rostro—. ¿Te parece bien? —A Lars, por primera vez desde que era un adulto, se le llenaron los ojos de lágrimas y volvió a abrazarla con fuerza.

Ella sonrió, arrullando su nuca con la palma de su mano.

Epílogo

Finna no podía dejar de mirarse en el espejo de cuerpo entero que Sigrid y Ragnar les habían traído como regalo de boda y que Lars había colgado, la noche anterior, en la pared de su dormitorio. Era la primera vez que tenía uno de esos cristales mágicos que solo los más ricos se podían permitir; pero la generosidad de Sigrid y Ragnar había hecho que trajeran espejos, aunque más pequeños, para el resto de las mujeres.

Cuando los invitados llegaron por la tarde, después de saludarse y de que todos se sentaran a contarse las novedades, Sigrid había abierto una bolsa de tela y había sacado un espejito redondo para cada una de ellas: para Ölisse, Raine y Asdis. El de los novios lo metió en la casa poco antes entre Ragnar y Aren, y todos lo habían alabado convenientemente.

Después de que todas se pusieran al día y disfrutaran durante unos minutos del prohibitivo regalo, comenzaron a preparar a la novia para la boda. Asdis y Gerhard habían llegado el día anterior, pero era costumbre que a la novia la ayudaran a vestirse sus mejores amigas. Por eso, Asdis se retiró dejando espacio a las más jóvenes, después de abrazar a la novia.

—¡Esperad, chicas! —Cogió un pequeño frasco de vidrio lleno de un líquido color miel de su bolso y cuatro vasos de la mesa nupcial, que ya estaba puesta para la celebración y sirvió un dedo de licor en cada uno de ellos.

—Asdis, toma. También he cogido un vaso para ti. —La mujer se acercó y lo cogió. Luego, esperaron a que Raine hablara. Lo pensó durante unos segundos antes de hacerlo:

—Finna, he visto a pocas parejas tan enamoradas como lo estáis tú y Lars. Y os deseo que ese amor os dure toda la vida y que tengáis muchos hijos que aumenten vuestra felicidad. —Todas apuraron el licor para que se cumpliera su deseo y, después, Sigrid y Raine la ayudaron a ponerle el vestido.

Era de terciopelo azul oscuro y realzaba los tonos rojizos de su pelo y sus ojos azules. Ölisse, que era la que mejor peinaba, le hizo unas trenzas metiendo entre sus mechones pelirrojos las cintas tradicionales

de diversos colores que simbolizaban la felicidad, el amor y la fertilidad.

LARS ESTABA paseándose de nuevo frente a la casa, mientras Wulf lo observaba sentado en las escaleras sonriendo malvadamente.

—Vas a desgastar el suelo. Enseguida estará lista y te pondrás el yugo, no te preocupes —bromeó, provocando que Lars lo mirara con los ojos entrecerrados, valorando si debía gritarle y descargar sus nervios con él, aunque finalmente decidió que no merecía la pena hacerlo. Wulf volvió la vista hacia el granero para estar seguro de que sus amigos todavía no estaban de vuelta—. Menos mal que Aren se ha ofrecido para enseñarles todo esto a tu suegro y a Ragnar, porque si te hubieran molestado con alguna pregunta habrías sido capaz de arrancarles la cabeza. ¿Tu suegro se va a quedar mucho tiempo con vosotros?

—El que quiera, por eso él y Asdis tienen su propia cabaña. —Lars se la había enseñado el día anterior y también su casa, los establos y el granero. Teniendo en cuenta que, cuando compró aquellos campos no había nada construido, tenía mucho mérito lo que había conseguido en tan pocos meses.

—Este es un buen lugar. Siento que te hayas venido tan lejos de nosotros, pero lo entiendo. Todos los hermanos te mandan su afecto y desean que seáis muy felices. Aunque a Knut, cuando fui a verle y a decirle que te casabas, casi le da un ataque —se rio a carcajadas, recordándolo—, aunque los gemelos me confesaron, sorprendidos, que lo está haciendo muy bien —suspiró, recordando lo triste que estaba esos días Raine—. Es una suerte que Finna siga teniendo a su padre. Ojalá Valar, el padre de mi andsfrende, siguiera con vida. Lo echa mucho de menos. —De repente, Lars se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

—No estáis solos, Wulf. Me tenéis a mí, y ahora también a Finna y, si los dioses nos bendicen con algún hijo, también será tu familia. Sabes que es así, eres mi hermano y podéis venir siempre que queráis. Por eso he construido una casa tan grande, bueno, por eso y por si tenemos varios hijos.

Wulf tragó saliva, emocionado.

—Tengo que decir que esta mujer te está haciendo mucho bien. Nunca te había visto tan feliz. —La mueca de amargura que solía lucir Lars, había desaparecido.

Se giraron hacia la voz de Ragnar, que llevaba en brazos al pequeño Ari, su hijo, y que volvía de visitar los establos junto con Aren, Goi y Gerhard. Aren les enseñaba todo, llevando a Goi cogida de su mano, casi tan orgulloso como si fueran suyo. Wulf soltó una risita por lo bajo al escucharle hablar:

—… todo está recién construido, ya has visto el taller que se ha hecho en el granero para fabricar las arpas. El pueblo entero está deseando venir a verlo todo porque esto hace seis meses estaba vacío, no había nada. —Se detuvieron al llegar junto a ellos.

Aren les contó lo ocurrido cuando todos fueron a ver aquella finca abandonada, que fue la que más le gustó a Finna. A pesar de todos los inconvenientes que presentaba, que era más cara y que había que construir todo partiendo de cero, Lars, como todos sabían que ocurriría, cedió y la compró, asegurándole a su prometida que, cuando se casaran seis meses después, estrenarían una casa de piedra con cuatro habitaciones (un lujo que nadie había visto hasta entonces) y en cada una de las habitaciones habría una ventana. Finalizado el plazo había tenido tiempo, además, de terminar la cabaña para los invitados, el establo y el granero, que empezó a construir cuando se decidió a cultivar parte de sus tierras.

Nadie sabía cuánto le había costado porque, para poder hacerlo, había contratado a casi todos los hombres del pequeño pueblo para que lo ayudaran. Lars hizo una mueca a Wulf motivada por la explicación de Aren y aguantó el palmetazo en la espalda de Ragnar, como felicitación.

—¡Quién iba a decir que el siguiente serías tú! —Ragnar miró a Wulf que tuvo que apartar la cara para que Lars no viera que estaba a punto de la carcajada por su cara de enfado.

Por fin se abrió la puerta de la casa. Las mujeres los habían echado a la calle hacía más de una hora, con el pretexto de vestir a la novia y parecía que la ceremonia iba a empezar.

Comenzaron a salir en fila india. La última era Finna, que caminaba despacio porque lo hacía sin su bastón, levantando la falda del vestido, que le habían cosido un par de mujeres del pueblo y que era un regalo de su padre, para no arrastrarlo. Llevaba varias semanas usando cada vez menos el bastón, preparándose para ese momento. Ölisse, al ver cómo había mejorado, le había dicho que en poco tiempo andaría sin ninguna ayuda.

Se acercó a Lars, que la esperaba con esa mirada que ella llamaba de lobo hambriento y se detuvo a dos pasos de él. Lars alargó su mano sin decir nada y ella le entregó la suya, entrelazando los dedos de ambos. Estaban frente a frente, sus cuerpos casi se rozaban.

Wulf se colocó a su lado y puso su mano izquierda debajo de las manos de los novios que seguían unidas, sujetándolas, y las cubrió con su mano derecha, protegiéndolas, como símbolo de su amistad y entrega hacia ellos. Raine observaba los movimientos de su compañero, emocionada. Entonces, Wulf se dirigió a los invitados:

—Como mejor amigo del novio me corresponde el honor de comunicaros la unión entre Finna y Lars. —Miró a la pareja a los ojos,

primero a ella, luego a él. Después, continuó—: Lars es mi hermano como él mismo acaba de recordarme. Gracias a él, tuve la suerte de encontrar a mi andsfrende, la mujer que le ha dado sentido a mi vida. —Raine tragó saliva prometiéndose que no lloraría, aunque, si seguía así, veía difícil cumplir su promesa. Wulf sonrió sin mirarla, sabiendo lo que estaba pensando y apretó cariñosamente entre sus palmas las manos de sus amigos y les habló—: Ahora, decid las palabras que queréis que os guíen en vuestra nueva vida.

La voz de Finna sonaba emocionada, como si estuviera a punto de llorar:

—Querido Lars, declaro ante estos amigos que, desde ahora, eres mi marido. —El sollozo de Gerhard les hizo reír a todos, incluyendo a la novia. Asdis hacía lo que podía por consolarlo, pero Gerhard lloraba con el mismo abandono que si fuera un niño. Finna se volvió hacia él —. ¿Estás bien, padre?

—Sí, sí, hija. Lo siento. —Se limpió las lágrimas con la camisa e intentó seguir llorando en silencio. Asdis lo tenía cogido por el brazo y se lo acariciaba intentando consolarlo.

Finna volvió a mirarse en los ojos de Lars:

—Deseo caminar a tu lado toda mi vida y, si puede ser, sin bastón. —Todos volvieron a reír y entonces, fue el turno de Lars:

—Finna, eres el amor de mi vida y tú lo sabes, pero desde que supe que tenía que decir unas palabras en nuestra ceremonia, intenté anularla varias veces para no tener que hacerlo —bromeó—. No hacía más que darle vueltas a este momento, pensando que me iba a ser imposible explicar lo que siento por ti. Afortunadamente, hace poco me di cuenta de que lo importante es que tú lo sepas, por eso te ruego que mires en mi corazón para que veas que solo tú reinas en él. —Finna se mordió el labio inferior, que empezaba a temblar sospechosamente—. Gracias a ti, soy el hombre más feliz del mundo y dedicaré toda mi vida a intentar que tú también lo seas, amor mío.

Las mujeres y Gerhard, lloraban ya sin control ninguno y el resto de los hombres miraban a Lars con admiración, porque ninguno de ellos habría sido capaz de confesar algo así en público, a pesar de sentirlo.

Incluso Wulf necesitó carraspear antes de volver a hablar:

—Ante todos, declaro que estáis casados. Que los dioses bendigan esta unión y que vuestras almas permanezcan unidas para siempre. —Wulf dio un paso atrás para dejarles espacio y Lars y Finna se besaron apasionadamente, provocando los silbidos y los aplausos de sus amigos.

La celebración fue larga y estuvo llena de platos típicos de las tierras del sur: asado con cebolla y cerveza, pan relleno de huevos y especias, y el famoso pescado coronado, todo ello regado con el mejor

hidromiel y un exótico vino rojo que Wulf había conseguido para la ocasión. Las mujeres del pueblo habían cocinado algunos de los platos y otros los había hecho Finna, que había descubierto recientemente que le gustaba cocinar.

Su padre estaba sentado a su izquierda y su marido a su derecha. Gerhard seguía abrumado.

—Hija, no sé qué decirte. Este lugar es maravilloso, todo me parece increíble. La casa —él, como constructor, admiraba lo grande y cómoda que era—, la cabaña, los establos… —Movió la cabeza, anonadado—. Soy muy feliz por ti. Bueno, Asdis también, ya te lo habrá dicho, ¿no?

—Sí, padre. Ya me lo ha dicho. —Se giró hacia Lars que le había cogido por el brazo suavemente como silencioso recordatorio.

—Es la hora —ella asintió y le dijo a su padre que volvería en unos minutos.

Lars se levantó, y las conversaciones se detuvieron pensando que iba a hablarles, pero entró en una de las habitaciones y cuando salió llevaba, entre las manos, algo envuelto en una sábana. Aren y Ölisse sabían lo que iba a hacer y observaron tranquilamente cómo se acercaba a Goi. Se colocó en cuclillas junto a la niña, que lo miraba con sus misteriosos ojos castaños y le entregó el paquete.

—He hecho esto para ti. Espero que te guste.

La niña sonrió, ilusionada, y levantó la tela. Era un arpa pequeña, perfecta para sus manitas.

—Creo que serás una gran artista. —La niña abrazó el instrumento de madera y luego a Lars, que le devolvió el abrazo.

En la base del arpa había varias figuras míticas talladas: hadas, ninfas, sirenas o elfos, que fueron admiradas por los invitados.

Cuando terminó la comida, Finna y Lars accedieron a tocar y cantar para ellos. Ya lo habían hecho juntos en varias reuniones del pueblo con notable éxito. La fiesta duró hasta altas horas de la madrugada y los invitados se fueron a sus habitaciones, ya que las celebraciones durarían varios días.

Poco antes del amanecer, los novios pudieron acostarse y Lars suspiró cuando consiguió abrazar a su mujer y que sus corazones latieran tan cercanos. Notó que ella se estaba quedando dormida y la besó en la frente.

—Duérmete mi amor. Descansa entre mis brazos. —Su sonrisa somnolienta lo acarició—. Ya sabes cuánto me gusta observarte dormir.

Entonces escuchó un ronquido y sonrió, divertido y feliz.

FIN

Agradecimientos

¡Hola!

Soy Margotte Channing, la escritora de esta novela.

Quiero invitarte a participar en un **sorteo** que realizo solo con mis lectores, para ganar una de mis **novelas gratis** (puedes elegir la que quieras cuando ganes).

Si estás interesado o interesada solo tienes que ir al enlace www.margottechanning.com/sorteo y rellenar con tu nombre, correo electrónico y muy importante, **¡el código secreto! «FINNA67».**

A final de mes realizaré el sorteo y te enviaré un correo con el ganador.

Muchas gracias por tu atención, y ¡buena suerte!

Margotte Channing”

Acerca del Autor

Margotte Channing nació en Madrid, ciudad en la que vive con sus dos perros, Nala y Bob. Durante muchos años trabajó en un banco, aunque su sueño siempre fue ser escritora. Un día, hace tres años, decidió hacer caso a su corazón y lo dejó todo para dedicarse por completo a su gran pasión. Tras publicar 36 novelas, muchas de las cuales han sido best-sellers en Amazon, se siente feliz y agradecida a sus lectores gracias a los que puede seguir haciendo lo que más le gusta: tejer historias capaces de hacer soñar.

Otras Obras de Margotte Channing

SIGRID: Una historia de Amor, Romance y Pasión de Vikingos

RAINE: Una historia de Amor, Romance y Pasión de Vikingos

KILLIAN: Una Historia Romántica de Vampiros en la época Victoriana